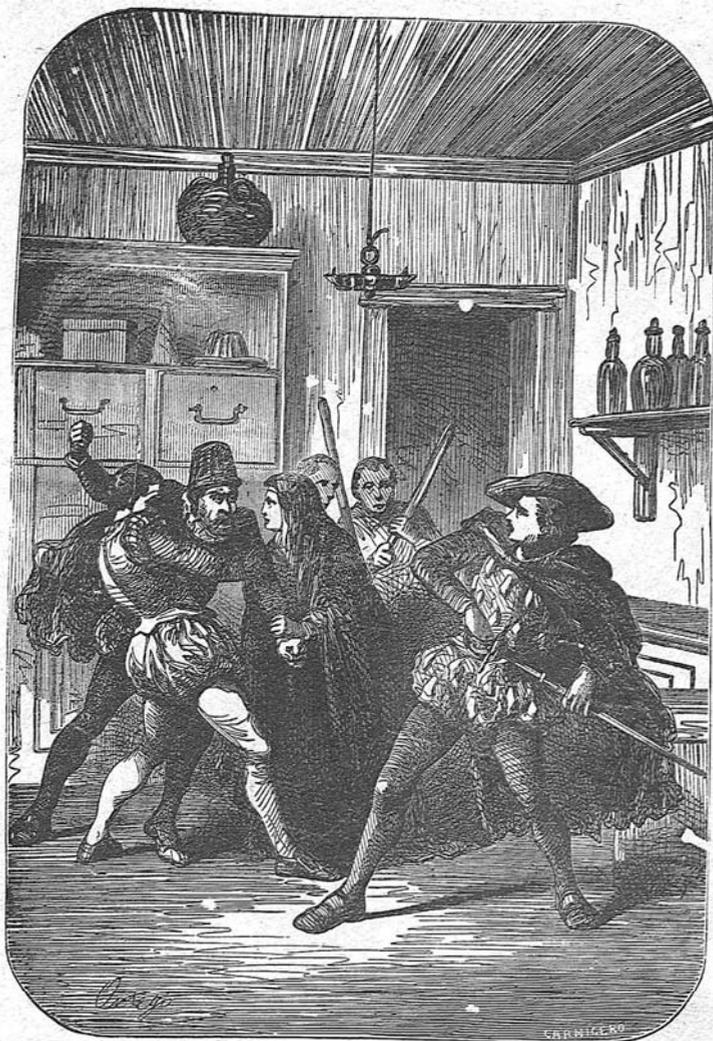


M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

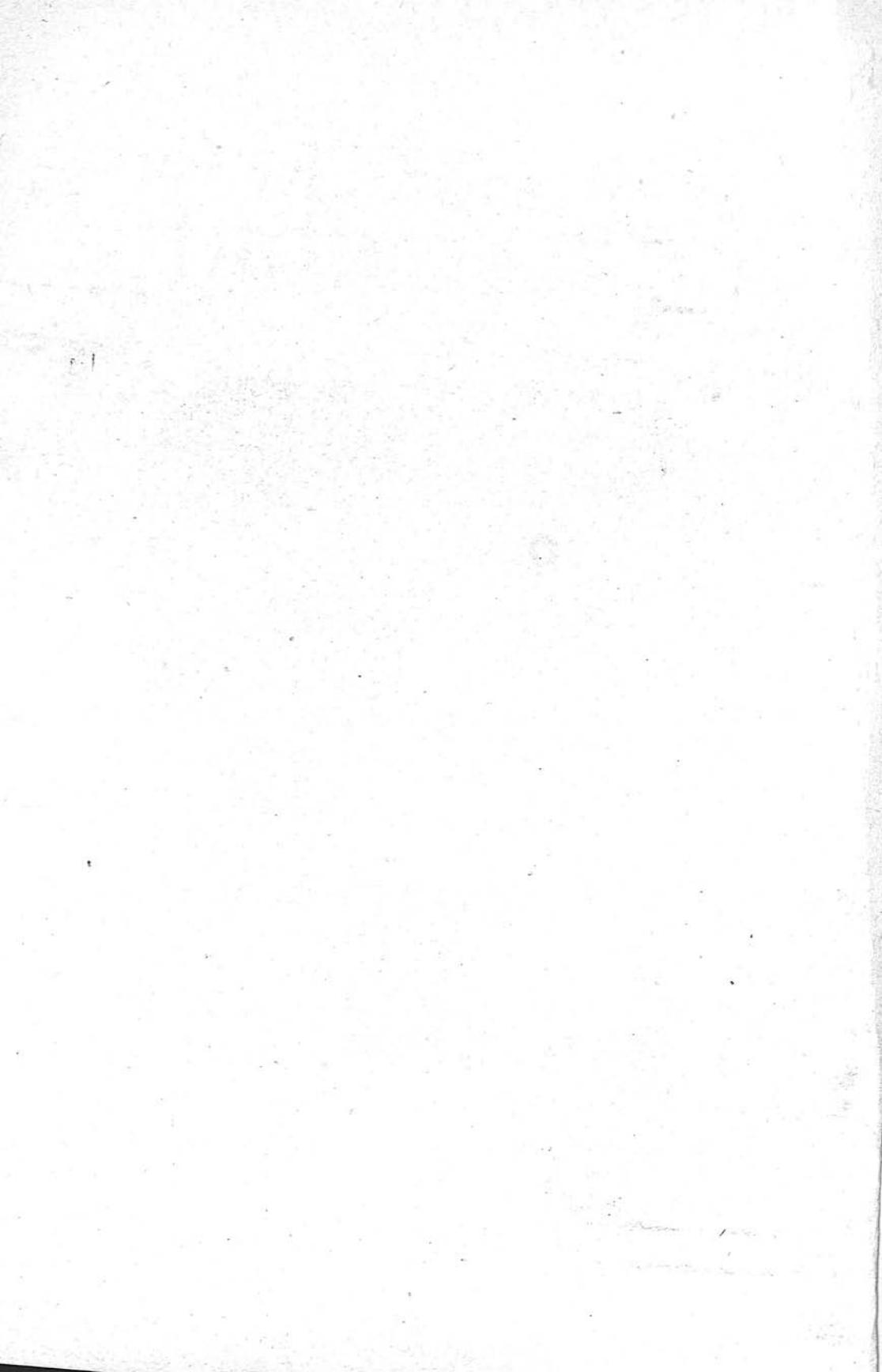


EL PASTELERO DE MADRIGAL



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 337

TOMO PRIMERO
35 CÉNTIMOS =



R. 43.543



M. Fernández y González

EL PASTELERO DE MADRIGAL

TOMO PRIMERO



1-Z-601/1

LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin, J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenef.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- Los buscadores de oro, E. Conscience.
- La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzá, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Mafia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.
- 326 a 331.—El rey, el pueblo y el favorito, Rafael d Castillo.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París. 43.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte, Ruy Blas, Hernani. Angelo; tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstói.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocamboie, por P. duTerra

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocamboie tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

- las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color pe rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—143 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 153. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Mahecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138. El Tribunal de la sangre.—39 a 147. El siglo de las tinieblas.—308 a 311. El peluquero del Rey.—312 a 318. Las justicias de Felipe II. 319 a 325. Las dos reinas.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandera. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El peballón de scorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 303 al 306.—Don Quijote de la Mancha. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 307.—El médico de su honra.—Mañana será otro día. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



El Pastelero de Madrigal

PRIMERA PARTE

La hija del santón.

CAPITULO PRIMERO

MIRIAM

Eran las primeras horas de la noche del día 4 de Agosto del año 1578.

Los mucines del ejército de Sydi Ahtmed, rey de Marruecos, y los de la mezquita de la pequeña población y castillo de Alcázar-Kivir, hacía ya mucho tiempo que habían anunciado á los moros la hora de la oración de la noche.

Aquel día había sido sumamente caluroso, y una neblina roja, había envuelto el resplandor del sol.

Había sido uno de esos días intolerables en Africa.

Con la tarde se había levantado la brisa, se había despejado la atmósfera, y la luna llena reflejaba en la corriente del río Lukos, sobre cuya orilla derecha, y á dos leguas del mar, se levanta Alcázar Kivir en el punto donde el río Mokazen desagua en el Lukos, que va á desembocar en el mar junto á Larache.

Los lugares que hemos nombrado y la fecha que hemos citado recuerdan uno de los mayores desastres que han sufrido los europeos en Africa.

Aquel día, entre el Lukos y el Mokazen, sobre la llanura que se llama de Alcázar-Kivir, se dió la terrible batalla de los Xerifes, en que murieron tres reyes, y Portugal fué vencido de una manera tal, que no puede oirse sin una profunda sensación la historia de aquel suceso.

Estamos, pues, sobre un campo de batalla cubierto de cadáveres.

Diez mil cristianos, entre cuyo número se con-

taban españoles, italianos, alemanes y portugueses, habían sido muertos; presos y cautivados cinco mil; pero no sin que éstos hubiesen tendido un enorme número de enemigos.

La llanura, pues, estaba ensangrentada, horrible.

Los marroques vencedores, entregándose á su afición al pillaje, recorrían en una muchedumbre infinita el campo de batalla, desnudando los cadáveres y buscando con ansia los de los caballeros y nobles del rey don Sebastián, que habían visto cubiertos de galas y joyas durante la pelea.

Más allá de este campo de batalla, horrible por el número infinito de muertos y por los rojos resplandores de las hachas con que se alumbraban los saqueadores, á la distancia de un tiro de cañón, sobre la orilla derecha del Mokazen, había, y aún hay, una pequeña eminencia cubierta de robles, castaños silvestres y alcornoques.

Un estrecho sendero, serpeando por entre la maleza, era la única entrada al centro de aquel bosque, y en este centro, descubierto en una extensión de trescientos pasos cuadrados, sobre un terreno engalanado por una vegetación poderosa, se veía uno de esos pequeños edificios cuadrados cubiertos por una cúpula redonda y abiertos por una pequeña puerta de herradura, que se llaman morabitos ó ermitas, donde está enterrado un santón venerable, y donde sobre la tumba de aquél vive otro santón tan venerado por los habitantes del campo y de la ciudad como lo había sido en vida el santón difunto.

Delante del edificio, entre las altas y exuberantes yerbas, se levantaba un poste de piedra, y de la parte superior de este poste, por un ancho agujero y por una teja puesta en él, caía un

grueso chorro de agua clarísima sobre una tosca pila, de la cual rebosaba el agua, formando un arroyo que iba á regar el huerto que rodeaba á la ermita y dar vida á las magníficas parras que la daban sombra, apoyadas en pies de madera de roble, estableciendo un tupido toldo de verdura.

Las legumbres, las flores y las plantas aromáticas crecían en el huerto entre árboles frutales, y el arroyo, después de serpear entre ellos, se deslizaba entre la vegetación, se metía entre los árboles silvestres é iba á caer por la vertiente de la pequeña colina en el cercano río Mokazen.

El lugar fructífero, rodeado por una maleza bravía, se dejaba ver bajo la luz de la luna llena, tan hermoso y tan tranquilo, cuanto era horrible y animado por una actividad incansable el campo de batalla que se extendía á poca distancia.

Por la puerta de herradura de la ermita se veía en su interior el opaco reflejo de una luz, lo que parecía demostrar que en aquellos momentos velaba alguien dentro.

Sin embargo, no se percibía el más leve rumor.

Sólo se oía el ruido monótono de la caída del agua sobre la pila, el leve susurro del arroyo que en la pila nacía, el zumbido leve de las hojas de los árboles, agitadas por la brisa, y de tiempo en tiempo el largo trino de algún ruiseñor.

Llegó un momento en que se oyó el ruido de las voces de dos hombres que se acercaban por el sendero entre los árboles en dirección al morabito.

Aquellas dos voces, cuando se acercaron lo bastante para que pudieran percibirse con alguna claridad, dejaron conocer que hablaban en árabe.

Era la una gutural, grave, enérgica, imperiosa.

La otra, evidentemente extranjera, dejaba notar el acento portugués, y suplicaba.

La voz que hablaba en árabe puro pronunciaba algunas palabras irritadas, y la otra voz callaba.

Apenas pudo penetrar en el morabito el eco de aquellas voces, cuando se vió una sombra en el interior, y poco después apareció en la puerta de herradura y se destacó sobre el fondo el contorno de una mujer.

No podía juzgarse más que de su estatura y

de su actitud, porque estaba envuelta en la sombra, sirviéndole de fondo ligeramente luminoso el reflejo de la luz que había en el interior.

Tenia aquella mujer una esbeltez suma, y de su manera de esperar, porque esperaba atenta el ruido, se deducía que era altiva y dominante: era alta y delgada, como debe ser alta y delgada una mujer para ser bella, y se notaba que su traje era sencillísimo, por la severidad casi antigua de sus líneas, que dejaban conocer, medio veladas, formas excesivamente esbeltas de mujer.

Adelantó al fin con paso lento y grave, y saliendo de debajo del emparrado, se puso completamente bajo la clara luz de la luna.

Dos hombres habían aparecido.

La mujer había adelantado en silencio hacia ellos, y se había detenido junto á la fuente.

La luna la iluminaba de lleno.

Era hermosa y joven; pero con una excesiva fuerza de hermosura y de juventud.

Tenia sobre la cabeza una sencilla y blanquísima toca de lino, y demostraban que era doncella, teniendo en cuenta las costumbres de los moros, dos largas trenzas negras, pesadas y brillantes que caían sobre sus hombros y se unían en un lazo más abajo de su cintura.

Una túnica, una especie de camisa de lana finísima, sin mangas, larga hasta la mitad de la pierna, dejando descubierto su cuello, sus hombros y sus brazos, pero cubriendo pudorosamente el seno, ceñida en el talle por una faja de seda de vivos colores, cuyos extremos colgaban por delante, era su único traje, bajo el cual se veía el borde de una camisa de lienzo.

En la parte superior de cada uno de los brazos tenía gruesas argollas de oro, y en las gargantas de los pies dobles ajorcas ó aros del mismo metal, que cuando andaba producían un ruido sonoro, semejante al de los pequeños grilletos.

Por último, calzaba babuchas de tafilete amarillo, bordadas ligera y bellamente con hilo de plata.

Llegaron, al fin, muy cerca de ella los dos hombres que se acercaban.

El uno con el traje de soldado portugués, el otro con el de los kabilas pastores y nómadas del Mogreb, que viven allí donde encuentran pasto fresco para sus ganados.

El portugués llevaba un colete de ante manchado de sangre, unas mangas muy ricas y muy

acuchilladas, pero ajadas y cubiertas de polvo, y unas calzas de grana manchadas de sudor.

Iba descalzo.

Se comprendía que durante la batalla le había servido de calzado el zapato revestido de acero de su arnés, y que al ser despojado de él le habían dado unas malas babuchas, de las cuales conservaba una sola.

El otro pie asomaba desnudo por entre la calza rota.

Lievaba descubierta la cabeza, cortado rigurosamente el pelo, ensangrentado el rostro, y la barba completa y corta, á la moda de los tiempos del emperador Carlos V.

Estaba encorvado bajo el peso enorme de una multitud de objetos, como vestidos, armas, cascos, escudos, todo liado en un alquicel roto y ensangrentado.

A no dudario, servía de acémila al moro que le llevaba prisionero.

Este moro era un sér singular.

Alto, encorvado, pero fuerte, ceñudo, nervudo, vestía únicamente una chilaba corta, sucia, de lana gruesa, de color indefinible entre pardo y rubio, que debió ser en otro tiempo blanca, y un albornoz negro, hecho jirones, cuyo capuchón está sujeto en rededor de la cabeza por una sucia toca verde.

Lo negro del alquicel demostraba que descendía de los almoravides, y la toca verde, que pertenecía á la familia de los xerifes descendientes de Mahoma.

La chilaba ó túnica interior estaba ceñida á la cintura por una delgada tira de cuero curtido, y en esta tira estaban sujetos un largo rosario de cuentas relucientes por un continuo uso, y una gumía larga y curva como un alfanje, y una bolsa de municiones.

Iba completamente descalzo y llevaba sobre su hombro, con la culata para arriba, una inconmensurable espingarda, el número de cuyas abrazaderas no bajaba de quince.

Parecía imposible que con un arma de tal longitud pudiera hacerse de ninguna manera fuego.

Además, el sucio y miserable traje de este moro estaba enteramente manchado de sangre.

No era lo más singular de este hombre su traje, que, al mismo tiempo que por su color, demostraba lo ilustre de quien le vestía; era notable por su miseria, por su suciedad.

Lo que hacía característico, terrible, excepcional á este hombre, era su semblante, su forma, su aspecto todo.

Tenía la frente ancha, saliente, rugosa; anchas y largas cejas canas, y bajo su sombra, dos ojos de un tamaño enorme, negros, relucientes como los de un león entre la obscuridad: arrojaban de sí un fuego sombrío, un fuego de calentura, inquietos, torvos, amenazadores, dejando ver siempre una expresión de insensatez, de predominio salvaje, de soberbia indómita; su rostro era excesivamente oval, sus pómulos salientes, sus mejillas deprimidas, su nariz recta y larga y su barba crecida, prolongada hasta la mitad del pecho de un blanco impuro; sus brazos desnudos, enjutos, fuertes, estaban cubiertos de un largo vello, y sus negros pies, de pierna delgada, estaban encallecidos por la costumbre de andar descalzos sobre las rocas y sobre las malezas.

Este hombre era muy alto y muy enjuto, de color atezado, y aparecía encorvado, pero como encorvado por su propia fiera.

Aquél era un tigre viejo y loco con figura de hombre, de la raza de los almoravides, santón respetado ciegamente, y de la familia de los xerifes, descendientes del Profeta.

Aquél era el ermitaño, el habitante del morabito de Al-Mokazen, que así se llamaba la frondosa colina en cuyo centro se elevaba el morabito.

Este santón se llamaba Sydi Juzef-Abd-el-Azis-ben al-Hayza-ri (1) y tenía una grande autoridad, superior á veces á la de los xerifes, sultanes de Marruecos.

Apenas llegó cerca de la joven Sydi Juzef, asió la carga que el portugués llevaba sobre sí y la arrojó al suelo; luego asió al portugués por el cuello, le empujó con una violencia brutal y le arrojó bajo el empujado.

El prisionero gimió y se acurrucó temblando.

Sydi Juzef se apoyó en su espingarda, se inclinó sobre el chorro de la fuente, y bebió.

Se limpió la boca con la parte superior de la mano, y luego dijo con voz profunda y severa, dirigiéndose á la joven:

—¿Por qué no duermes ya, Mirian?

—He estado oyendo todo el día el trueno del

(1) Esto es: Mi señor Josef, servidor del fuerte de la familia de los Ansaríes ó descendientes del Profeta.

cañón; he estado allí—y la joven extendió de una manera nerviosa su brazo desnudo, más blanco que la luz de la luna—, allí, en la entrada del bosque, mirando allá, mucho más allá, donde hombres innumerables se mataban; tú estabas allí, padre, y yo tenía miedo: tú no habías venido aún, y yo no podía dormir.

Y la joven dejó caer su brazo, quedando en su elegante y magnífica actitud, con la cabeza erguida y la mirada fija en su padre, con un amor y una ternura infinitos.

—¡Oh, y qué día tan venturoso ha dado el Señor fuerte é invencible á sus creyentes del Moghreb!—dijo Sydi Juzef sonriendo de una manera horrible y dejando ver su blanca y fuerte dentadura.—¡Oh, y cómo caían los insensatos, ciento á ciento, mil á mil, bajo el filo implacable de nuestra espada! Hemos estado matando, Mirian, desde la hora de adohar (1) hasta la de almoghreb, y no hemos matado más porque ya nuestros brazos se cansaban. ¡Oh, qué día tan venturoso nos ha concedido la misericordia del Señor Dios Altísimo y Único!

—¡Pero tú vienes herido, padre!—dijo con ansiedad Mirian—: tus vestidos están ensangrentados.

—Con sangre impura de infieles enemigos malditos de Dios; los arcángeles han combatido conmigo: el Señor misericordioso no ha querido que su siervo vaya á gozar las delicias del Paraíso, ni que su hermosa Mirian quede huérfana y sola. ¡Loado sea el nombre de Dios!

Y luego, soltando una carcajada loca, estridente, exclamó:

—¡Todos, todos! ¡Ahí han quedado todos tendidos! Sus banderas, que nos desafiaban insolentes, han rodado por el suelo, y ahí traigo yo una—añadió, señalando el enorme envoltorio.—¡Todos, y el rey cristiano, y los dos xerifes, mis hermanos! ¡Oh, qué día tan venturoso, Señor!

—¡Han muerto Sydi Al-Malek y Sydi Mohammed ben-Abd-Allah, mis tíos!—exclamó Mirian.

—Dios con su muerte nos da la paz; ellos han llamado al enemigo cristiano, y el rayo de Dios ha caído sobre ellos.

—Pero ¿quién es hoy el sultán, padre?

—Sydi Ahtmed, sobrino de Al-Malek, ha sido proclamado por el ejército.

(1) Adohar, medio día; almoghreb, puesta del sol.

—¡Sydi Ahtmed!—exclamó Mirian.

Y sus ojos dejaron ver un relámpago de desprecio.

—¡Tengo hambre!—dijo Sydi Juzef.

Y asiendo el pesado envoltorio, le metió en la ermita.

Mirian le siguió y se detuvo junto al portugués, que continuaba encogido y temblando.

De los negros ojos de la joven salió para aquel hombre una mirada misericordiosa.

Al mismo tiempo apareció de nuevo en la puerta Sydi Juzef, y adelantó hacia el prisionero.

Mirian dió un paso y se colocó ante aquel desdichado y su padre.

—¿Qué vas á hacer?—dijo con voz segura y dulce la joven.

—¿De qué sirve ese ratón moribundo?—dijo ferozmente el santón—; cada cristiano que se mate es un paso que se adelanta para llegar al Paraíso.

—No viertas sangre junto á la tumba de un justo—dijo Mirian, señalando con un dedo inflexible el interior del morabito.

—Es un perro cristiano—dijo, creciendo en su cólera, Sydi Juzef.

—Los cristianos, ¿no siguen á Jesús, padre?—dijo la joven.

—Sí.

—Y Jesús, ¿no es un hombre de Dios? ¿No es un profeta?

—Sí; pero mi abuelo Mahoma fué profeta más querido de Dios que de Jesús.

—¿Y por qué cuando rezamos llamamos á Jesús el Espíritu de Dios?

—Porque era un varón de ciencia y de virtud—dijo con respeto Sydi Juzef.

—Y dime, padre, ¿no era Jesús hijo de una Virgen?

—Sí... de una Virgen más pura que el pensamiento del justo.

—¿Y no se llamaba esa Virgen Mirian?

—Sí.

—Pues bien; por la Virgen madre de Jesús, cuyo nombre llevo, no más sangre, padre; este hombre es mi cautivo. Yo le quiero para que me sirva y para que me cuente historias de su tierra.

—Sea como tú quieras, Mirian—dijo el santón—; pero que yo no le vea.

—¿Y por qué? Voy á socorrerle ya que es mi esclavo, mientras tú cenas, padre; mi doncella Ayelah está dentro y te servirá.

Sydi Juzef gruñó como un mastín á quien sujetan, y se entró en la ermita.

Mirian se acercó al portugués y le levantó.

CAPITULO II

XERIFE CONTRA XERIFE

Aquel hombre apenas pudo mantenerse en pie. Fijaba en Mirian una mirada vaga, cobarde; estaba aterrado.

Temblaba de una manera violenta; respiraba apenas mirando á la joven; parecía que tenía miedo á lo que iba á ser de él.

—¿Estás herido?—dijo la joven.

—No, herido no—contestó el prisionero con voz apenas perceptible—; cansado, muy cansado... y el corazón... ¡Oh, rey mfol ¡Mi noble rey! ¡Mi valiente rey!

Y el prisionero se apoyó en uno de los fuertes pies de roble que sostenían la parra, y quedó abatido y en silencio.

—¿Kaimol—dijo con voz sonora Mirian, volviéndose hacia la puerta del morabito.

Poco después apareció un hombre alto, que adelantó hacia Mirian.

La luz de la luna dejó ver á aquel hombre.

Era un magnífico esclavo negro y joven, como de treinta años.

Tenía los ojos muy grandes y muy rasgados, de expresión franca y valiente, y en su semblante había una gran regularidad dentro del tipo de su raza.

Vestía un traje de beduino montañés: sayo pardo escotado sobre una camisa que se cerraba alrededor del cuello, mangas anchas de un corte sumamente elegante, y falda corta que no pasaba de las rodillas, plegada en la cintura por una correa de piel de toro, de color de avellana, con hebilla de acero, que sujetaba una larga guma; en la cabeza llevaba un pequeño gorro cónico de lana encarnada, y en las piernas medias blancas rayadas horizontalmente de azul, y en los pies babuchas encarnadas.

Se comprendía que Mirian gustaba del aseo, y cuidaba de que sus esclavos estuviesen bien vestidos.

El traje de Kaimo, aunque no era rico, era sumamente limpio y elegante.

Kaimo se inclinó al llegar junto á la joven

como se hubiera inclinado delante de una sultana.

—¿Qué hace Sydi Juzef?—dijo Mirian.

—Sayda (1)—contestó el esclavo sonriendo y mostrando al sonreír su blanca dentadura— Sydi Juzef come con un buen apetito.

—Sydi Juzef—dijo Mirian—ha cautivado en la batalla á este cristiano, y yo le he tomado para mí.

—Mala suerte habeis tenido hoy—dijo Kaimo volviéndose al portugués, que seguía apoyado en el varal de la parra y con la cabeza inclinada—; el arcángel Azrael (2) os ha azotado los rostros con sus alas negras y os ha puesto espanto en los corazones; pero tú has sido afortunado; vale más ser esclavo de Sayda Mirian, que kaid (3) de la guardia negra del sultán; Sayda Mirian es hija de un xerife y corre por sus venas la sangre del profeta (4).

El cautivo gimió, y como contestando á su dolor, no á lo que Kaimo había dicho, dijo sollozando:

—¡Oh, mi desventurado rey!

—Ese desdichado—dijo Mirian á Kaimo, no está herido, pero está cubierto de sangre y polvo y tiene los vestidos destrozados; además, su traje cristiano irrita á mi padre; lávale, Kaimo, y ponle uno de tus vestidos nuevos: alienta tú, añadió Mirian pasando junto á él en dirección á la puerta del morabito; ningún mal puede sucederte aquí: eres mío.

Mirian tras esto entró en el morabito.

Kaimo fué al portugués, asíó de él blandamente y le llevó al interior entrando con él por un estrecho corredor.

El morabito, inmediatamente después de la puerta, tenía un vestíbulo pequeño de bóveda de ladrillo agramilado.

Los muros eran de lo mismo y el pavimento de mármol.

Al frente había una puerta de arco de herradura, y por ella se entraba á un espacio como de diez varas cuadradas de extensión, en el centro del cual había una losa de mármol blanco,

(1) Sayda quiere decir mi señora, como Sydi quiere decir mi señor.

(2) Segun el Koran, el arcángel Azrael es el arcángel de la muerte.

(3) Capitán de cien jinetes.

(4) Denominación que los musulmanes dan por excelencia á Mahoma.

larga y estrecha, rodeada por una balaustrada de madera de alerce.

No podía leerse la inscripción arábiga que estaba grabada sobre la losa, porque aquella losa estaba cubierta en gran parte de pequeñas piedras.

Cada una de aquellas piedras era un testimonio de que un musulmán devoto había orado por el anciano morabito ó ermitaño que allí estaba enterrado.

Los musulmanes, cuando oran sobre un sepulcro, echan en él una piedra.

Lo mismo hacen nuestros arrieros y nuestros campesinos, especialmente en Andalucía, cuando rezan un Padrenuestro delante de esas pequeñas cruces, que se ven por desgracia con demasiada frecuencia, y que tienen una tablilla en que sobre poco más ó menos dice lo siguiente:

“Aquí murió á mano alevosa fulano de tal, el día tantos: rogad á Dios por su alma.”

El arriero ó el campesino rezan un Padrenuestro ó un Ave-María, sombrero en mano, y luego ponen una piedra sobre uno de los brazos de la cruz y siguen su camino cantando una rondeña.

Esta costumbre, como otras tantas de Andalucía, es una costumbre morisca.

Las paredes y el techo del recinto donde estaba el sepulcro del anterior santón estaban cubiertas de bellos, aunque sencillos arabescos, y alrededor, al pie de estas paredes, se veía una faja de la altura de una vara de hermosos azulejos formando una caprichosa labor.

Una lámpara de hierro que ardía constantemente dejaba ver todo esto.

Por las otras dos puertas se entraba á las habitaciones de los vivos; las de la izquierda pertenecían á Sydi Juzef; las de la derecha á Mirian.

La joven, cuando entró en el morabito, tomó por la izquierda, esto es, fué á la habitación de su padre. Acababa de cenar.

A un lado había una tartera con restos de alcuzcuz.

El santón estaba de rodillas revolviendo los objetos que había traído sobre sus espaldas el cautivo portugués.

Aquellos objetos eran despojos de la batalla.

Había gruesas cadenas de oro, algunas sobrevestas de seda y de brocado, un yelmo, dos escudos de hierro con incrustaciones de oro, una espada riquísima y una tela fuerte enrollada en un palo dorado.

Cuando Mirian entró, Sydi Juzef blandía con placer la espada.

Una sonrisa cruel entreabría su ancha boca de labios delgados y dejaba ver su aguda dentadura.

Sus ojos brillaban con un gozo cruel.

—¡La espada del rey cristiano!—dijo, sintiendo á Mirian y mirándola de hito en hito.—¡Una rica espada!

—¡Ensangrentada hata el puño, padre!—observó Mirian.

—El rey portugués era muy valiente; peleaba como un león.

—¿Le has visto tú, padre?

—¡Oh, sí! Era un hermoso mancebo; pero Dios le abandonó al filo de nuestra espada, y la muerte destruyó su hermosura. ¡Oh! Y aquí; aquí también está su estandarte; querían llevárselo á mi sobrino el sultán Ahtmed; pero quién se atreve á disputar nada al hombre de Dios, al xerife Sydi Juzef?

—¡El estandarte del rey cristiano!—exclamó con arrogancia Mirian.

—Sí, sí, mira—dijo el santón congiendo el estandarte y desenrollándole.

Era un estandarte de dos puntas de damasco rojo, con franjas y flecos de oro y bordadas en el centro las cinco quinas con los cinco roeles, que son las armas de Portugal; esta bandera estaba sujeta por una vara dorada, y en aquella vara quedaban todavía los cordones de oro y seda y las borlas de oro con que había estado suspendido del asta ó portaestandarte, que habían dejado en el campo, sin duda por embárazoso.

Sydi Juzef, levantando con sus dos manos sobre su cabeza el estandarte, estaba completamente cubierto con él.

—Yo le colgaré—dijo—, sobre el sepulcro de Sydi Al Motamed, este yelmo, este escudo y esta espada, que fueron del rey cristiano, los pondré colgados del muro, á la derecha de la puerta, delante del estandarte para que los vean los creyentes que vengan á orar al morabito.

—¿Y qué ha sido del rey cristiano?—dijo con su voz siempre tranquila y sonora Mirian.

—Uno de sus esclavos ha entregado su cadáver á mi sobrino el xerife Ahtmed; yo estaba allí y pude disputársele á Sydi Ahtmed; ¿quién se hubiera atrevido á oponerse á mi voluntad? Se lo he dejado á mi pariente; él tomará por el



cadáver un gran rescate que yo no quiero; el precio de la venta de carne de perro, es un dinero impuro, y la desgracia caería sobre la casa en que estuviese enterrado.

—Y tus tesoros, además, son inmensos, padre—dijo la joven.

—¡Oh, sí, sí! el ermitaño de Ain-al-Mokazen recibe limosnas más cuantiosas que los tributos que los moghrebtes dan al sultán; ¿no vienen de todas partes allá desde el Atla y desde las montañas de Doren, desde Túnez y Trípoli y desde las más remotas riberas de nuestros mares enfermos y endemoniados á quienes da la salud? ¿Quién ha curado más milagrosamente que yo?

—Padre, tú eres un gran médico; tú conoces todas las hierbas que curan.

—Y todas las hierbas que matan—contestó sonriendo horriblemente el santón—; además, cuando las plantas ó las cosechas han enfermado, ¿quién las ha vuelto á su vigor? Cuando el cielo no da lluvia á los campos, ¿ha sido necesario más que el que yo extienda las manos hacia los campos y mire al cielo, para que éste se cubra de nubes y caiga la lluvia á cataratas?

—Padre, los espíritus invisibles hablan contigo—dijo con un acento singular Mirian.

—¡Calla! ¿Se acerca alguien!—dijo Sydi Juzef escuchando con una atención salvaje, y poniéndose de pie.

No se había engañado el santón.

Un caballero moro, jinete en un caballo árabe y seguido de diez soldados de á caballo de la guardia negra del sultán, había penetrado en la hermosa pradera que rodeaba al morabito, había desmontado á su puerta, y llamado á ella con el regatón de su lanza. Kaimo había acudido.

—Di al hombre de Dios—dijo con altanería el caballero—, que le busca un kaid del xerife Sydi Ahtmed y le trae órdenes suyas.

Kaimo entró inmediatamente en el aposento donde estaba el santón y su hija, y encorvándose respetuosamente transmitió palabra por palabra el mensaje del kaid.

—¡Órdenes! ¡Mandatos!—exclamó pálido de cólera Sydi Juzef—; ¿quién aconseja á este vanidoso Sydi Ahtmed?

Y se lanzó fuera.

—¿Cómo te has atrevido á venir aquí sin que yo te llame?—dijo con voz terrible y con los ojos inyectados en sangre, congestionados por el furor.

—Santo morabito—contestó con respeto el kaid—; no soy yo quien te habla, sino el poderoso xerife Sydi Ahtmed.

—Sydi Ahtmed es un insensato; ¿qué quiere?

—Sydi Ahtmed sabe que te has apoderado del estandarte real de Portugal, de la espada y de las armas del rey portugués, y te las pide respetuosamente para ponerlas en la grande aljama (1) de Marruecos.

—Xerife por xerife—contestó con una soberbia inmensa Sydi Juzef—, yo valgo y puedo más que Sydi Ahtmed; recoja en buen hora la corona que yo le dejo, porque la desprecio; pero que no se atreva á lo que yo he santificado tocándolo con mis manos. Vete.

—Sydi Ahtmed cree que esos reales despojos realzarían más la grandeza de su aljama—dijo con acento sumamente respetuoso el kaid.

—Casa de Dios por casa de Dios, el morabito de Ain-al-Mokazen es tan santo como la grande aljama de Damasco.

—Indudablemente, venerable morabito; pero en la grande aljama verán más gentes el testimonio de largueza con que el Señor nos ha favorecido en esta memorable batalla.

—Si pronuncias una palabra más, si te detienes junto á mi puerta un momento más, tomo tu cabeza, y con ella me voy á tomar la de mi sobrino Sydi Ahtmed. Veremos entonces si hay alguno que se atreva á desnudar contra mí su espada, si yo mismo me proclamo entre el ejército sultán.

El kaid se prosternó y dijo:

—Pon tus manos sobre mi cabeza, para que desaparezca de mí el pecado de haber causado tu cólera, hombre de Dios.

—Que el Señor te perdone y perdone al insensato Sydi Ahtmed. Vete.

El kaid montó á caballo y partió.

Sydi Juzef se volvió lentamente, y pasando junto á Mirian, que estaba á la puerta sin hablarla, entró en su aposento y apagó la lámpara.

Esto significaba que Sydi Juzef se entregaba al sueño, y Mirian no se atrevió á dilatar más el momento de su reposo.

Mandó á Kaimo cerrar la puerta exterior del morabito, y se encaminó á su habitación.

(1) Mezquita mayor.

CAPITULO III

FRANCISCO DE ALDANA

Delante de la habitación en qua vivía, comía y dormía Mirian, había otra pequeña habitación que comunicaba con ella por un pasadizo como de tres varas de longitud.

Este pasadizo tenía dos puertas.

Una que daba á la antecámara, y otra que correspondía á la cámara.

Cuando se cerraba la puerta exterior y Mirian se recogía, se cerraban aquellas dos puertas.

Mirian quedaba encerrada con su doncella Ayelah, que dormía á los pies del diván de su señora sobre una alfombra, y en la antecámara, sobre una estera de palma, delante de la primera puerta del pasadizo, dormía el negro Kaimo.

Fuera del morabito, para describir de una vez la vivienda del xerife Sydi Juzef, había un cobertizo dividido en dos mitades: la una mitad servía de cocina, y la otra mitad de establo, donde había dos hermosos caballos de batalla y dos robustos asnos.

Los caballos servían: el uno al santón, cuando en vez de combatiente de á pie quería serlo de á caballo, y el otro á Kaimo.

Los dos asnos eran las cabalgaduras de Mirian y de su doncella Ayelah.

Se recogían además por la noche al establo las aves domésticas que durante el día vagaban en libertad alrededor de la ermita, y por último, en un aposento cerrado adherido al establo, se guardaban las armas ofensivas y defensivas del xerife y del esclavo, y las monturas de los cuatro animales.

La habitación de Mirian era la más rica de morabito, sin dejar de ser sencilla.

Tenía una extensión de ocho varas cuadradas; las paredes revestidas de estuco labrado con zócalos de azulejos; el techo de madera labrada entrelazada con estrellas y escudos dorados y de colores; sobre el pavimento una alfombra rica; en un ángulo un ancho y blando diván de grandes almohadones de damasco; en uno de los testers un grande espejo veneciano con marco negro y dorado; en otro testero un grande arcón de roble labrado, con tres cerraduras y anchas abrazaderas de hierro; una lámpara de cristal opaco pendiente del techo, y un braserillo de plata para los perfumes.

En aquetla habitación, desde que la ocupaba Mirian, no había entrado nadie más que Ayelah, que era de la misma edad que su señora, y su padre Sydi Juzef.

Kaimo jamás había levantado el tapiz de la primera puerta del pasadizo; ni aun sabía cómo era la habitación de su señora.

Cuando Mirian entró en su aposento, se sentó sobre el diván cruzando sus piernas, y apoyó su bello y expresivo semblante en una de sus manos, permaneciendo inmóvil y pensativa.

Ayelah puso junto á ella sobre el diván una gran bandeja de plata, en que había en escudillas del mismo metal alcuzcuz cocido con leche y miel, carne conservada con manteca ó grasa de vaca, no de cerdo, frutas y pan blanco.

Había dejado además sobre la alfombra un magnífico jarrón de plata lleno de agua clarísima.

Mirian no reparó en esto; continuaba abismada en su pensamiento.

Sin darse razón de ello, sin pretender dársela la impresionaba la idea de aquel rey joven, hermoso y valiente, que había venido de su reino á morir de una manera tan desastrosa sobre los campos de una tierra extraña.

Mirian sentía una viva ansiedad por conocer el cadáver de aquel rey, ya que no podía conocerle vivo, y buscaba el medio de satisfacer su deseo.

El cadáver del rey estaba en los reales del xerife Ahtmed, y para verle era necesario ir allí.

Mirian, cuya voluntad jamás había sido contrariada, que ejercía un dominio absoluto sobre su padre, y que participaba de su inmensa influencia, cuyo nombre era conocido y respetado en todo el imperio marroquí, no daba tormento á su imaginación para ver el modo de lograr que su padre la permitiese ir á aquella extraña visita á un cadáver; en lo que Mirian pensaba era en ir á los reales de Sydi Ahtmed, con la seguridad de que su primo no saliese al encuentro.

Porque su primo Sydi Ahtmed la repugnaba de una manera excesiva.

En compensación, Sydi Ahtmed estaba locamente enamorado de su prima Mirian.

La locura de amor del terrible xerife consistía acaso en que Mirian le había despreciado de cuantas maneras despreciantes y aflictivas puede despreciar á un hombre una mujer.

Mirian, pues, deseaba conocer á aquel rey, cuyo estandarte y cuya espada la había mostrado su padre, y se abstraía buscando la manera de penetrar en los reales de su primo sin que éste la viera.

Y tan abstraída estaba, que no vió á Ayelah poner á su lado la bandeja servida, ni aun el olor de los suculentos manjares la distrajo de su pensamiento.

—Sayda—dijo Ayelah—; cuando comas, todo estará frío si lo dejas.

Mirian alzó la cabeza al escuchar la voz de Ayelah.

—¿Qué dices?—la preguntó con una ligera impaciencia.

Ayelah repitió dulcemente la observación.

—¡Ah!—dijo Mirian—, no tengo apetito: llévate eso; pero no, espera: ¿ha comido el cautivo cristiano?

—No, señora—respondió Ayelah.

—¡Infeliz! Ha estado peleando todo el día, está rendido, tendrá hambre, ¡y yo me había olvidado!... ve por él y que coma.

—¿Y ha de entrar aquí, Sayda?—dijo con extrañeza Ayelah.

—¡Aquí!—contestó con imperio Mirian.

—Pero si tu padre lo sabe, si se irrita—se atrevió á decir la esclava.

—¡Tráele!—repitió con imperio Mirian.

Ayelah salió.

Mirian volvió á abismarse en sus pensamientos.

Poco tiempo después entró Ayelah, trayendo consigo al cautivo portugués, que apenas podía tenerse de pie.

Vestía un traje beduino, exactamente igual al que hemos dicho vestía Kaimo.

Este le había lavado, y el portugués aparecía joven y buen mozo, y de aspecto noble y distinguido.

Adelantó hasta llegar cerca de Mirian, y conocedor sin duda de las costumbres de los moros, extendió hacia ella la mano derecha, la tocó casi la orla de la túnica, inclinándose profundamente, y besó la punta de sus dedos.

—¿Tú eres moro?—dijo Mirian.

—No, Sayda—respondió en buen árabe el cautivo.

—Pareces moro; hablas muy bien nuestra lengua: dicen que entre los cristianos hay moros que han renegado de Mahoma.

—Yo no he renegado de nadie, Sayda; yo soy cristiano, de nación portugués, y si sé hablar el árabe es porque he estado mucho tiempo en Ceuta, que es, como sabes, una ciudad africana que pertenece á la corona de Portugal.

—Siéntate; estás muy cansado; siéntate y come.

El portugués se sentó en el extremo del diván y permaneció inmóvil y abatido.

La bandeja con los manjares estaba sobre el diván, entre la sultana y el portugués.

—¿Por qué no comes?—dije dulcemente Mirian.

—¡Ah! No puedo, Sayda, no puedo. Me estoy muriendo. Mi pensamiento no se aparta de la batalla. Estoy viendo siempre el estandarte real, que se perdía entre el tumulto, en medio del horror y de la carnicería de la batalla. Estoy viendo al rey, mi amo, á mi noble rey, que se perdía entre aquel torbellino. Veo vacilar su estandarte y caer, y perderse como una encina herida por el pie entre la selva. Veo el estandarte de don Manuel de Meneses, del bravo obispo de Coimbra, caer también. Y luego, portugueses que huyen, que son muertos en la fuga. Después nada... nada más que oleadas incesantes de caballería marroquí, innumerable, furiosa, ensangrentada, que pasaba sobre los cadáveres, sobre los moribundos, sobre los heridos. ¡Oh! Yo me estoy muriendo; me está matando ese horrible recuerdo de exterminio que me parece un sueño de sangre. ¡Oh, mi noble rey! ¡Mi desventurado rey!

—¿Es verdad que el rey cristiano ha muerto en la batalla?—preguntó con voz insegura Mirian.

—Yo no lo sé—contestó el cautivo.

—¿Pues no dicen que el cadáver del rey cristiano está en el campamento del sultán Sydi Ahtmed?—preguntó con ansia Mirian.

—Sí, sí, en una tienda, en el campamento del sultán hay un cadáver que se parece á mi señor, que yo creo que es mi señor; pero no lo puedo asegurar, porque...

—¿Por qué?—preguntó acreciendo en ansiedad Mirian.

—Porque... yo sé muy bien todas estas cosas. Yo me he criado en mi tierra en el palacio de mis reyes. He sido paje, primero del príncipe don Juan, padre del rey don Sebastián, que es el que en mal hora ha venido á esta desastrosa empresa. Luego he sido gobernador de Ceuta, y

después camarero del rey don Sebastián. Yo sé muy bien todas estas cosas. Hace dos años, un día me avisaron que un español quería hablarme. Mandé que le dejasen entrar. Cuando le vi me maravillé y creí que mi señor, que don Sebastián quería darme una broma, y se me presentaba disfrazado de soldado español. Había entrado en mi cuarto con un antifaz puesto y sólo se le había quitado cuando nos quedamos solos. Aquel hombre era exactamente igual á don Sebastián; parecía tener su misma edad. Era como él, altivo y de mirada grave y majestuosa; yo, creyéndole el rey, le pregunté por qué hacía aquello. Entonces me dijo:

—Vos os engañáis, señor Francisco de Aldana; ya podéis haber conocido por mi voz y por mi acento español que aunque me parezco todo al rey don Sebastián, no soy el rey don Sebastián, sino Gabriel de Espinosa... expósito... y natural, según parece, de Toledo; sé que vos sois muy privado del rey don Sebastián y he venido á buscaros para que me hagáis la merced de entregar cerrada esta carta al rey.

Y me dió un grueso pliego, cuyo sobre escrito, que decía únicamente "Al rey de Portugal", parecía escrito de hacía mucho tiempo.

Este pliego estaba sellado con las armas reales de Portugal.

El español Gabriel de Espinosa se parecía al príncipe don Juan, padre del rey don Sebastián, y podía confundirsele con este último, mientras no hablase.

Salió de mi cuarto, dejando en él al español y cerrando para que nadie entrase y le viese, y me fuí al cuarto del rey, le conté la aventura y le entregué el pliego.

El rey, al empezar á leerle, se puso pálido; luego una grande alegría apareció en su semblante.

Leyó el pliego repetidas veces y me mandó que le llevase una luz.

Se la llevé y quemó en ella el pliego sin perdonar el sobrescrito.

—Que se ponga otra vez ese hombre su antifaz y tráemelo —dijo el rey.

Llevé al cuarto del rey al español y los dos se quedaron solos.

Yo no supe ni nadie supo lo que los dos hablaron.

El rey y Gabriel de Espinosa estuvieron largo tiempo encerrados.

Después el rey hizo capitán de una compañía á Gabriel de Espinosa, que siguió viviendo en Lisboa, asombrando á todos por su semejanza con el rey.

Don Sebastián me había encargado que no revelase á nadie lo del pliego que el español me había entregado para él, y no volví á hablarme más de este asunto.

Gabriel de Espinosa no entró nunca en Palacio públicamente; pero algunas noches yo le introducía encubierto y el rey se encerraba con él y permanecían mucho tiempo encerrados.

Pues bien, Sayda, Gabriel de Espinosa ha estado con su compañía en la batalla; yo no sé si el cadáver que hay en el campamento del sultán es del rey mi señor ó el de Gabriel de Espinosa, porque cuando le encontramos, le encontramos desnudo, sin una sola insignia que demostrase si era efectivamente el rey. Yo no podía asegurarlo por la voz, porque los muertos no hablan, y tengo una duda horrible, la he manifestado al sultán, y cuando yo andaba por el campo buscando el otro cadáver, se ha apoderado de mí tu padre.

—¡Ah! ¿Fuiste tú quien buscaste á tu rey?— dijo Mirian.

—Sí, yo ya no podía batirme, me habían muerto dos caballos, y á pesar de que no estaba herido, no podía ya sostener la espada de fatiga; los moros se habían cansado de matar y les pedí en árabe que me tomasen á rescate.

—¡Ah, sabes tú nuestra lengua! —dijo un kaid—; amigos, vamos á llevarle al xerife para que le cuente con qué intento han venido á nuestra tierra estos perros infieles.

Y me llevaron al sultán.

Me preguntó, le respondí, y cuando supo que era camarero del rey don Sebastián, me dijo:

—Tú debes conocer muy bien á tu señor y no te equivocarás: dicen los míos que han visto dos caballeros muy semejantes en la batalla, que parecían el mismo, sólo que uno llevaba vestidos de rey, y el otro vestidos de soldado; yo no quiero equivocarme, porque quiero honrar el cadáver de tu señor: era un rey como yo y un león bravo; ha muerto como mueren los caballeros, y honras merecen los reyes caballeros y valientes; yo mismo voy á acompañarte.

Con nosotros iban esclavos con antorchas, los moros principales y un gran séquito.

Recorrimos durante una hora el campo.

Yo iba delante con moros que llevaban antorchas, mirando los semblantes de todos los cadáveres.

Habíamos recorrido gran parte del campo, y yo había conocido á muchos capitanes, á muchos caballeros portugueses amigos míos; pero no había encontrado al rey, ni á Gabriel de Espinosa.

De repente me detuve asombrado y di un grito; no tendido, sino como recostado en un montón de cadáveres, había uno con el semblante fiero, con los ojos abiertos aún, en que parecía brillar una mirada de cólera, de valor indómito é irritado, de amenaza, de muerte.

Todo aquel semblante dejaba ver la bravura, el coraje y el valor indomable del león durante la lucha.

En aquella boca entreabierta no había dolor, sino soberbia y dominio.

El robusto pecho del cadáver estaba traspasado de heridas y cubierto de sangre coagulada, así como el lado izquierdo de su cabeza.

—¡Ese, ese es el rey don Sebastián!—grité.

El xerife se acercó y permaneció inmóvil, fijando en el cadáver una mirada de conmiseración y de respeto.

—Sí, sí, él es—dijo.

Y, sin embargo, había concebido una duda.

—Puede ser que sea Gabriel de Espinosa—dije al sultán—; Gabriel de Espinosa se parecía enteramente al rey mi señor.

—No—dijo el sultán—, ese es el rey, sólo un rey, sólo un león coronado muere como él ha muerto, y muere mandando.

—Sin embargo, Sydi—contesté—, Gabriel de Espinosa era tan bravo como el rey.

—Pero no era rey—dijo con altivez el sultán.

Entonces, por orden suya, el cadáver fué puesto en algunas lanzas de batalla y levantado en hombros de cuatro capitanes del sultán.

Este iba á caballo á la derecha, cabizbajo y pensativo.

Detrás del cadáver iba yo llorando, luego un sinnúmero de soldados moros que guardaban un religioso silencio, á los lados hombres con antorchas, delante, á caballo, los atabales, las trompetas y las dulzainas tocando marcha.

Cuando llegamos á los reales, el cadáver fué colocado en una magnífica tienda, y cuya puerta quedó una guardia de capitanes.

Yo persistía, como persisto aún en mis dudas,

y rogué al xerife me permitiese ir á recorrer de nuevo el campo de batalla para ver si encontraba otro cadáver con alguna señal de ropa ó armas por la que se pudiese venir en conocimiento de que era el rey; y el xerife, á pesar de que se afirmaba en que el ya recogido, por su aspecto noble y fiero, y por tener todas las heridas por delante como un valiente, debía ser y era el rey, me permitió ir con algunos moros principales á hacer un nuevo reconocimiento.

Cuando llegamos cerca del campo de batalla, vimos un gran grupo de moros, que tenían en alto un estandarte y que hablaban acaloradamente con un xerife, y digo xerife, porque sobre un alquicel negro llevaba una toca verde.

Aquel xerife era tu padre.

Aquel estandarte, el estandarte real de Portugal.

Tu padre pretendía, más bien mandaba, que le entregasen el estandarte.

Los que le tenían replicaban que iban á llevarle al sultán Ahtmed.

Tu padre se irritó y asió el estandarte.

—Yo soy el xerife Sydi Juzef—gritó—, el hombre de Dios, el morabito de Ain al Moka-zen; ¡maldito sea del Señor el que resista á mi voluntad!

Al escuchar el nombre de tu padre, Sayda, se prosternaron uniendo su rostro á la tierra, no sólo los moros que tenían el estandarte, sino también los capitanes que me acompañaban.

Yo solo quedé de pie.

—¿Quién eres tú que no te prosternas ante el xerife ermitaño?—gritó tu padre, mirándome ebrio de cólera y blandiendo su espingarda.—¡Ah! ¡Eres un perro cristiano!

Y tendió su espingarda hacia mí, y me apuntó.

Yo me arrodillé para morir orando.

Pero tu padre levantó su espingarda sin disparar, y dijo:

—No, ahora no; ahora vas á servirme como una bestia de carga. ¡Idos!—añadió, mirando ferozmente á los que le rodeaban.

Todos aquellos hombres, incluso los que me habían acompañado, se levantaron y se retiraron en silencio.

Quedé yo solo.

Entonces el xerife, tu padre, desprendió del asta los cordones del estandarte, y le arrojó sobre un alquicel extendido en que había armas y ropas que yo conocía.

Tu padre unió las cuatro puntas del alquicel, que contenía una carga pesada, y me la echó sobre los hombros, haciéndome venir con ella hasta aquí, donde tú me has salvado, princesa.

—¿Por qué me llamas princesa?—dijo Mirian.

—¿No eres tú hija de un xerife?

—Sí.

—Eres, por lo tanto, como descendiente en línea recta de Mahoma, sultana.

Mirian no contestó.

Permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Es necesario que venzas aún por algún tiempo—dijo—tu debilidad y tu fatiga; vamos á ir al campo de batalla, á los reales del sultán Ahtmed; es necesario que busques ese otro cadáver.

—¡Oh! para eso siempre tendré fuerzas.

—Pues bien, espérame aquí.

Y Mirian se levantó, salió de su retrete y al pasar junto á Kaimo le dijo:

—Enjaeza al momento los dos caballos y los dos asnos, y ármate para acompañarnos.

Luego atravesó el vestibulo del morabito, llegó á la puerta del aposento de su padre y llamó.

CAPÍTULO IV

EN QUE SE VE QUE MIRIAN DOMINABA Á SU PADRE, Y QUE EL SULTÁN DE MARRUECOS ERA DOMINADO POR EL PADRE DE MIRIAN

Sydi Juzef, que desde que oyó por la mañana el primer cañonazo de la batalla había corrido á ella y había estado batiéndose como un tigre todo el día, cuando después de haber cenado con la voracidad de un lobo se echó sobre la alfombra que le servía de lecho, se quedó dormido con un sueño tan profundo como el de los siete durmientes.

Costóle, pues, á Mirian el lastimarse las delicadas manos, repitiendo los golpes sobre la puerta, y violentar su fresca y sonora voz acreciendo en la fuerza de sus llamamientos para que se oyese al fin un acento ronco y amenazador dentro de la habitación.

Era que Sydi Juzef despertaba.

—Soy yo; padre mío; soy yo; tu pequeña y querida Mirian—dijo la joven.

Al oír la voz de su hija, Sydi Juzef se abalanzó á la puerta y la abrió bruscamente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no duermes? ¿Estás enferma, bien de mi vida?—dijo el xerife con un cuidadoso sobresalto.

—No, padre mío, no; nada malo sucede á tu hija; pero sal, sal al huerto, arroja agua fresca sobre tu cabeza para alejar el sueño, á fin de que puedas entenderme bien.

Sydi Juzef, obediente como un niño dócil, salió del morabito, extendió los brazos y bostezó en un largo desperezo, y luego se fué á la fuente y puso la cabeza en el chorro, frotándose vigorosamente los ojos.

Después se enjugó la cabeza en un harapiento albornoz negro, y se sentó sobre las piernas en la hierba, volviendo á bostezar de una manera ruidosa.

Después fijó sus enormes ojos con una expresión de cariñosa curiosidad en su hija, que se había sentado junto á él.

—¿No es verdad, padre—dijo la niña—, que me amas mucho?

—Veo en ti á tu madre, Mirian—dijo temblando con ronca voz Sydi Juzef.

Mirian se estremeció.

—No recordemos á mi madre, señor—dijo—; los muertos se estremecen en su tumba cuando pronuncian su nombre los que los han amado sobre la tierra.

—Yo he vengado á tu madre—replicó ferozmente Sydi Juzef.

—Deja, deja á mi madre en paz y respóndeme: ¿no es verdad que si yo deseara poner sobre mi frente la estrella de la tarde, tú evocarías al infierno para que arrancase de su eterno asiento á la estrella y me la trajese?

—Sí.

—¿No es verdad que si yo deseara ser sultana de Marruecos, levantarías tu estandarte de xerife y me pondrías sobre el trono?

—Tentaciones he tenido de hacer que Sydi Ahtmed conozca cuánto valgo y cuánto puedo. Dime yo quiero ser sultana, y antes de que pase la noche te habrán proclamado los soldados de Sydi Ahtmed.

—No quiero tanto; ni el lucero de la tarde ni un trono: quiero un rey muerto.

—¡Un rey muerto!

—Sí, el rey de los portugueses, el rey don Sebastián.

—¿Y para qué quieres tú ese cadáver?

—Quiero conocerle.

—¡Mirian! ¡Tú has hablado con el cautivo cristiano!

—Sí, hace poco, en mi aposento.

—¡En tu aposento!—dijo el santón, cuyo semblante se nubló, y cuya voz se enroqueció de una manera horrible.—¿Sabes, Mirian, que el hombre que pisa el aposento de una doncella de la raza de los xerifes, no siendo su padre ó su esposo, se hace reo de muerte?

—Yo he llamado al cautivo.

—Yo cortaré á cercén la cabeza á ese perro infiel para que vuelva á escuchar tu voz.

—Entonces no volverás á ver la sonrisa en la boca de Mirian.

—Tu espíritu envuelve mi espíritu y le embriaga; tú hablas y yo escucho; tú deseas y yo cumplo tu deseo; pero mi espíritu se entristece. ¿Qué gracia ha encontrado en tus ojos ese esclavo?

—He querido saber la historia del rey portugués, y él me ha contado una cosa muy singular: yo quiero ver al rey don Sebastián.

—¡Y cómo!

—Yendo á los reales de mi primo Sydi Ahtmed.

—Sydi Ahtmed te ama, te solicita, te quiere por esposa, y el ir á sus reales conmigo es como concederte á él; yo no quiero que sea tu esposo el sultán; ¿lo entiendes?

—Ni yo quiero ser su esposa—dijo Mirian con desdén. Yo iré contigo á sus reales, él sabrá que yo estoy allí, pero él no me verá.

—Lo que piensas es una locura.

—Quiero ver al rey muerto.

—No.

—Pues entonces no extrañes el verme siempre triste, porque yo no puedo estar alegre sabiendo que no me amas.

—¡Que no te amo yo! Pues ¿por quién he amontonado tesoros? ¿Por quién acrezco cada día con limosnas y obras meritorias mi fama de varón justo y sabio sino por ti? ¿Por quién sufro esos largos transportes de furor, de insensatez, de locura, sino por ti?

Y los ojos del viejo brillaron como dos carbunclos.

—Sin embargo, padre—dijo Mirian con los hermosos ojos fijos en el suelo—, conoces mi deseo, y no te apresuras á satisfacerlo.

Sydi Ahtmed se levantó silencioso y rígido.

Miró profundamente á Mirian, que permaneció

con los ojos inclinados al suelo, y la dijo:

—Tú eres mi esperanza; yo he jurado cumplir tu voluntad, sea cual fuese tu deseo, y no puedo faltar á mi juramento. Vamos á los reales de Ahtmed.

—¿Y vas á ponerte así en la presencia del jactancioso Ahtmed, con tu alquicel andrajoso y tu mugrienta chilaba y tus pies descalzos?

—Yo he vivido siempre en las montañas: yo soy un ermitaño apartado de las vanidades humanas.

—Pero eres un príncipe de la familia de Mahoma: eres xerife; vive como quieras en la soledad; pero al presentarte entre gente vanidosa, haz que refleje en sus ojos tu grandeza por honra de nuestros abuelos.

—Bien: no seamos mezquinos, puesto que tú lo deseas, durante una hora.

Y con el peor humor del mundo, el viejo xerife se metió en el morabito y luego en su aposento.

Encendió luz de nuevo, abrió un viejo arcón, y regañando entredientes como un hombre enérgico á quien obligan á violentar su indómita voluntad, sacó algunas ricas prendas y se las vistió.

Empezó por ponerse unas magníficas botas de tafete marroquí encarnado, bordadas de oro; se despojó de su harapiento alquicel negro, y sobre la mugrienta chilaba se puso una túnica de damasco rojo; apretó esta túnica en la cintura con un portaespada negro, bordado con plata y perlas, y en aquel portaespada puso la del rey don Sebastián.

Sobre esto se puso un alquicel de riquísima lana negra franjeado de oro, y se ciñó á la cabeza sobre el capuz del alquicel y retorcida á manera de turbante una toca de seda verde y oro.

Entonces Sydi Juzef era una magnífica y brava figura, un verdadero xerife.

Sacó, por último, de una caja más pequeña un largo rosario de ambar que colocó en su cinturón, apagó la luz, salió, cerró la puerta de su aposento y llamó á su hija.

Mirian se le presentó un momento después.

El traje de la joven había dejado de ser sencillo, para ser magnífico.

Llevaba tres túnicas de brocado sobrepuestas, más larga la una que la otra, ceñidor, collar, ajorcas y arracadas de esmeraldas, diamantes y rubíes, preciosas babuchas de brocado, un velo

blanco prendido alrededor de la cabeza, una preciosa toquilla bordada de oro y perlas, y sobre los hombros un pequeño manto negro franjeado de oro como el de su padre.

—¿Por qué no has de estar siempre así?—dijo viendo a su padre a la luz de la luna.

—Estas galas—dijo con severidad el santón—ofenden á Dios cuando brillan en una ermita; para estas galas se han hecho los preciosos alcazars y los voluptuosos harenes; yo no soy ahora el xerife morabito retratado á la soledad y á la pobreza: soy el príncipe; pero tú lo quieres y es: ¿Qué esperamos ya?

En aquel momento Kaimo apareció por un lado del morabito, armado, vestido con una gran túnica roja, con una lanza y una espingarda al hombro, un largo yatagán al costado, y llevando tras sí dos caballos y dos asnos enjaezados, que le seguían como perros.

Los dos caballos eran iguales en raza y en hermosura, y de la misma manera eran iguales entre sí, en valía, los dos asnos.

Pero en las monturas había notables diferencias.

El un caballo tenía silla de damasco y bridas con pretal de seda y oro, así como las acciones de los estribos que eran de plata; la montura del otro caballo era de cuero y madera: una montura de soldado de rey. El un asno llevaba unas magníficas jamugas forradas de seda con ricos caireies y penacho y cabezón bordado; el otro asno unas jamugas y unos arreos infinitamente más sencillos.

Sydi Juzef ayudó á montar en el asno ricamente enjaezado á Mirian, y después montó él mismo en el caballo del caparazón de damasco.

—Trae al cautivo—dijo Mirian á Kaimo.

Kaimo dejó la lanza y la espingarda arrimadas al muro de la ermita y entró, saliendo á poco con Francisco de Aldana, que conservaba su sencillo y prestado traje de beduino.

Kaimo le puso en las jamugas del otro asno, y esta montura femenil le vino muy bien, porque el portugués estaba tan débil, que no hubiera podido tenerse á caballo.

Kaimo cerró la puerta del morabito, dejando dentro á Ayelah, entregó la llave á Sydi Juzef, colgó la espingarda en la montura de su caballo, en una posición vertical, con la cox mirando al pecho del caballo, y la boca de ésta mirando hacia atrás.

Después montó y terció la lanza sobre su costado izquierdo.

Sydi Juzef hizo caracolear un momento á su caballo sobre la pequeña pradera, demostrando que era un excelente jinete, y luego le puso al paso en dirección á la salida de Ain-al-Mokazen, entrando á poco trecho en el sendero que serpenteaba entre los árboles que rodeaban la colina.

En pos iba Mirian con el rostro envuelto una y otra vez en su velo transparente, nublándole como una blanca nubecilla oculta la luna sin ocultar su luz, y dejando sólo ver sus ojos negros.

Detrás, llevado del roncal por el asno de Mirian, iba el otro asno que conducía al portugués, y detrás, como en escolta, el negro Kaimo, que á caballo tenía la figura más guerrera que puede imaginarse.

Durante algunos minutos caminaron en la sombra bajo las copas y entre los espesos troncos de los robles, los alcornoques y los castaños silvestres.

Al fin, cuando estuvieron fuera de la jurisdicción de Ain-al-Mokazen, se encontraron descendiendo por un suave repecho y acercándose al campo de batalla que se dominaba desde allí.

Alrededor de los reales de Sidi-Ahtmed, que se veían hacia la parte de Alcazar-Kuivir, y en toda la circunferencia del campo de batalla que ocupaba una inmensa parte de la llanura, los moros habían encendido grandes hogueras de trecho en trecho para evitar la proximidad de las bestias feroces que debían ser atraídas por el olor de la sangre.

Además de esto, una multitud de antorchas vagaban por el campo.

Fra que aún no se había terminado el despojo de los cadáveres.

En medio, una multitud de hombres cavaban una larga, ancha y profunda hoya, para sepultar en ella á los cadáveres de los musulmanes, que debían reposar allí durante centenares de años rodeados de los huesos insepultos de sus enemigos.

Era aquello terrible y vaporoso.

La pálida luz de la luna que lo inundaba todo; la roja luz de las antorchas que vagaban, y el vivo resplandor de las inmóviles hogueras; la actividad de tantos hombres vivos ocupados en despojar á tantos hombres muertos; aquella hoya, que iba á establecer un privilegio, aun después

de la muerte, entre los vencedores y los vencidos; aquellas largas calles de blancas tiendas sobre las cuales se levantaban mudas las torres de Alcazar-Kuivir; todo era vaporoso, todo estaba lleno de un prestigio fantástico y apenador.

Sydi Juzef y Kaimo miraban aquel terrible espectáculo con delicia, Mirian con lástima, Francisco de Aldana con una desesperación y un dolor imposibles de describir.

Muy pronto empezaron á caminar por entre el campo de batalla.

Los moros, que andaban por él ocupados todavía por el pillaje, cuando veían la pequeña caravana, dejaban su faena, se detenían y se inclinaban profundamente.

Porque quienes pasaban eran un xerife, una sultana, un soldado y un esclavo.

Nadie se atrevía á poner impedimento á la marcha de Sydi Juzef.

Porque un musulmán creería cometer un gran pecado dirigiendo la palabra sin ser preguntado por él, á un descendiente del Profeta.

Aún no habían llegado al campo de batalla, cuando Francisco de Aldana dijo á Mirian:

—Dios nos ha traído por aquí, señora.

—¿Por qué?—dijo Mirian.

—¿Veis allí á medio tiro de espingarda seis soldados moros que tienen antorchas en las manos?

—Sí.

—Pues en ese mismo lugar fué donde desapareció entre los combatientes el estandarte real de Portugal; lo conozco por esas tres peñas negras que se alzan un poco más allá. ¿Placería á tu noble padre que nos detuviésemos allí un momento y buscáramos?

—¡Padre!—dijo por toda contestación Mirian—; aguija hacia aquellos moros que están junto á aquellas tres peñas negras, y en llegando allí, detente.

Sydi Juzef no contestó, pero aguijó su caballo.

Los asnos fueron puestos á un pequeño trote, y poco después se detuvieron.

Los seis moros, al ver frente á sí á un xerife tan rico como por sus ropas parecía serlo Sydi Juzef, y como en efecto lo era, le saludaron profundamente, y esperaron inmóviles.

—Echemos pie á tierra, padre—dijo Mirian.

Al ver el ademán de echar pie á tierra de Sydi Juzef, todos los moros que allí estaban acudieron á tenerle el caballo.

Los había dominado el aspecto terrible y magníficamente bravío del santón.

Sydi Juzef les imponía á un mismo tiempo respeto por sus años, por su toca verde, por su alquicel negro, por sus vestiduras de príncipe, por su alta y erguida estatura, por su actitud altiva y dominadora; y miedo por la mirada calenturienta de sus ojos, que giraban fieros, anhelantes, terribles, mirando con una expresión salvaje, ya á Mirian, ya á Francisco de Aldana, ya á los cadáveres desnudos que tenía alrededor.

Sydi Juzef estaba terriblemente contrariado; había dejado la vida al portugués, porque su hija lo había querido; había dejado su sueño, porque la voz de su hija le había llamado; había vestido sus insignias de xerife, porque así lo había deseado Mirian; estaba allí buscando un cadáver, porque Mirian lo había querido; y por último, consentía en ir á visitar á su sobrino el xerife Sydi Ahtmed, á quien aborrecía de muerte, porque así era la voluntad de Mirian.

Sydi Juzef, fiero, terrible, loco, asceta en cuanto á las cosas de Dios, indiferente y cruel en cuanto á las cosas de los hombres, despreciador de las vanidades humanas hasta el punto de no encontrarse nunca mejor que cuando vestía sus mágrientos harapos y esperaba en la soledad de los breñales y de las rocas, con la espingarda preparada, á que un león ó un tigre fuesen apagar su sed, era como una masa blanda dispuesta á tomar todas las formas, á amoldarse á todo, cuando aquella niña tan hermosa y tan pura tomaba, por decirlo así, su alma bravía entre sus delicadas manos.

El amor que Sydi Juzef tenía á su hija era más que el amor de un padre; era un amor idólatra, un amor celoso, un amor insensato: uno de esos amores que son, ó un castigo ó una desgracia.

Sydi Juzef no hubiera encontrado nada imposible, nada terrible, nada criminal, si su hija le hubiera dicho: haz esto ó lo otro.

Por eso estaba allí, á pesar de que su altivez, su dignidad, su fuerza, se sentían fuertemente contrariados.

Lo quería Mirian y esto bastaba.

Pero Sydi Juzef estaba con muy mala disposición de alma y preparado para cualquier cosa terrible.

Después de haber echado pie á tierra, permaneció un momento inmóvil, irradiando en torno

suyo una mirada sombría; pero vió que Mirian extendía graciosamente los brazos hacia él como buscando un apoyo para bajar de su asno, y el xerife acudió, asíó á su hija por el talle, la levantó como si hubiera levantado una paja, y la puso blandamente en el suelo.

—¡Ahí, ahil ¡Alrededor de aquellas tres peñas negras!—dijo Francisco de Aldana.

Francisco de Aldana había sido bajado de su mansa cabalgadura por Kaimo, y adelantaba lentamente apoyado en el brazo del negro.

—¡Alumbrad! ¡Alumbrad por donde vayamos!—dijo Mirian con voz breve é imperativa á los seis moros que permanecían inmóviles delante del xerife errataño, con las antorchas en las manos.

Los seis soldados moros se partieron en dos mitades, yendo tres á la derecha y tres á la izquierda.

—¡Hacia las peñas negras!—dijo haciendo un esfuerzo, para que se escuchase bien su voz, Francisco de Aldana.

Los moros adelantaron hacia el lugar marcado.

Pero la marcha era lenta y llena de detalles horribles.

Aquel lugar había sido el centro de la batalla, y los cadáveres se hacinaban.

Los moros se veían obligados á ir apartando aquellos cadáveres para que el xerife y la sultana, á quien precedían, no se viesan obligados á pasar sobre ellos.

Pero no podían limpiar el terreno, y el xerife y su hija, y Francisco de Aldana y Kaimo pisaban un lodo terrible, un lodo de sangre.

El xerife y Kaimo dilataban sus narices y oían con placer aquel vaho especial, horriblemente repugnante de la sangre y la carne humana despedazada; eran hienas humanas; el olor de cristiano muerto les embriagaba.

Mirian llevaba el corazón comprimido, excitada toda la compasión, toda la caridad de su alma, y cerraba los ojos por no ver, apoyándose temblorosa en el brazo de su padre que marchaba lento y rígido.

Francisco de Aldana, enfermo gravemente, lleno de dolor, se sentía desfallecer ante el espectáculo de la sangre de sus compañeros, tendidos sobre el campo africano.

Pero dominaba su horror, se acercaba y miraba cada uno de aquellos cadáveres, reconocien-

do á veces á un amigo ó á un soldado de la guardia del rey don Sebastián.

Acá y allá se veían tendidos muchos caballos, pero ya sin jaeces.

Llegaron al fin cerca de las peñas.

Allí la carnicería era espantosa; hombres y caballos estaban hacinados los unos sobre los otros.

—¡Aquí! ¡Aquí fué donde se hundió entre la pelea el estandarte real!—dijo con voz conmovida Aldana—; aquí debe estar el rey; vamos, vamos adelante; alumbrad dos de vosotros; alumbrad semblante por semblante, y vosotros cuatro id levantando cuerpos—dijo Aldana con una excitación febril.

Sydi Juzef se sentía arrastrado por aquel vértigo de sangre, y adelantó con un movimiento nervioso para no perder la vista ni de un solo semblante lívido de sus enemigos muertos.

Pero Mirian le contuvo.

—Espera, padre—dijo—espera; eso es muy horroroso; detengámonos aquí; procuremos no ver; ya nos avisará el cristiano si encuentra á su rey. Detengámonos aquí, padre.

Sydi Juzef se hizo una nueva violencia, y otra vez la voluntad de Mirian fué obedecida.

Se detuvo.

Hasta entonces Mirian y su padre habían ido á bastante distancia de las antorchas, y la joven no había podido ver ninguno de los repugnantes detalles de aquellos restos mortales ensangrentados y desnudos.

Además, Mirian se había abstraído, había cerrado los ojos, huyendo cuanto le había sido posible el mirar.

La joven inclinó la cabeza sobre el brazo de su padre, y éste permaneció inmóvil, rígido, estremeciéndose de tiempo en tiempo de una manera poderosa, excitado, terrible, fijando su mirada feroz en el grupo de exploradores que iban reconociendo uno á uno los cadáveres.

Durante mucho tiempo estuvieron á la vista de Sydi Juzef los buscadores.

Ya hemos dicho que Mirian había cerrado los ojos y apoyado su semblante en el brazo de su padre, procurando no ver.

La operación era larga y pesada, porque se hacía con gran escrupulosidad.

Al fin dieron la vuelta á las peñas y los hombres y las antorchas desaparecieron de ante la vista del santón.

Este, sin embargo, permaneció en el mismo sitio, y Mirian continuó con el semblante unido al brazo de su padre.

De improviso se oyeron voces de Francisco de Aldana.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Hemos encontrado al rey—gritó.

Mirian se irguió, impulsó á su padre, y dijo:

—Adelantemos.

Sidi Juzef tiró de su hija, y con gran rapidez, llevándola casi en peso, adelantó, dió la vuelta á las peñas y llegó al grupo que formaban Francisco de Aldana, Kaimo y los seis soldados moros que tentan rodeado á otro grupo tendido en tierra.

Aquel grupo lo componían un hombre y un caballo.

Desnudo el primero, despojado de jaez el segundo.

Kaimo, por respeto al pudor de su señora, había quitado su alquicel á uno de los moros, y había cubierto con él el cadáver del hombre hasta el pecho.

Este hombre estaba boca arriba, y por acaso los que le habían desnudado le habían dejado un tanto incorporado sobre el caballo y con la cabeza echada hacia atrás y el semblante inclinado hacia la derecha.

En el pecho y en los brazos del cadáver había siete profundas heridas, cubiertas de sangre coagulada, con los bordes azules, amarillos, negros, horribles.

—Ese es...—dijo Francisco de Aldana, que apenas podía hablar—ó el rey mi señor ó el español Gabriel de Espinosa.

—¡Ese hombre nunca ha sido rey!—exclamó con acento de desprecio el xerife, tomando una antorcha encendida é iluminando de cerca el semblante del cadáver.

—No, no es ese el rey que yo me había imaginado—dijo Mirian, que examinaba con ansia el cadáver.

—No—dijo Sydi Juzef—; un rey que ve degollar á su ejército no muere sonriendo como el hombre de guerra que ha visto tantas veces la muerte, que ya no la teme.

En efecto, la expresión que había quedado impresa en el semblante de aquel cadáver, era una expresión de altivez, de insolente desprecio; parecía que había recibido el golpe mortal instantáneamente, en el momento en que contestaba

con una sonrisa de supremo desdén á una propuesta de rendición; no podía ser otra cosa.

Y como era preciso que el dolor y la agonía estuvieran pintados en el semblante, su expresión de estos dos sentimientos, junto á la expresión de altivez y de desprecio que revelaban aquellos labios en que la muerte había fijado una sonrisa terrible, aquella expresión, repetimos, imponía respeto.

Aquel era, á no dudarlo, el cadáver de un hombre fuerte á toda prueba.

—Sea ó no sea el cadáver del rey—dijo el santón, debe ser honrado, porque en ese cuerpo ha vivido un espíritu fuerte y noble.

Y luego, volviéndose á los moros, mudos y asombrados testigos de aquella escena, dijo:

—Yo soy xerife, nieto de Mahoma.

Los seis moros se doblegaron profundamente y permanecieron en aquella humilde actitud.

—Yo soy el hombre de Dios de Ain-al-Mokazen—añadió el xerife con voz tonante.

Los moros se inclinaron aún más.

—Yo soy tío del sultán Sydi Ahtmed; su madre fué mi hermana.

—Manda á tu siervo, noble y poderoso señor—dijo uno de los moros.

—Tomad ese cadáver, envolvedle en ese alquicel y llevarle á la puerta del morabito de Ain-al-Mokazen; allí esperaréis guardándole. ¡Kaimo! ¡Mi caballo y la cabalgadura de la sultana!

Kaimo partió y volvió al momento.

Sydi Juzef puso sobre las jamugas á su hija, montó á caballo y tomó el ronzal del asno.

—¡Kaimo, toma!—dijo el xerife dándole la llave del morabito—; ese cristiano se está muriendo; llévatele y cuida de él.

Sydi Juzef cuidaba de Francisco de Aldana para satisfacer la voluntad de su hija.

—Dos de vosotros—añadió Sydi Juzef dirigiéndose á los moros—, guíad y escoltad hasta la tienda del sultán.

Uno de aquellos moros, que parecía kaid por su ropón rojo y por su capuz rodeado por una toca blanca, se puso las dos manos á manera de bocina en la boca, y lanzó tres largos gritos que resonaron á gran distancia como hubiera podido resonar una trompeta de guerra.

Inmediatamente y adelantándose por todas las avenidas, se oyó el galopar de muchos caballos, y unos cuarenta jinetes negros con alquice-

les blancos y largas lanzas terciadas, rodearon á Sydí Juzef y á su hija.

—Un esclarecido xerife, un hombre de Dios, un marabut elegido por el Altísimo y la noble sultana su hija—dijo el kaid, que habia llamado á aquella gente—, van á visitar al esclarecido, al magnífico, al vencedor sultán Sydí Ahtmed, nuestro señor; rindámosle honor en nombre de nuestro amo.

Los soldados negros chocaron unas contra otras las astas de sus lanzas y se inclinaron.

El kaid montó en un caballo que le presentaron; cuatro jinetes con antorchas se pusieron á ambos lados de Sydí Juzef y Mirian, y se rompió la marcha.

Sydí Juzef iba delante iluminado por la luz de las antorchas, llevando junto á sí á su hija.

Cuando penetraron por entre las calles de tiendas de los reales de Sydí Ahtmed, ninguna guardia se atrevió á detener á Sydí Juzef.

Los moros, al verle pasar, decían:

—Son un xerife y una sultana.

Y multitud de curiosos llenos de respeto aumentaban la comitiva que se habia improvisado el santón.

Antes de que Sydí Juzef llegase á lo que podía llamarse cuartel real de Sydí Ahtmed, ya éste sabia por algunos de sus servidores más inmediatos, que habian visto á Sydí Juzef, y se habian adelantado, que un xerife y una sultana, regimiento vestidos y acompañados de una taifa de cien jinetes de la guardia negra y de una innumerable multitud de curiosos, adelantaban en su busca.

Sydí Ahtmed por el momento no pudo adivinar quiénes serían aquel otro xerife y aquella sultana que habian penetrado en su campo y héchose escotar por algunos soldados.

Aquello de ir regimiento vestidos era lo que le sorprendía, porque él no conocía otro xerife de su familia más que á Sydí Juzef, pero éste era desaseado, extravagante, y sabia Sydí Ahtmed que no habia poder humano que hiciese abandonar á Sydí Juzef sus sucios andrajos.

Tenia además sobradas pruebas de que Sydí Juzef no era ambicioso, y temió tener que habérselas con un impostor, con un falso xerife.

Sydí Ahtmed sólo era sultán desde algunas horas antes, por haber muerto en la batalla los otros dos xerifes sus tíos, Sydí Al Malek y Sydí Mohammed-ben-Abd-Allah, y receloso de lo que

podía suceder ó haber sucedido, montó á caballo y salió al encuentro de Sydí Juzef, seguido de algunas taifas de jinetes negros.

Los dos xerifes, el reinante y el ermitaño, el tío y el sobrino, Sydí Juzef y Sydí Ahtmed, no tardaron en encontrarse.

—¡Ahl! ¿Eres tú!—dijo el sultán reconociendo al santón.

—Sí, yo soy, sobrino—dijo Sydí Juzef con acento sarcástico y agresivo—; y á fe mía que esperaba encontrarte reposando en tu tienda, porque ya no hay enemigos que vencer, y el día, aunque glorioso, ha sido duro. ¿Por qué vienes á mi encuentro con tanta gente?

—Porque tú vienes harto acompañado—dijo con severidad Sydí Ahtmed.

—Por tu propio decoro, sobrino, por el decoro de tu prima la sultana Mirian.

—¡Ahl! ¿Es Mirian esa dama que te acompañas—dijo Sydí Ahtmed palideciendo de emoción y temblando todo.

—Sí, es Sayda Mirian, que tiene mucho interés en venir á tus reales, y como yo cumplo el más pequeño deseo de mi hija, he venido por ella, venciendo mi repugnancia de volverte á ver.

Sydí Juzef, desde el momento en que habia visto á su sobrino Sydí Ahtmed, se habia puesto pálido, más que pálido verde, con la terrible lividez de la cólera: sus ojos centelleaban, temblaba su barba, á duras penas contenía lo trémulo de su voz; se comprendía que aborrecía á muerte á Sydí Ahtmed.

Este era un hombre como de cuarenta años, hermoso, blanco, pálido, con los ojos grandes y garzos, y con la barba larguísima y rubia, con un rubio del color del oro.

Habia en su semblante una gran melancolía y una majestad soberana.

Se comprendía que habia nacido príncipe; tenia, sin embargo, esa expresión de fiera africana y de soberbia, común á todos los príncipes musulmanes; pero sin llegar á la fiera salvaje, á la majestad bravia, al despreciativo desdén que se marcaban en el semblante del xerife Sydí Juzef.

Mirian asistía como una persona indiferente á este encuentro, á pesar de que Sydí Ahtmed, tembloroso y pálido, anegaba en ella una mirada ansiosa, que parecia pretender llegar hasta la hermosura de la joven, á través de los dobles pliegues del velo que cubría su semblante.

—Guía á tu tienda y marcha á mi lado—le dijo Sydi Juzef, señalándole el costado opuesto á aquel en que estaba Mirian.

Sydi Ahtmed revolvió su caballo, se puso á la derecha de Sydi Juzef, y en silencio todos, se prosiguieron de nuevo la marcha interrumpida.

En el centro de una multitud de grandes tiendas cónicas, rayadas de blanco y pardo, y mediando un ancho espacho, había una alta y magnífica tienda de paño rojo, de forma circular, con cubierta cónica, en cuya parte superior ondeaba una bandera de damasco verde bordada de oro.

Aquella era la tienda imperial.

Una multitud de esclavos negros armados de lanzas y envueltos en alquiceles blancos la rodeaban.

Cuando llegaron á la puerta, Sydi Ahtmed no esperó á que llegasen sus capitanes á tenerle el caballo y presentarle la rodilla para que desmontara; saltó del caballo y adelantó hacia Mirian para ayudarla á bajar.

—¡No, detentel—dijo Sydi Juzef.

El sultán se detuvo.

Sydi Juzef, que había dado lugar á que dos esclavos le tuviesen el caballo, se apoyó en la rodilla que le presentaba uno de sus capitanes, y bajó reposada y majestuosamente.

Luego adelantó hacia Mirian y la dió la mano.

La sultada, cuyo asno tenían dos kaidés, saltó con suma agilidad y gentileza y quedó de pie, esbelta y magnífica, asida de la mano de su padre.

Sydi Juzef entró con ella en la tienda.

Detrás entró Sydi Ahtmed.

Parecía que Sydi Juzef era el sultán y que Sydi Ahtmed era el príncipe.

Los kaidés, los soldados y los esclavos que estaban fuera de la tienda, veían todo aquello con asombro.

El mismo Sydi Ahtmed cerró por su mano las dos telas que formaban las dos puertas de la tienda, y nada pudieron ver ya los curiosos.

El interior de la tienda era admirable; la tela que servía de techo, y los tapices que formaban las paredes, eran de brocado de seda y oro, formando preciosos arabescos.

Una doble alfombra de vivos matices y caprichosos adornos cubría el suelo.

Un ancho diván de almohadones de damasco

encarnado, estaba á un lado de la tienda, y junto á él una mesa de campaña muy baja, sobre la que había un Koran abierto, como si poco antes Sydi Ahtmed hubiese estado leyendo en él, un rosario de gruesas perlas sobre el Koran, más allá un tintero de plata con cañas delgadas, que son las plumas que usan los africanos, y algunos papeles escritos.

Una lámpara de cuatro mecheros, de la forma de nuestros antiguos velones de Lucena, pero de plata cincelada, y ancha y baja, ardía cerca del Koran.

Al otro extremo había un grande arcón de maderas preciosas con incrustaciones de metales finos, que contenía sin duda el equipaje del sultán y su tesoro de campaña, y junto á él, colgada de una cruz de madera, se veía una magnífica armadura árabe de acero bruñido, blanca y resplandeciente, de gran peso y resistencia.

No había más en la tienda.

Sydi Juzef había conducido á su hija hacia el diván, y la joven se había sentado en él, permaneciendo con el rostro cubierto, y en una actitud altiva y dura, que nada tenía de favorable para Sydi Ahtmed.

El santón se había situado junto á su hija, y había quedado en una actitud no menos dura ni altiva que la que había tomado Mirian.

Sydi Ahtmed había permanecido por algún tiempo de pie, y como no tenía donde sentarse, porque el diván estaba completamente ocupado por el padre y por la hija, fué adonde estaba su armadura, tomó su grande escudo dorado, cubierto de inscripciones en esmalte azul tomadas del Koran, puso el escudo en el suelo y se sentó sobre él.

—Así se sentaban los antiguos califas, en medio de su tienda, rodeados de su ejército cuando entraban en batalla—dijo con acento duro Sydi Juzef—; ¿es que no quieres dejar de parecernos sultán, Sydi Ahtmed?

—Es que creo que vamos á tener una dura batalla, tío Juzef—dijo con voz reposada y digna el sultán.

—Espero que no la tendremos y que acabaremos cuanto antes. Para ello te voy á decir á lo que venimos. Mi hija me ha oído hablar del rey cristiano, y quiere verle; yo hubiera podido pedirte; pero para evitar disputas desagradables y peligrosas—Sydi Juzef recargó el acento en su última palabra—, hemos venido á tus reales.

—Bien venidos son siempre á mi lado mis parientes y la alegría de mi alma.

Sydi Juzef dejó caer una mirada terrible en la mirada del sultán.

—Mi hija jamás será tuya—dijo con voz cavernosa—, no será de nadie; las hurtes no han nacido para los mortales, aunque sean reyes del mundo.

—Tu hija me aborrece, no sé por qué... por mi desdicha, y tú estás loco, tío Juzef.

—Siempre has sido irreverente é impío, y es necesario todo el desprecio que yo tengo hacia las cosas mundanas, para que no te castigue por tu insolencia.

—Me llamas insolente, y ha sido todo lo que tú has querido; mis soldados han vencido, costando torrentes de sangre esta batalla, y tú te has apoderado de sus trofeos más preciosos; en tu morabito guardas el estandarte real de los portugueses, y pende de tu cintura la espada del desgraciado rey don Sebastián; te he mandado uno de mis kaides á reclamarte respetuosamente esos trofeos para la casa de Dios, y me has insultado, has arrojado amenazando de muerte á mi kaid, y sin embargo, yo, sultán vencedor, yo, xerife como tú, he sufrido pacientemente y nadie te ha vuelto á inquietar. Ahora me pides el cadáver de un rey sin ventura; lo tendrás, á pesar de que yo pensaba devolverle á los suyos para que le diesen sepultura entre sus abuelos. ¿Y qué has hecho tú para que puedas decirme esto con derecho?

—He hecho lo que no quieres ver; puedo hacer lo que no haré—dijo con voz concentrada Sydi Juzef.

—¿Y qué es lo que has hecho?

—Un día puse en el trono de Marruecos al hermano de tu padre, cuando pudo haber tomado ese trono para mí, y me retiré á la soledad para ser discípulo de un morabito.

—Te arrojaba á la soledad el remordimiento—contestó enérgicamente el sultán—; por tu conciencia está cayendo siempre una gota de sangre... una gota de sangre que te ha vuelto loco.

Sydi Juzef palideció, tembló como una montaña en cuyo seno hierve un volcán, se puso de pie, pálido de cólera, y empuñó la espada del rey don Sebastián.

—¡Padre!—gritó Mirian lanzándose del asiento y colocándose entre los dos xerifes.

Hasta entonces, Sydi Ahtmed no se había levantado, no se había movido.

—¡Padre!—rupitió la joven asiendo la mano que Sydi Juzef había llevado á la espada, y mirando de una manera fija, terrible, indómita, al terrible xerife.

Sydi Juzef retrocedió como empujado por la mirada de su hija, y se sentó de nuevo, pero desalentado, como herido, en el diván.

—¡Sí, es verdad!—dijo.— ¡Una gota de sangre! ¡Siempre una gota de sangre cayendo sobre mi alma! ¡Loco! ¡Ah!

Y soltó una carcajada terrible.

Luego se recobró, revolvió en torno de sí una mirada feroz como la de un lobo hambriento, y por último, pareció como de aquella tormenta pasaba.

Mirian había vuelto á sentarse.

Sydi Ahtmed había permanecido inmóvil.

—¡Que he hecho yo! ¡Que he hecho yo!—dijo después de un largo rato en que nadie rompió el silencio Sydi Juzef.— ¡Es verdad! ¡Antes de ser morabito, de recogerme á la soledad con mi hija, yo me he adormido en mis alcázares, me he escondido en el harem cuando ha tronado el cañón de batalla!

—Tú has sido un gran príncipe y un gran soldado, un xerife digno de su sangre; pero no me refería yo á lo pasado hace muchos, me refería á hoy. ¿Quién te ha visto en la pelea?

—Si tú no me has visto, si no me ha visto mi hermano Al-Malek, si no me ha visto mi otro hermano Abu-Abd-Allah, me han visto las kábilas del campo y de la montaña, y me han visto los enemigos cristianos. ¿Qué hubiera sido de vosotros si yo, al saber que estábamos amenazados, no hubiera enviado emisarios á las kábilas circunvecinas, llamándolas en mi nombre á la pelea? ¿Qué hubiera sido de vosotros si mis valientes kábilas no os hubiese ayudado? ¿Tan fácil os ha sido la victoria? ¿No ha quedado el campo cubierto de moros, casi tanto como de cristianos? Yo os he dado la victoria, y después de ella, en vez de tomar un trono que desprecio y que he despreciado muchas veces, he enviado á mis kábilas á sus aduares y me he vuelto solo á mi morabito.

—Yo no te hubiera disputado el trono si á la muerte de tu hermano Al-Malek le hubieras reclamado; pero después de haber sido proclamado sultán, defendería mi honra luchando.

—¡Contra mí!—exclamó con desprecio Sydi Juzef.

—Sé que el imperio entero respeta al santo xerife morabito de Ain-al-Mokacen; sé que de todas partes del imperio van á buscar en ti la salud los enfermos, y los necesitados ayuda; sé que las limosnas de los creyentes te han dado muchos tesoros; sé que eres inviolable, y que sería despedazado quien se atreviese á tocar un solo pelo de tu barba; sé que sólo con querer te harías proclamar sultán; pero siéndolo ya, lo seré aunque sólo sea un momento, el tiempo necesario para que mi cabeza cayese á tus pies.

—¿Y por qué entonces pretendes quitarme lo que yo tomo?

—Por honor del reino.

—¡El imperio es mío!

—Tómalo en buen hora.

—No le quiero.

—¿Qué quieres, pues?

—Mi hija quiere ver el cadáver del rey cristiano; concluyamos, pues: gufanos adonde ese cadáver está.

Sydi Ahtmed se puso de pie, levantó su escudo imperial y le llevó donde estaba su armadura. Luego abrió la puerta de la tienda.

Sydi Juzef tomó de la mano á su hija, y salió también.

CAPITULO V

LA TIENDA DE LOS TRES REYES MUERTOS

Los xeqes, los kaides, los faquies, los santones, los capitanes, los principales, en fin, del ejército que estaban agrupados á la puerta de la tienda del sultán, al verle aparecer acompañado de su tío, el temido y el respetado xerife morabito de Ain-al-Mokazen, y de su hija la hermosa sultana Mirian, se inclinaron profundamente.

Los esclavos negros que tenían antorchas encendidas se precipitaron á alumbrar por delante á los tres altos personajes.

—¡A la tienda de los reyes muertos!—dijo con voz bronca y seca el sultán.

Los esclavos rompieron la marcha en dos hileras.

Delante, y gritando á grandes voces ¡El sultán! ¡El sultán! iban algunos soldados de la guardia negra con las espingardas al hombro y en un grupo informe.

Detrás del sultán y de sus nobles parientes, marchaban los principales del ejército y de la corte; luego el asno de Mirian y el caballo de Sydi Juzef llevados por esclavos; á seguida el kaid que había acompañado y escoltado al morabito y á su hija, y sus cuarenta jinetes negros.

Por último, una gran multitud de curiosos, muchos de los cuales eran soldados del ejército, y la mayor parte moros de las kabilas circunvecinas que habían venido al pillaje.

Marchaban por una ancha y larga calle de pequeñas tiendas cónicas rayadas de blanco y pardo, en cada una de las cuales sólo cabían diez hombres tendidos.

Alrededor de cada una de estas tiendas había clavadas en el suelo diez lanzas y sujeto á cada una de estas lanzas por una traba puesta á la mano derecha, un caballo, puesta la silla, comiendo su pienso arrojado en el suelo.

En medio de cada grupo de diez tiendas había un gran fuego, sobre el cual, en una ancha y negra caldera se condimentaba el rancho para cien hombres.

Todo era, pues, actividad, y una actividad característica.

Por todas partes, entre las tiendas, alrededor de los fuegos, yendo y viniendo, se veían altas y graves figuras blancas que marchaban con el paso lento, reposado, casi majestuoso de nuestros bravos vecinos los marroqueses.

Y estas figuras, estas tiendas, estos caballos iluminados por el rojo resplandor de las hogueras y de las antorchas, producían con su actividad, con su aspecto y con su color negro, un admirable contraste con la luz dulce, clara y poética de la luna, y con la tranquilidad, con el reposo, con la diafanidad del límpido, azul y despejado cielo.

Al fin de esta inmensa calle de tiendas, que asombraban por su número, fuertemente iluminada por la luz de algunas hogueras que la rodeaban, había una gran tienda roja, alrededor de la cual se veían á caballo, inmóviles, apoyados en sus lanzas, cubiertos con sus capuces y sus alquiceles blancos, gran número de esclavos de la guardia negra, á los cuales se había encomendado, sin duda, la custodia de la tienda roja.

Antes de llegar á ella, el sultán, sus parientes y su comitiva, pasaron por entre doce piezas de artillería de grueso calibre, no emparcadas como ahora se usa y con guardia, sino abandonadas

acá y allí sobre sus fuertes y toscas cureñas.

Aquella era toda la artillería que había llevado á Africa el rey don Sebastian.

Los moros, cuando se trata de extranjeros, sacrifican su curiosidad á su bravia dignidad, y no hay nada, por sorprendente que sea, si es extraño á ellos, que les haga alzar los ojos ó levantarse del lugar en que están indolentemente sentados, ó interrumpir la conversaci6n que tienen entre sí.

Pero cuando se trata de sus propias cosas, cuando no les ven ojos extranjeros, cuando viven, por decirlo así, libremente en su casa, son excesivamente curiosos admirativos y encarecedores de lo que ven.

Así es que alrededor de la tienda roja, y fuera del círculo de los guardias, se agolpaba una innumerable multitud, y hervían las conversaciones, y se escuchaban las interjecciones más enérgicas y las mayores exclamaciones de asombro y de alegría.

Los moros estaban ebrios con la victoria que habían alcanzado *sin esperanza*, como dijo enérgicamente Herrera, nuestro gran poeta, apostrofabo á Africa por el fracaso del rey don Sebastian, y se agrupaban alrededor de aquella tienda, porque en aquella tienda se encerraba el símbolo sangriento de la victoria.

Allí estaban los cadáveres de los dos xerifes enemigos, Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmet-Abu-Abd-Allah, y el del rey de Portugal don Sebastian, que había entrado en batalla en favor del xerife Abu-Abd-Allah, contra el xerife Al-Malek.

Los tres reyes que habían mandado ejércitos en aquella memorable y terrible batalla, habían muerto.

El xerife Al Malek de enfermedad.

El rey don Sebastián de heridas, mientras combatía con la bravura de una fiera.

El xerife Abu-Abd-Allah ahogado en el río Lukos, al quererle vadear huyendo de la muerte.

Con el fallecimiento de los dos xerifes, Marruecos se veía libre de una guerra civil; con la del rey don Sebastian, de un enemigo temible.

Esto excitaba por una parte la curiosidad y el asombro de los moros, y por otra su alegría.

Alas voces de ¡El sultán! ¡El sultán! que repetían incesantemente y á grito herido los guardias que precedían á Sydi Ahtmed y á su comitiva, los guardias á caballo que rodeaban la tienda

roja, abrieron brutalmente á golpes con las astas de su lanzas y echaron encima sus caballos, un ancho boquete entre la multitud que rodeaba la tienda roja.

Al llegar á este boquete los guardias que precedían á Sydi Ahtmed, se partieron en dos mitades y se detuvieron.

Sydi Ahtmed adelantó llevando á su derecha á Sydi Juzef, que llevaba á su vez de la mano á Sayda Mirian.

La corte y los capitanes se detuvieron cuando llegaron al punto en que se habían detenido los guardias, y el sultán, el santón y la joven adelantaron solos.

A la puerta de la tienda, entre seis pajes moros de la servidumbre de Sydi Ahtmed, que tenían antorchas en las manos, sobre una manta sucia y vieja, desnudo y mutilado, había un cadáver.

—Aquel cadáver era el de un viejo.

Estaba amoratado como se amoratan los ahogados por inmersión.

Estaba allí, sucio, repugnante, miserable, expuesto de una manera infamante, para que todos lo viesen, y escrito en un cartelón, colgado de un palo, clavado junto á la cabeza del cadáver, se leía en grandes caracteres africanos:

“Este es el xerife Mohhanmed-Abu Abd-Allah, el miserable, el infame (maldígale Dios), que trajo á los cristianos contra los creyentes, y que cayó con ellos al filo de la espada del Señor; que murió ahogado, no en un lago de sangre, sino en las ondas del Lukos que le tragaron, como tragó á Faraón el mar Rojo.

„Maldiga Dios á Abu-Abd-Allah.

„Alabanza á Dios, Misericordioso, Altísimo y Único que ha dado las palmas de la victoria á sus creyentes, y ensalzamiento á nuestro señor Sydi Ahtmed, el poderoso, el invencible sultán.”

Sydi Ahtmed pasó indiferente y altivo junto á éste cadáver, y entró en la tienda.

Pero el xerife Sydi Juzef se detuvo, fijó una mirada terrible en aquellos miserables despojos, y exclamó con voz gutural, sombría, horrible:

—He aquí á lo que se reducen las grandezas y las vanidades de la tierra; he aquí que tu propia miseria te sirve de mortaja, y tu ambición ha quedado reducida á polvo infame; he aquí en lo que has venido á parar, tú, hijo de mi padre, eterno enemigo de tu familia, vergüenza de los xerifes, cobarde, que llamaste á los cristianos

para traerlos contigo donde los exterminase la espada del Señor. ¡Maldito seas!

Y después de esta oración túbene á su hermano el xerife Sydy Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, el xerife morabito, Sydi Juzef Abd el-Azis al-Hhayzari entró en la lúgubre tienda, llevando siempre de la mano á su hija, a quien sólo excitaba el deseo de ver de cerca, aunque muerto, al rey don Sebastian.

Una gran lámpara iluminaba esta tienda, roja en su parte interior como lo era en la exterior.

Sobre una alfombra, roja también, había dos lechos de honor.

En el de la derecha, con la palidez lívida de una larga y penosa enfermedad, cubierto con regias vestiduras de sultán y de xerife, había un cadáver de aspecto noble y grave á pesar de la muerte.

Aquel era el cadáver del sultán Sydi Al-Malek, de la familia de los xerifes, hermano del infamado sultán Abu-Abd-Allah, tío del sultán recientemente proclamado Sydi Ahtmed y hermano también del xerife santón Sydi Juzef.

Su espada de oro se veía tendida sobre él y cruzada encima una palma, como doble signo de martirio y de virtud.

A la izquierda, en otro lecho menos elevado y menos ancho, pero también de honor, había otro cadáver:

El cadáver de un hermoso joven, blanco y rubio y azules los ojos, que nadie había cerrado todavía.

Tenía los brazos y los pies desnudos, y el resto del cuerpo envuelto en un manto rojo, con un manto real de púrpura.

Estaba tendido sobre tres lanzas de batalla, sobre las que se sujetaban dos grandes escudos de acero.

No tenía ni espada ni palma.

Pero la actitud de aquel cuerpo inerte tenía mucho de fiero, mucho de terrible: algo que le hacía respetable aun en el estado en que se encontraba.

Ocho alféreces jóvenes y hermosos, vestidos con anchas dalmáticas amarillas, con gorros cónicos rojos y tocas blancas alrededor de la cabeza, ceñidos largos y pesados yataganes, calzadas botas de tafete amarillo también, apoyados en lanzas de hierro ancho y reluciente, estaban inmóviles como estatuas en guardia de honor,

cuatro delante y cuatro detrás á los costados de cada uno de los dos lechos.

Estos alféreces no se movieron, como si hubiesen sido inmóviles como los cuerpos que guardaban, á pesar de la presencia del xerife soberano, del xerife morabito y de la noble sultana de la familia de los xerifes almorabides.

—¡Salid!—dijo Sydi Juzef á los alféreces.

Estos no se movieron.

—La ira era la pasión á que con más facilidad se entregaba Sydi Juzef—dijo de nuevo, poniendo mano á la espada del rey don Sebastián que llevaba ceñida.

—¡Salid!

—¡Salid!—dijo al mismo tiempo el sultán.

Entonces los ocho alféreces terciaron sus lanzas y salieron en paso acompasado de la tienda.

Quedaron solos Sydi Ahtmed, Sydi Juzef y Mirian.

Mirian, sin dejar la mano de su padre, sin adelantar un solo paso, fijaba á través de su velo una mirada ansiosa en el cuerpo que se tenía por el del rey don Sebastián.

Sydi Juzef miraba alternativamente á éste y á su hermano Al-Malek.

—¡He ahí un loco y un miserable!—exclamó.

—¡Un miserable, tío!—dijo con acento de firme reconvencción el sultán.

—Has debido ponerle al lado del cadáver de mi hermano—dijo Sydi Juzef—; Abu-Abd-Allah fué quien encendió la guerra civil disputando á Al-Malek su trono, viendo que yo con mejor derecho que los dos permanecía tranquilo, apartado de las miserias humanas en mi ermita de Ain-al-Mokazen. No comprendo cómo se puede infamar á Abu-Abd-Allah sin infamar á Al-Malek. ¿No llamó éste primero á los cristianos? ¿Qué hizo Abu-Abd-Allah más que salir el primero al encuentro del rey portugués, persuadirle, robar su ayuda á Al Malek y ponerle de su parte? ¿No han obrado los dos traidora é implacablemente trayendo sobre nuestro suelo á un enemigo de Dios?

—Abd-Allah ha sido vencido—dijo Ahtmed.

—Vencido hubiera sido y vencido hubieras sido tú si yo no hubiera acudido con mis kabilas contra el cristiano.

—Y bien—repuso ya con impaciencia Ahtmed—: Abd-Allah ha muerto vergonzosamente ahogado en el rio cuando huía como un cobarde.

—Recuerdo que un día, hace muchos años—

dijo Sydi Juzef—, te saqué yo medio muerto del río Bakuba, al que te habías arrojado huyendo de ese mismo Abd-Allah, á quien ahora infamas; los ambiciosos no pueden ser héroes; los héroes, aunque me pese esta alabanza á un infiel, son los que, avaros de fama, mueren como ha muerto el rey portugués.

—Por eso le honro á par de mi tío, que ha muerto gloriosamente—dijo Ahtmed—; por eso le devolveré sin rescate para que le sepulsen en el panteón de sus padres; por eso le he envuelto en mi manto real.

—¡El rey portugués no ha muerto!—dijo Mirian, que durante la disputa de su primo y de su padre se había acercado al rey don Sebastián y le había examinado profundamente.

Mirian tenía puestas las puntas de los dedos de su mano derecha sobre la sien izquierda del rey.

Mirian se había colocado entre los dos lechos.

—¡Que no ha muerto!—dijeron á un tiempo los dos xerifes.

—No; yo siento aquí, en sus sienes, un leve, un levísimo latido—dijo con voz trémula Mirian.

—Tío—dijo Sydi Ahtmed—, tú eres un sabio médico, mira á ver si no se ha engañado tu hija.

—Mirian es tan sabia como yo; el espíritu de Dios reside en ella como en mí, porque es mi hija, y también como yo es ermitaña y adora á Dios en la soledad con el corazón puro y sencillo; ella lo dice y será verdad.

—Observa, observa tú también, padre—dijo Mirian con acento amoroso—; yo puedo haberme engañado.

Sydi Juzef puso las puntas de sus gruesos dedos en el mismo lugar de la sien del rey en donde había puesto los suyos Mirian.

—Mirian no puede engañarse—dijo Sydi Juzef después de algunos momentos de observación—; este hombre vive aún; mira: los ojos no están turbios, la gran pérdida de sangre es la que causa su frialdad y su inmovilidad; pero este hombre morirá dentro de poco, sin que sienta la muerte, sin que nadie pueda verla concluir con él, cuando se apague la última llama del fuego de su vida.

—Dios nos manda socorrerle—dijo Sydi Ahtmed.

—El socorro es inútil—dijo Sydi Juzef.

—Probemos, sin embargo—dijo Mirian.

—Probemos en buen hora—dijo Sydi Juzef, siempre dócil á la voluntad de su hija.

—Pero es necesario trasladarle al morabito—dijo Mirian.

—Ya lo oyes, Ahtmed: Mirian dice que es necesario trasladar á ese cristiano á la ermita. Sydi Ahtmed palideció.

El santón, no satisfecho con haberse apoderado del estandarte y de la espada del rey de Portugal, pretendía también llevarse su cuerpo.

El no era verdaderamente el sultán; lo era el eantón, puesto que el sultán se veía obligado á obedecerle.

Sydi Juzef era, por una parte, el más anciano, el más respetable de los xerifes; era, en una palabra, el jefe de la familia.

Como guerrero, era formidable.

A él se debía en gran parte la victoria de aquel día.

Todos los santones inferiores de la comarca, obedeciendo su voz, habían predicado la guerra santa desde el momento en que se supo el desembarco de cristianos en Larache.

A la voz del xerife santón habían acudido feroces é innumerables kabilas que habían peleado con un encarnizamiento salvaje.

Si al fin de la batalla Sydi Juzef hubiera querido suceder en el trono al difunto Abd-Allah, tal era la fama, tal el prestigio que tenía en todo el imperio el xerife morabito de Ain-al-Mokazen, que hubiera sido proclamado sultán.

Por otra parte, Sydi Juzef era inviolable.

Quien hubiera tocado irreverentemente las vestiduras del santo xerife anacoreta, del hombre de Dios, del guerrero protegido por Dios; quien, insensato, hubiera atentado á su vida, hubiera provocado contra sí una insurrección general y terrible que le hubiera exterminado.

Ahtmed palideció de cólera, pero no se atrevió á oponerse á la voluntad de su terrible tío.

—Puesto que lo quieres—dijo el rey cristiano—, será trasladado esta misma noche á Ain-al-Mokazen.

—Le llevaremos con nosotros—dijo Mirian—; no le perderemos de vista.

—Sea tu voluntad, sultana; voy á dar las órdenes para que el rey sea trasladado—dijo Sydi Ahtmed.

Y, aprovechando un momento en que Sydi Juzef se dedicaba íntimamente á la observación del estado del rey, dijo á Mirian:

—¿Qué podrás querer tú, que yo no me apesure á cumplirlo con todo mi poder?

—Silencio!—dijo Mirian—; ve á buscarme mañana á la media noche entre los árboles de Ain-al-Mokazen, allí, donde una roca domina la corriente.

—¡Ah!—exclamó con la alegría de la esperanza que renace Sydi Ahtmed.

—Silencio y prudencia—repitió rápidamente Mirian.

Poco después, el cuerpo que se tenía por el del rey don Sebastián, era puesto en la misma silla de manos que había servido para traer á la batalla enfermo al difunto sultán Al-Malek.

Sydi Juzef no quiso que le acompañase Sydi Ahtmed, como pretendía hacerlo por respeto al sultán, y partió llevándose al herido, y acompañado únicamente de cuatro kaides y de un centenar de jinetes de la guardia negra.

CAPITULO VI

¿CUÁL DE ELLOS ERA EL REY DON SEBASTIÁN?

¿CUÁL DE ELLOS ERA GABRIEL DE ESPINOSA?

Cuando llegaron á la entrada de la senda que por entre los árboles conducía al morabito, Sydi Juzef hizo que todos se detuviesen menos los esclavos que conducían la silla de manos, junto á la cual permanecían.

El santón adelantó solo, y entró en la pradera, llegando poco después al morabito.

Salióle al encuentro Kaimo y le tuvo el caballo.

Los soldados moros que habían llevado hasta allí, envuelto en un alquicel, al otro cadáver que se confundía con el del rey don Sebastián, se levantaron respetuosamente á la llegada del xerife.

El cadáver estaba junto al morabito, bajo la sombra del emparado.

Al otro lado de la puerta y también en la sombra, había un hombre tendido.

Era Francisco de Aldana, que no se podía tener de pie.

—Ven conmigo—dijo el santón á Kaimo, y que vengan también cuatro de esos.

Kaimo y cuatro de los soldados moros siguieron al xerife que volvió á pie al lugar donde se habían quedado Mirian, la silla de manos y la escolta.

—Cargad con esa silla de manos—dijo Sydi Juzef á los cuatro soldados que le habían acompañado.

Cuando éstos se hubieron cargado la silla de manos, Sydi Juzef dijo á los kaides que le habían escoltado:

—Volvéos á los reales del sultán; paz y buena ventura para vosotros, creyentes del Señor.

Los kaides se inclinaron y partieron con la escolta y con los esclavos que habían llevado hasta allí la silla de manos.

Poco después, la silla de manos llegaba junto á la puerta del morabito, y Mirian echaba pie á tierra.

Entonces Sydi Juzef dijo á los soldados moros:

—Volved á los reales, y para que recordéis mejor que habéis estado en Ain-al-Mokazen, tomad.

Y les dió una bolsa de oro, de la que se había provisto al vestir sus ostentosas ropas de xerife.

Los soldados se inclinaron tres veces profundamente, y partieron.

Nadie extraño quedaba allí más que Francisco de Aldana, el rey don Sebastián y Gabriel de Espinosa.

Antes de que el cuerpo que había sido traído de los reales del sultán Sydi Ahtmed fuese sacado de la silla de manos, se hizo á toda prisa un lecho entre Ayelah y Kaimo, con la mayor parte de los almohadones del diván de Mirian, en el aposento destinado á retrete de la joven.

Sydi Juzef se había despojado entretanto de sus ostentosas vestiduras de xerife, y había recobrado con placer sus harapos.

Francisco de Aldana permanecía tendido é inmóvil, devorado por la fiebre.

Inmediatamente que el lecho estuvo preparado, Sydi Juzef, Mirian y Kaimo, sacaron de la silla de manos aquel cuerpo ensangrentado é inerte, y entrando con él en el morabito le pusieron en el lecho.

Sydi Juzef, aunque no sin repugnancia, porque se trataba de un cristiano, le reconoció prolijamente; tenía siete grandes heridas, una de ellas profunda, en la parte superior izquierda de la cabeza.

Sydi Juzef frunció, de una manera poco tranquilizadora para Mirian, el cano entrecejo, y dijo con voz más fuerte:

—Todo es inútil; este hombre vive, pero es

imposible aumentar esa chispa de vida que existe aún en él, y que se apaga, que se extingue.

—Yo quiero que viva, padre—dijo con voz dulce Mirian presentando al bravo santón una fuente de plata llena de agua fría, y algunos pedazos de finísima tela de hilo; tú eres un gran médico, padre: cúrale.

—¿Y para qué quieres tú que viva ese hombre?—dijo Sydi Juzef fijando una mirada sombríamente indagadora en el semblante de su hija.

Mirian estaba tranquila.

Ninguna pasión, ningún afecto revelaba en su semblante:

—Quiero tener un esclavo rey—dijo con acento marcado de altivez y de soberbia Mirian.

—¿Y sabemos si este hombre es el rey?—dijo Sydi Juzef empapando un paño de agua fría y empezando a lavar con suma delicadeza las heridas de aquel hombre.

—Sí, sí, padre; ¿no ves la fiereza luchando con la agonía en su semblante? ¿No ves en esos ojos algo del furor y de la rabia del león? ¿No ves esas manos crispadas que parece que empuñan aún la espada y el escudo?

—Siempre será un valiente esclavo—dijo Sydi Juzef que continuaba lavando; pero necesito mis bálsamos maravillosos, mis bálsamos que hacen milagros; ve por ellos, Mirian.

Mirian entró en el aposento de su padre, abrió una ventana, y de su marco descolgó algunas redomas de vidrio que estaban á la intemperie, y las llevó á su padre.

—¡Oh! ¡Mis maravillosos bálsamos!—dijo el xerife colocando en torno suyo con respeto y aun con veneración las redomas. ¡Recetas que los genios dieron á mi antecesor el venerable morabito Sydi Al-Motamet, y que él, piadoso creyente y caritativo, me dejó al morir para que sus milagrosos remedios siguieran haciendo bien á los que vierten su sangre por el nombre y la gloria de Dios! ¡No te irrites, sombra del justo anacoreta, si tus bálsamos sirven hoy para curar las heridas de un infiel enemigo del Señor! Lo quiere ella, Mirian, mi hija, mi todo; lo quiere ella y será.

Y luego, tomando sucesivamente las redomas, antes de mezclar su contenido, rezó sobre cada una de ellas fervorosamente, con la exagerada expresión de los musulmanes cuando oran; pronunció conjuros y palabras mágicas, y sólo des

pués de todo esto empapó paños en los bálsamos, los puso sobre las heridas, frotó las sienas, las articulaciones al herido, y luego, cubriéndole cuidadosamente, se sentó junto á él en el suelo, y rosario en mano se puso á rezar con voz gutural y monótona y con una especie de canturía.

Este rezo duró á lo menos media hora.

Sabido es que los médicos moros pretenden curar, no sólo con medicamentos, sino con oraciones y con ensalmos.

Tienen, pues, contra el dolor de muelas, contra la fiebre, contra las enajenaciones mentales, contra la enfermedad de diablos, esto es, contra los enloquecimientos, por último, para cada una de las dolencias, una oración.

Estas oraciones son más ó menos largas, más ó menos declamatorias, en relación con la mayor ó menor gravedad de la dolencia.

Se tendría por ignorante ó por impío á un médico árabe que antes de aplicar un medicamento no rezase sobre él, no le santificase, no le diese, en fin, cierto poder sobrenatural.

Mirian esperó en silencio á que su padre terminase esta doble operación científica y religiosa.

Cuando éste hubo terminado, es decir, cuando quedó terminada la cura, cuando el casi cadáver estuvo cubierto cuidadosamente, Mirian asió á su padre de la mano y le dijo:

—Ven; veamos si ese otro hombre á quien se cree también rey nos da algún indicio, por su semblante, de si lo es ó no lo es.

—Pongamos el uno junto al otro—dijo Sydi Juzef.

Y llamando á Kaimo, salió con él, y entrambos, cargando con el cadáver, le introdujeron en el morabito y le pusieron al lado del herido, que estaba tan inmóvil y tan cadáver en la apariencia como el otro.

Kaimo, para aumentar la luz, alumbraba con una antorcha.

Ayelah tenía una lámpara de cuatro mecheros en la mano, que casi tanto como la antorcha alumbraba.

Los dos cuerpos estaban inundados de una luz fuerte y vivamente rojiza.

El xerife y la sultana pasaban con grande interés la mirada de uno á otro de aquellos dos semblantes pálidos, fríos, inertes.

En el que se creía vivo quedaba aún un reflejo de terrible fiereza, de furor, de majestad; era

la expresión de aquel semblante igual en lo terrible, en lo imponente, en lo fiero, á la que podría verse en un león muerto por un golpe en el corazón, en el momento más terrible del combate.

El xerife miraba con una expresión dura, sombría, singular, aquel semblante; le irritaban el valor, la altivez, la fuerza, el heroísmo que en aquel semblante había impresos.

Le irritaba tanta grandeza en un cristiano.

Él hubiera querido ver la miseria, el dolor, el espanto, la debilidad, el envilecimiento marcado en aquel rostro pálido. Él no quería que un cristiano, ni aun después de muerto, valiese más que un musulmán.

—¡Este hombre es el rey!—dijo con voz ronca.—Se ve en él el reflejo de la majestad, la grandeza del valor.

—Sí, sí, este es el rey—dijo Mirian—; no sé por qué yo me atrevería á asegurarlo.

—Sin embargo—dijo el xerife—, este otro, en el cual la muerte ha helado esa fiera sonrisa de desprecio, tiene mucho también de grande y de majestuoso.

—Sí; pero es la grandeza, la majestad del valor: sólo un rey puede mostrar aquella calma, aquella bravura indómita.

—Hay, sin embargo, en éste un desprecio á la muerte, una serenidad tal, que espantan.

—Es verdad, padre, que es muy difícil acertar; estos dos hombres que tanto se parecen en el cuerpo, debieron parecerse también mucho en el alma.

El xerife empezaba á impacientarse y á tener un verdadero empeño por saber cuál de aquellos hombres era el rey, cuál el soldado.

Desnudos se había encontrado á los dos, y el signo que por el traje pudo haberlos distinguido había desaparecido.

¿Cuál de ellos era el rey don Sebastián, ó cuál Gabriel de Espinosa?

Dios lo sabía.

Debía aclarar, sin embargo, esta duda el que vivía aún, el que, sin esperanza de salvarle, acababa de curar Sydi Juzef.

Por lo mismo, aunque aborrecía de muerte el xerife á los cristianos, contrajo un empeño violento por volver la salud al herido.

—Tenemos además—dijo Mirian—quien, si ese hombre vive, nos saque de dudas, aunque al volver en sí el herido, al volver á hablar, procu-

re por altivez ocultarnos su nombre; ese cautivo que has traído esta noche y que nos ha acompañado al campo de batalla para buscar este cadáver, ha sido servidor cercano del rey portugués.

—¿Y dónde está ese hombre que no le veo?—dijo el xerife.—¿Le habéis dejado ir?

—Ese hombre no huiría aunque se le dejara libre, Sydi; está gravemente enfermo—dijo Kaimo.

—¡Oh! es verdad—dijo Mirian—; el desgraciado ha sufrido mucho.

El xerife miró severamente á su hija por la compasión con que hablaba de Francisco de Aldana, de un cristiano.

La serena mirada de Mirian dominó la sombría mirada de su padre.

—Es necesario cuidar de ese hombre—dijo la sultana con su dulce, sonora y tranquila voz.

Sydi Juzef, como siempre, se dobló á la voluntad de su hija, y con ella, precedido por Kaimo, que alumbraba, salió en busca de Francisco de Aldana.

Francisco de Aldana estaba tendido junto á la puerta del morabito, á la sombra del emparado.

Antes de llegar á él se percibía su alentar ronco, seco, terrible; ese alentar característico de las grandes fiebres.

Sydi Juzef, al oír esta manera particular de alentar del portugués, plegó enérgicamente el entrecejo y, con un ademán rápido y fuertemente expresivo, mandó á su hija que no se acercase.

Luego, sustituyéndose en su semblante aquella expresión de cuidado por una expresión de valor, se acercó á Francisco de Aldana, le volvió y le abrió un ojo.

Aquel ojo ardía, estaba rojo como un ascua opaca.

Lanzaba de sí un fuego intenso, particular.

—¡La fiebre negra! ¡La peste!—exclamó.

Y volviéndose á su hija, á Ayelah y á Kaimo, gritó:

—¡Alejaos! ¡La maldición de Dios ha caído sobre nosotros! Hemos pecado amparando á los cristianos, y el Altísimo nos envía el contagio.

Y puso mano á su guma, desenvainándola y levantándola sobre Francisco de Aldana.

—No—gritó Mirian, lanzándose junto á su padre y asiendo su mano armada.

El xerife se estremeció y se detuvo.

—Este hombre debe morir, como debe matarse todo animal que tiene ponzoña.

—¡No!—repitió enérgicamente Mirian.

—Tu vida, la mía, la de nuestros esclavos, la del herido, están en un terrible peligro, Mirian—dijo Sydi Juzef.

—Dios no nos entrega á los desgraciados para que los matemos, sino para que los favorezcamos.

—Este hombre ha sido herido por la mano de Dios con la peste, y su muerte es necesaria para cortar en lo posible el contagio.

—El buen corazón y las buenas obras son los mejores preservativos contra todas las desgracias.

—Sí; pero con muy buen corazón y con muy buenas obras, se muere.

—Nuestro destino está escrito en el libro eterno por la mano de Dios, y Él solo sabe cómo, cuándo y de qué hemos de morir. ¿Dónde te pondrás tú á salvo del decreto del destino?

—¡Dios es grandel—dijo profundamente Sydi Juzef.

Y en seguida se puso á rezar junto á Francisco de Aldana las oraciones y los ensalmos que se creen por los musulmanes preservativos contra las enfermedades contagiosas.

Después se quitó del cuello un sucio cordón, del cual estaba pendiente una bolsita, dentro de la cual había un amuleto, esto es, un papel cubierto de signos cabalísticos rodeado por siete sellos de Salomón, y lo puso al cuello de su hija. Con esto, según las creencias de Juzef, Mirian estaba á salvo; pero él se había quedado completamente desarmado.

Luego cargó con Francisco de Aldana, que se dobló inerte sobre los hombros del xerife, partió, se alejó del morabito, y, seguido de Kaimo, que llevaba una antorcha encendida, atravesó la pequeña pradera y se perdió entre los árboles.

Mirian quedó tranquila.

Sabía que si Francisco de Aldana moría, sería á causa de la enfermedad y á despecho de todo el saber de su padre.

Mirian, acompañada de Ayelah, penetró en el morabito, se sentó frente á aquellos dos cuerpos tan parecidos y permaneció inmóvil contemplándolos profundamente y procurando adivinar cuál de ellos era el rey don Sebastián, cuál Gabriel de Espinosa.

Poco después volvió su padre con Kaimo.

El semblante del xerife se nubló al ver la expresión del tierno interés con que Mirian tenía fija la mirada en el semblante del herido.

Desde aquel momento su odio hacia el cristiano herido creció.

Pero Mirian ejercía sobre él un incontrastable dominio, y calló, se dobló, se resignó á la situación.

—Sea el rey cristiano éste ó el otro—dijo Sydi Juzef—, es necesario que nadie sepa que yo he amparado en mi morabito á un cristiano. Mi buen sobrino Ahtmed, cuando le enviemos éste creerá que es el mismo cuerpo que nos hemos traído de sus reales. Kaimo, monta á caballo y ve con la velocidad del relámpago á decir al sultán que el rey cristiano ha muerto; que la chispa de vida que ardía en él se ha apagado; que para nada necesito yo su cadáver y que puede enviar por él.

Pero antes, para que nadie tenga curiosidad de acercarse á mi ermita, saquemos de aquí este cadáver envuelto en el alquicel rojo en que vino ese otro y pongámosle en la silla de manos que está fuera. A la obra, Kaimo.

Y asiendo el cadáver por los hombros, y levantándole Kaimo por los pies, le envolvieron en el alquicel rojo, le saaron fuera y lo metieron en la silla de manos.

Después de esto, Kaimo montó á caballo y partió á los reales del sultán Ahtmed.

Sydi Juzef desde entonces se dedicó alternativamente al cuidado del herido y de Francisco de Aldana.

Del lado del primero se separaba para ir al lado del segundo.

Francisco de Aldana estaba entre los árboles en una pequeña choza, sobre un lecho de hojas.

Antes del amanecer, un kaíd del sultán, con algunos esclavos á pie y una multitud de jinetes, llegó por el que se creía en los reales el rey don Sebastián.

Los esclavos cargaron con la silla de manos, que se alejó escoltada por el kaíd y los jinetes.

Nadie sabía que había quedado en el morabito otro hombre que podía ser muy bien el rey don Sebastián ó el español Gabriel de Espinosa.

El cambio de los cuerpos estaba hecho y por este cambio tuvo su origen uno de los más sombríos misterios de la historia del rey Felipe II.

CAPITULO VII

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Detengámonos un momento para explicar á nuestros lectores algunos antecedentes históricos, cuyo conocimiento es indispensable para poder juzgar con acierto la historia del pastelero de Madrigal, para tener algún hilo que nos guíe en el laberinto de ese misterio histórico, que aún no ha podido aclararse, que probablemente nunca se aclarará.

Existe la terrible duda de si Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, y ahorcado como impostor por Felipe II, era el rey don Sebastián ó un hombre maravillosamente semejante á aquel desgraciado rey, que pretendía se le tuviese por don Sebastián.

Tales son las ambigüedades, los hechos contradictorios que aparecen en el proceso formado á Gabriel de Espinosa: tal el empeño que el rey don Felipe mostró en este asunto; tales las ferocidades legales que se pusieron en juego, tal el misterio que envuelve las declaraciones y los actos del pastelero, que la razón de quien lee vacila, se pierde en deducciones, no logra ver claro ni por un solo momento; pero un no sé qué inexplicable, un no sé qué, casi una convicción moral, sobreponiéndose á la razón que exige pruebas tangibles, pruebas indudables, dice en el fondo del alma del jurisconsulto y del hombre dotado de talento que ojea aquel proceso: —Sí, el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastián.

Y teniendo en cuenta que Felipe II no se detenta ante el patíbulo ni ante el horror cuando le importaba deshacerse de un enemigo, recordando que cuando Gabriel de Espinosa fué ahorcado, ya habían muerto el príncipe don Carlos y la reina Isabel de Valois, Juan de Escobedo y don Juan de Austria; que habían sido degolladas los condes de Horn y de Egmont, y asesinado el príncipe de Orange; que Montigni había sido secretamente agarrado en un calabozo, y otra multitud de misterios tristes y de actos tiránicos que ennegrecen la historia de aquel rey, á quien Enrique VIII llamaba el demonio del Mediodía, nada tiene de extraño que se crea que la ejecución del pastelero de Madrigal es un misterio más, una tiranía más, un asesinato más en la

historia de aquel soberbio, egoísta y odioso rey.

Si Felipe II hubiera existido antes que el Dante, no sabemos hasta qué punto hubiera sacado partido el gran genio de la Italia, al aprovecharlas para su infierno en la Divina comedia, de las espantosas enormidades de que se hizo reo ante Dios y ante la historia aquel ambicioso y terrible soberano.

El rey don Sebastián de Portugal nació en Lisboa el día 20 de Enero del año de 1554.

Fué hijo del príncipe don Juan y de doña Juana de Austria, hija del emperador Carlos V, y par consecuencia hermana de Felipe II.

Fueron sus abuelos el rey don Juan III de Portugal y doña Catalina de Austria, hermana de Carlos V.

De modo que don Sebastián fué sobrino carnal, por parte de madre, del rey don Felipe II.

Antes del nacimiento de don Sebastián, su padre, e' príncipe don Juan, hizo un viaje á Castilla, y al poco tiempo murió.

Hay que tener en cuenta y no olvidarse en el discurso de esta historia, de que el príncipe don Juan, padre de don Sebastián, era muy joven y muy dado al amor, y que permaneció algún tiempo en la corte de España.

Esto podrá acaso explicar por deducción el extraordinario parecido que existía entre el rey don Sebastián y el pastelero de Madrigal.

En el proceso de este último no se sabe quiénes fueron sus padres; pero consta, sí, como veremos más adelante, que tenía más de caballero que de villano, más de hombre principal que de pastelero.

Por la muerte de su padre y después por la de su abuelo don Juan III, don Sebastián empezó á reinar cuando era niño.

Creció mimado, tolerado en sus locuras por su madre la reina viuda y por su tío el cardenal don Enrique, regente del reino durante su menor edad.

Quando don Sebastián, pasada su menor edad, empezó á regir por sí mismo el reino, era un mozo audaz, valiente, emprendedor, aventurero, ansioso de gloria, llena la cabeza de ideas caballerescas, y abierto el corazón á todas las impresiones de lo bello, de lo magnífico, de lo embriagador.

Era soberbio, lleno de confianza en sí mismo, desdeñador de consejos, adherido á su propia pasión y firme de voluntad hasta el punto de ser

imposible disuadirle de un propósito por desca-
bellado que fuera.

Pero bajo esta soberbia, bajo esta indocilidad,
bajo este amor propio, tenía grandes cualidades
de generosidad, de entusiasmo, de valor, de no-
bleza.

El rey don Sebastián era, en una palabra, una
bella locura coronada.

Los portugueses han sido los primeros que en
los tiempos modernos, esto es, después de los
godos, han puesto su planta en Africa.

Ellos, intrépidos y hábiles navegantes, fueron
también los primeros que emprendieron la na-
vegación hacia la parte septentrional de Africa,
y salvando el cabo de Buena Esperanza, abrie-
ron el camino de la India.

Ya desde 1415, los portugueses eran dueños
de Ceuta, y sus miradas, ávidas de conquista, no
se separaban del Africa, á la cual llevaron em-
presas menos importantes.

El rey don Sebastián, ansioso también de con-
quistas que levantasen su nombre, impulsado
por su valor impaciente y por sus instintos aven-
tureros, pensaba llevar sus armas al Africa de
una alta manera, acometiendo una conquista, que
en aquellos tiempos era una verdadera locura.

La ocasión, ó mejor dicho, la tentación, no
tardó en presentarsele.

La dinastía de los xerifes descendientes de
Mahoma poseía por aquel tiempo el trono de
Marruecos, y la guerra civil, frecuente entre los
moros, era entonces continua.

Sydi Mohhanmet-Abu Abd Allah había logra-
do arrojar del trono á su hermano Al-Malek, y
éste se había retirado con algunos parciales á
las escabrosidades del Atlas, donde sostenía la
guerra.

El sultán vencido, esto es, el xerife Al-Malek,
envió emisarios al rey de Portugal, pidiéndole
socorros contra su vencedor el xerife Mohhan-
met-Abu-Abd-Allah, y como el sueño continuo
del rey de Portugal no era otro que invadir el
Africa, sin más consejos y sin demora alguna,
don Sebastián prometió á los emisarios de Al-
Malek su ayuda, y aún no partidos éstos de Lis-
boa, se empezaron los aprestos para la guerra.

En vano la reina viuda doña Catalina, abuela
del rey, se opuso con todas sus fuerzas al propó-
sito de su nieto; en vano su tío el rey don Feli-
pe II le escribió aconsejándole que renunciase á
ella, y le puso por delante la multitud de desas-

tres que, tanto españoles como portugueses, ha-
bían sufrido en Africa en anteriores empresas;
en vano le recordó que el emperador Carlos V,
su abuelo, después de la conquista hecha por él
en persona de Túnez y la Goleta, se había reti-
rado, considerando inútil y peligroso su estable-
cimiento en el interior del Africa; en vano los
hombres más prudentes de Portugal pretendie-
ron hacerle conocer su locura; don Sebastián se
obstinó; le engañaba el corazón; se creía él solo
bastante para hacer lo que no habían podido
hacer sus abuelos, incluso el gran Carlos V, y
continuó sus armamentos en grande escala, y
publicó la guerra levantando bandera para la
recluta de soldados.

Por este tiempo murió la reina viuda doña
Catalina, y al par que se hacían sus exequias,
en las plazas de Lisboa y en todas las ciudades
del reino, se hacían levas y se recibían hombres
á sueldo.

Pelipe II promulgó un edicto prohibiendo á
los españoles que fuesen á tomar bandera en
Portugal para la guerra de Africa, á pesar de lo
cual, seis mil aventureros veteranos se pusieron
á sueldo del rey don Sebastián, abandonando la
España, para correr á una guerra que les brin-
daba con próximos pillajes.

Uniéronse además al rey don Sebastián seis-
cientos alemanes, que el papa enviaba en favor
de los católicos irlandeses, y que *por casuali-
dad, sin duda*, recalaron el puerto de Lisboa, y
fueron, como quien dice, embargados por el rey
don Sebastián.

A pesar de la muerte de la reina doña Catali-
na, que se había opuesto enérgicamente á los
proyectos sobre Africa del rey don Sebastián su
nieto, éste, mientras se celebraban las exequias
de su abuela en el monasterio de Bélén de Lis-
boa, continuaba preparando en el puerto los
transportes que habían de llevar á Africa los sol-
dados que se reclutaban á toda prisa.

Los jóvenes nobles que formaban la corte del
rey don Sebastián, inexpertos y audaces como él,
le estimulaban, y se fingían triunfos y glorias
quiméricas, enardeciendo la ambición de fama
y la propensión á las aventuras del joven rey.

Aún hubo obispos que abandonando su reba-
ño y su altar, levantaron bandera y reunieron
gente para la empresa contra el Africa.

Al fin, el puerto de Lisboa vió reunida una
fuerte armada, compuesta de ciento cincuenta

buques entre galeras y navíos, en cuya capitana, mandada por el almirante Sousa, permaneció el rey á bordo ocho días, activando por sí mismo el embarque de las tropas, de la artillería y de los bagajes.

Algunas galeras españolas estahan como en observación á la embocadura del puerto, y aun el rey don Felipe, el duque de Alba y el cardenal don Enrique insistían por persuadir á don Sebastián á que abandonase aquella descabellada empresa.

Pero aquellas instancias fueron tan desatendidas como lo habían sido las anteriores, y al fin la flota portuguesa se dió á la vela con rumbo á la costa occidental de Marruecos á fines de Septiembre de 1578, llevando á bordo un ejército de quince mil hombres, compuesto de seis mil españoles aventureros, gente vieja en la guerra, tres mil alemanes, algunos italianos, y el resto de portugueses, con doce piezas de artillería y mil quinientos caballos.

Tres días después de haberse hecho á la vela dieron vista á Arcilla, pequeña ciudad fortificada en Marruecos, al principio de la costa occidental de Africa.

Al-Bozarín, alcaide de la ciudad por el xerife Sydi Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, que reinaba en Fey y en Marruecos, fué á encontrar en el mar al rey don Sebastián, y á manifestarle que su señor, el xerife Abu-Abd-Allah, le había mandado le entregase la ciudad y le concediese una entrevista en ella.

En efecto, apenas hubo desembarcado el rey don Sebastián y ocupado á Arcilla, que le fué entregada por su alcaide Al-Bozarín, el xerife Mohhanmed se presentó al rey de Portugal, llevando un pequeño ejército de tres mil caballos.

Hay que tener presente que el xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah había arrojado del trono al xerife Al-Malek; que éste se había visto obligado á huir á las asperezas de Atlas, donde se había mantenido de latrocinios; que para recobrar su trono había pedido socorros á Felipe II contra Mohhanmed, y que no habiéndoselos concedido el rey de España, los había solicitado del rey de Portugal, de quien había obtenido una respuesta favorable.

Don Sebastián, pues, iba á Africa llamado por Al-Malek y en favor suyo.

Pero las cosas habían variado en Marruecos durante el tiempo que el rey don Sebastián ha-

bía invertido en los preparativos de la empresa; los turcos habían prestado socorro al xerife Al-Malek y no era ya éste el que necesitaba socorros, sino su contrario Mohhanmed.

Este, pues, se apresuró á salir al encuentro del rey don Sebastián, le habló encarecidamente á fin de que abandonase al xerife Al-Malek y le ayudase á él; le manifestó que el verdaderamente fuerte era Al-Malek, que ayudándole no alcanzaría gloria alguna, porque unidos el ejército de Al-Malek y el del rey de Portugal, no había combate posible por la superioridad del número, y el rey don Sebastián, imprudente siempre y siempre buscador del peligro, cambió de propósito, y habiendo ido á Africa llamado por Al-Malek contra Abu-Abd-Allah, apenas desembarcado en Marruecos se puso de parte de Abu-Abd-Allah contra Al-Malek.

Se impacientaba el rey.

Tenía hambre de combate y de gloria y deseaba abrir la campaña desde el momento.

El xerife Al-Malek estaba en los campos de Túnez con un respetable ejército. Pensó entonces el rey don Sebastián qué sería mejor, si ir por tierra desde Arcilla, ó por mar á Larache.

El rey don Sebastián tenía impaciencia por llegar á las manos con los enemigos, y habiendo ya desembarcado, se le hizo duro embarcarse de nuevo.

Prevaleció, pues, el parecer de que se fuese contra el enemigo por tierra, y en estos días llegó á Arcilla Francisco de Aldana, de la servidumbre del rey don Sebastián, llevándole una carta del duque de Alba, y como regalo de éste la armadura con que el emperador Carlos V había entrado triunfante en Túnez.

Decía el duque de Alba al rey que ya que había emprendido aquella guerra, echase todo el peso de ella en las orillas del Lukos, y sin abandonar la costa para poder ser socorrido en un fracaso. Pero el rey don Sebastián no hizo caso ni de la carta del duque de Alba ni de las razones de Francisco de Aldana.

La marcha contra el xerife Al-Malek se emprendió por tierra desde Arcilla con dirección á Alcázar-Kivir, que está á dos leguas de Larache sobre las riberas del río Lukos, y después de cinco días de marcha, el día 4 de Agosto de 1578, atravesó el ejército portugués, á quien acompañaba con su lucida caballería el xerife Abu-Abd-Allah, el vado del río Al-Mokazen, en el

punto donde este río muere en el Lukos, y no lejos de Alcázar-Kivir, en cuya extensa llanura, abierta entre los dos ríos Lukos y Al-Mokazen, esperaba ya el xerife Al-Malek con un ejército de cuarenta mil caballos, ocho mil infantes y cuarenta piezas de artillería, sin contar las kábilas de la comarca que habían acudido llamadas por los santones contra los cristianos.

La caballería enemiga estaba formada en semicírculo, con la artillería en el centro á vanguardia y la infantería á los flancos.

El xerife Al Malek, que estaba gravemente enfermo, se había hecho llevar á la batalla en una silla de manos, y su sobrino el xerife Sydi Ahtmed, sano y robusto, comunicaba al ejército las órdenes de su tío.

Por parte de los portugueses y de los moros que seguían al xerife Abu-Abd-Allah, los mandaba en jefe el rey don Sebastián con un brillante séquito de jóvenes nobles portugueses.

La artillería del rey don Sebastián rompió el fuego, pero le suspendió muy pronto dominada por la artillería de Al-Malek.

Los artilleros portugueses, mal instruidos y bisoños, empezaron por bajar la cabeza á los disparos enemigos, y acabaron al fin por abandonar las piezas, que no volvieron á servir en la batalla.

Al-Malek, que se hallaba muy enfermo y que quería antes de morir gozar de la victoria, al ver que la gran masa del ejército portugués era de infantería, y la caballería escasa, había dicho:—Ellos pocos y á pie, y nosotros muchos á caballo y en llano, les daremos en breve espacio un mal día.—Y mandó adelantar á la carga á los escuadrones.

Así es, que apenas roto el fuego de cañón, apenas dominada la artillería portuguesa, la batalla se trabó y se hizo general por el frente.

Irritado el rey don Sebastián por la cobardía de sus artilleros, corrió con sus nobles y su estandarte á ponerse al frente de los escuadrones españoles, italianos y alemanes, que se batían bravamente, rechazando una y otra vez las feroces embestidas de la caballería marroquí, y con tanto valor, que llegó el caso de que el ala derecha del ejército de Al-Malek fuese desordenada y puesta en fuga.

Al-Malek entonces comprendió que era necesario un supremo esfuerzo, y á pesar del estado en que se encontraba, mandó que le sacasen de

la silla de manos y le pusiesen en un caballo; pero tan grave era su enfermedad, y en tal estado se encontraba, que al ir á montar murió entre las manos de sus servidores, sin poder decirles más sino que ocultasen su muerte al ejército, lo que expresó llevándose un dedo á la boca, como quien encarga el silencio.

Al-Malek, ya cadáver, fué encerrado en la silla de manos, y desde aquel momento su sobrino el xerife Ahtmed, tomó el mando en jefe del ejército.

Por mucho tiempo la victoria estuvo indecisa, el ejército cristiano, ayudado por la gente del xerife Abu-Abd-Allah, se batía con un verdadero furor.

El ejército del xerife Ahtmed lanzaba contra él sus incesantes oleadas de jinetes que eran rechazados, y que con una tenacidad heroica retrocedían y volvían á la carga.

La mortandad era grande, la fatiga mucha, el calor irresistible.

Todo contribuía á hacer la batalla dura y formidable.

Los cristianos sabían que ningún socorro podían esperar, porque estaban dos leguas tierra adentro, se veían rodeados por los moros, y la desesperación les daba aliento y fuerza.

Ahtmed veía el trono de Marruecos detrás de la victoria, y se multiplicaba, estaba en todas partes, alentaba á los capitanes con promesas y á los soldados con el ejemplo.

El rey don Sebastián, conociendo tarde su locura, le espiaba combatiendo como un héroe de la antigüedad, metiéndose entre lo más trabado de la batalla, buscando acaso la muerte, para no sobrevivir á una derrota que estaba próxima.

La batalla se había dividido; los portugueses, separados á gran distancia á la derecha, se batían muy de lejos y flojamente, porque el rey don Sebastián no se había cuidado de que la gente fuese buena, sino de que se reclutase pronto, y los portugueses eran casi en su totalidad nuevos en la guerra, y por consecuencia, asombradizos.

En cambio, los escuadrones españoles, italianos y alemanes, eran de aventureros de oficio, gente dura y experimentada, que había acudido al cebo de un sueldo, y que cumplían bravamente con su obligación, disputando palmo á palmo el terreno y llamando sobre sí toda la fuerza del enemigo.

Pero al fin, solos contra todos, fueron forzados

los flancos, se vieron envueltos, y entonces empezó una carnicería espantosa.

La batalla estaba perdida para el rey don Sebastián.

Un círculo de jinetes moros se estrechaba cada vez más, adelantando sobre cadáveres, en torno de los aventureros; en vano se pedía piedad: el yatagan y la lanza de los moros no se hartaban de matar.

Y los portugueses no acudían; con el pretexto de que se les había mandado que no se moviesen de sus posiciones, permanecían inmóviles en ellas. El rey don Sebastián estaba en todas partes; en todas partes se batía.

Herido ya gravemente, cambiando cinco veces de caballo, por habérselos matado, se perdió en medio del tumulto, sin que nadie supiese donde se encontraba; el estandarte real había sido derribado, y cuando los nobles, buscando al rey, acudieron á un estandarte levantado aún que se parecía mucho al estandarte real, encontraron que aquel era el estandarte de don Manuel de Meneses.

No se sabía dónde estaba el rey.

El estandarte real no paría tampoco.

Todo estaba perdido.

Capitanes y soldados, jinetes, infantes, carros, bagajes, todo estaba revuelto; todo cercado por los moros, que no dejaron de matar sino cuando se les cansaron los brazos.

El xerife Mohhanmed-Abu-Abd-Allah, que había escapado cuando vió que la batalla se perdía, iba tan ciego por el miedo, que habiendo llegado á las orillas del Lukos, se arrojó á él con su caballo y se ahogó.

El xerife Ahtmed, habiéndose publicado en el ejército la muerte de su tío Al-Malek, fué proclamado sobre el mismo campo de batalla sultán de Marruecos.

Quedaron muertos sobre el campo cerca de ocho mil hombres de los dos ejércitos, siendo los seis mil de los cristianos.

Murieron muchos señores portugueses, y entre ellos Arias de Silva, obispo de Oporto, y Manuel de Meneses, obispo de Coimbra.

Los demás que sobrevivieron á la batalla, fueron hechos cautivos, sin que quedase uno solo que llevase la noticia de la derrota.

Esta fué la tremenda batalla de Alcázar-Kivir ó de los Xerifes, que cubrió de luto á Portugal y dió espanto á Europa.

Nadie pudo decir que vió morir al rey don Sebastián; nadie puede asegurar con un irrecusable dato histórico que el rey don Sebastián muriese en aquella batalla.

Se entregó un cadáver algún tiempo después por el xerife Ahtmed á los enviados del rey don Felipe II, que se decía ser el rey don Sebastián.

Pero téngase en cuenta que pasaron muchos días de los más calurosos del verano mientras se convino en el rescate del cadáver; que éste debió estar descompuesto y desfigurado; que el xerife Ahtmed tenía un grande interés en complacer al poderoso Felipe II, que había ya manifestado con la victoria de Lepanto que cuando acometía una empresa era prudente y fuerte; que Felipe II, en fin, tenía fija la vista codiciosa en Portugal, y que convenía á sus propósitos la muerte real ó aparente de su sobrino don Sebastián; que en fin, lo repetimos, no fueron portugueses, sino castellanos enviados por Felipe II los que reclamaron aquel cadáver, y se comprenderá que la muerte del rey don Sebastián en la batalla de Alcázar Kivir no está bien probada.

Que existe, por lo tanto, acerca del rey don Sebastián un oscuro misterio, que probablemente nunca se desvanecerá.

CAPITULO VIII

EN QUE SE VUELVE Á LA NOVELA Y SE REFIERE UNA HISTORIA DE SANGRE

Amaneció el día 5 de Agosto de 1578.

Esto es, el día siguiente á la batalla de Alcázar-Kivir.

Los primeros rayos del sol doraban los muros del sencillo morabito de Ain-al-Mokazen.

La pequeña pradera estaba completamente desierta; la puerta del morabito cerrada.

La luz del sol, penetrando por la pequeña ventana de la habitación de Sydi Juzef, le despertó.

—Mucho he dormido hoy—dijo el santón—; el sol se ha levantado antes que yo; la primera oración de la mañana ha pasado sin que yo haya levantado mi alma al Señor; perdone él, porque por su nombre tomé ayer la fatiga que ha prolongado mi sueño.

Y como Sydi Juzef no se desnudaba jamás, apenas despertó, abandonó la estera de palma

que le servía de lecho, salió de su aposento, abrió la puerta del morabito, hizo su ablución en la fuente, es decir, se lavó la cara y los brazos hasta los codos, y los pies hasta los tobillos, entró en el pequeño adoratorio del morabito, se arrodilló junto á la tumba del anterior santón Sydi Al-Motamed, y rezó con voz grave, acompasada y gutural, la oración de la mañana.

Luego se levantó y se encaminó al aposento de su hija.

Mirian no había reposado ni un solo momento; pálida por la mala noche, pero con la palidez más hermosa, triste y abstraída, estaba sentada al lado del lecho del herido, que permanecía en la misma posición en que después de curado le había dejado la noche anterior Sydi Juzef.

Este se detuvo á la puerta y miró de una manera sombría la mirada inmóvil que llena de interés fijaba su hija en aquel cuerpo inerte.

Mirian notó la presencia de su padre, se levantó, llegó á él, asió cariñosamente las manos, y le besó en la frente.

El bravo xerife se estremeció al sentir sobre su frente los ardientes labios de su hija.

—Tú no has dormido, Mirian—la dijo.

Mirian le señaló con la mirada y con la acción, en un movimiento de piedad, el herido.

—¡Quiera Dios que no alentemos en nuestro seno á una víbora!

—¡No! ¡No!—dijo Mirian—; en su semblante se ve su hermosa alma, y su frente serena parece que no ha ocultado jamás un pensamiento infame; pero ven, ven, padre mío: sépamos si nos quedan esperanzas de salvarle.

Sydi Juzef se acercó con una marcada repugnancia al herido, le observó y consultó sus arterias y el color de su piel.

—¡Vive!—dijo sordamente Sydi Juzef—; pero no hay en él ni más ni menos vida que anoche; hay que esperar mucho tiempo para saber si sanará de sus heridas, ó si sucumbirá á ellas.

—¡Oh! pues es necesario que viva, que se salve, lo quiero yo.

—Ruégalo al Señor fuerte y misericordioso, y sobre todo conformémonos con su voluntad. Y luego, ¿qué nos importa que ese perro cristiano viva ó perezca?

—¡Oh padre! Dios escribe nuestras buenas obras en el libro de las recompensas eternas.

—Y nuestros pecados en el de las eternas penas—dijo profundamente el xerife, clavando una

terrible mirada en el semblante de Mirian.

—¿Y ese otro desgraciado?—dijo Mirian, sosteniendo con una tranquilidad perfecta la sombría mirada de su padre.

—¿Cuál? ¿El herido por Dios con peste negra?—contestó Sydi Juzef—; ese hombre morirá, si el Altísimo no hace un milagro.

—Pues si muere, no podemos saber si este desgraciado es ó no el rey de Portugal.

—Ya nos lo dirá él, si no muere.

—¡Oh padre! ¡Cuida de la vida de ese otro hombre!

Y Sydi Juzef, al oír estas palabras, doblegado siempre á la voluntad de su hija, salió del morabito y se encaminó, atravesando la pradera, al lugar donde entre los árboles estaba abandonado en una choza Francisco de Aldana.

Antes de entrar en la estancia, Sydi Juzef oró á Dios.

Iba á ponerse en contacto con un apestado.

Francisco de Aldana, tendido entre dos mantas sobre un montón de hojas, estaba inmóvil y sin conocimiento.

La fiebre dominaba todos sus sentidos, todas sus facultades.

Sydi Juzef le estuvo observando profundamente.

—Cava una sepultura, Kaimo, fuera del bosque y bien profunda—dijo al negro que le había seguido—; este hombre morirá á la puesta del sol.

Y sin decir más palabra, salió de la choza y volvió al morabito.

Una vez en su aposento, tomó las piezas de la armadura del alférez mayor de Portugal, las enlazó, enhebilló sus correas, cargó con ella, entró en el adoratorio, y subiéndolo sobre la espalda de Kaimo, colgó en un ángulo la armadura.

Luego volvió á su aposento, tomó el estandarte real de Portugal, entró de nuevo en el adoratorio, y subiéndolo sobre los hombros de Kaimo, colgó el estandarte del centro de la bóveda.

Las puntas del estandarte descansaban sobre las piedras arrojadas en la tumba del anterior santón Sydi Al-Motamed.

Después de esto, Sydi Juzef contempló con orgullo su obra.

—Aquí están el estandarte y esa armadura—exclamó—mucho mejor que en la gran mezquita de Marruecos; el morabito de Ain-Al-Mokazen está habitado por el Señor.

Después de esto salió del adoratorio, entró en su aposento, se colgó la bolsa de municiones, tomó la espingarda, y se alejó del morabito á paso lento.

Al salir de entre los árboles, se presentó de repente á su vista el campo de batalla, y allá á lo lejos Alcázar-Kivir.

Pero las tiendas del campamento del sultán Sydí Ahtmed habían desaparecido.

Ni un solo hombre se veía en pie en el campo de batalla, pero se veían muchos tendidos.

Entre los cadáveres se veían agitarse, saltar, revolver sobre aquellos restos despedazados, bandadas inmensas de buitres y de cuervos, y una multitud de chacales.

Allá lejos, muy lejos, se veía una gran polvareda, como la que produce la marcha de un ejército numeroso, compuesto en su mayor parte de caballería.

—¡El sultán se aleja!—exclamó—; Sydí Ahtmed lleva el camino de Fez; le tarda el ir á coronarse; vaya en paz; en cambio me deja el espectáculo más agradable para los ojos de un creyente: montones de cadáveres cristianos, y un buen día de caza de buitres y chacales; ¡Dios prospere á nuestro señor el sultán!

Y soltó una larga carcajada, y partió á la carrera hacia el campo de batalla, dentro del cual se encontró muy pronto.

Desde aquel momento Sydí Juzef no cesó de disparar, sin más intervalo que el necesario para cargar su arma.

A cada disparo se oía el aullido de un chacal, que era muerto instantáneamente, ó el graznido y el aleteo de un buitre que acababa de existir poco después de haber sido herido.

—¡Aver era mejor día!—exclamaba Sydí Juzef—; ayer no eran bestias las que mataban mis balas; eran cristianos enemigos de Dios.

Y el santón seguía cazando y adelantando hacia Alcázar-Kivir.

Había atravesado el campo de batalla y se encontraba cerca de la pequeña ciudad, cuando oyó partiendo de una torre de voz de un muecín, que llamaba á grito herido á los creyentes á la oración de *adohar* (1).

La población estaba cerca, y Sydí Juzef se echó la espingarda al hombro y tomó de prisa el camino hacia los muros.

Subió un repecho, entró por un postigo de la alcazaba, y por calles estrechas, torcidas y sucias llegó á una pequeña plazuela.

En ella había una fuente y un aljibe, y más allá la puerta de una pequeña mezquita, en cuya torre un muecín daba grandes voces, á las que nadie acudía.

En la puerta de la mezquita, maravillado de que nadie acudiese á la oración, estaba un viejo fakí que, al ver al viejo xerife, se apresuró á acercarse á él.

—Bien venido sea entre nosotros—dijo—el hombre de Dios, el santo morabito de Ain-Al-Mokazen.

—La alabanza á Dios, y que él te guarde, Sydí Aben-Balkin: ¿qué novedades ocurren por la ciudad?

Y mientras, Sydí Juzef, que había dejado su espingarda en el suelo, hacía su ablución en la fuente.

—Novedades, ya las sabrás—respondió el fakí—; como que dicen que te se debe en mucha parte nuestro triunfo de ayer sobre los cristianos.

—Dios sólo es fuerte, Dios sólo es vencedor—dijo Sydí Juzef continuando en su ablución.

—¡Alabado sea él!—respondió el fakí.—En la alcazaba tenemos el cuerpo del rey cristiano; nos le ha enviado con mucha guardia el poderoso sultán Ahtmed (á quien Dios ensalce), más bien, nos le ha traído.

—Pero Sydí Ahtmed no está ya en la ciudad,

—Sí, está en la alcazaba, apartado y sin conceder á nadie la gracia de que le vea.

—Yo he visto esta mañana al ejército alejarse hacia Fez.

—El ejército, sí; pero el sultán, sin duda para descansar, se ha quedado aquí con dos mil caballos de su guardia negra; hay además dentro de los muros muchos morcos de las kábilas dispuestos á acompañar al sultán y ver la coronación en Fez.

—¿Y cómo habiendo tanta gente en la ciudad y estando tan cercana esta mezquita tu muecín se pone ronco de dar gritos sin lograr que ningún creyente acuda á la oración?

—¡Verdaderamente es maravilloso! Y lo siento, porque la limosna que hacen es buena, y no caerá por hoy ni la más pequeña moneda en los cepillos: lo siento por los pobres y por los hospitales; yo creo que si por esta parte de la ciudad no se ve gente es porque está allá en la

(1) Oración del mediodía.

plaza orando en la puerta de la mezquita mayor...

El fakí se detuvo como quien hablando distraído se recobra á tiempo, antes de cometer una imprudencia.

—¡Yal—dijo Sydi Juzef—La multitud va á la puerta de la mezquita mayor á ver el cadáver de mi hermano Mohhanmed Abu-Abd Allah.

—Es verdad, santo xerife—respondió turbado el fakí—; pero yo no he querido ofenderte.

—Bien muerto está mi hermano—dijo Sydi Juzef—; bien hace mi sobrino Sydi Ahtmed en infamarle; ha vendido á los suyos y ha ofendido á Dios abriendo nuestra tierra á los cristianos; y el cadáver da mi hermano el xerife Al-Malek, ¿dónde está?

Le ha enviado el sultán á Marruecos, embalsamado, para que le entierren en el panteón de su familia.

—Tan infame como Abu-Adb-Allah ha sido Al-Malek; él fué el primero que llamó á los cristianos y por él los cristianos han venido; pero Dios es justo y grande y él proveerá. Entremos en la mezquita y oremos, Aben-Balkin, que después tendremos lugar sobrado para conversar.

Sydi Juzef tomó su espingarda, llegó á la puerta de la mezquita y, antes de entrar, se quitó las babuchas y las sujetó en su ceñidor.

Luego, siguiéndole el fakí, entró y llegó al adoratorio, donde sólo podían poner la planta los fakies y los santones, y se postró y oró largo tiempo. Después salió.

—¿Conque mi sobrino Sydi Ahtmed se queda aquí?—dijo con acento receloso.—¿Y para qué se queda aquí? ¿Lo sabes tú?

—Para descansar, sin duda—respondió el fakí, que había seguido á Sydi Juzef—; dicen que ayer trabajó mucho en la batalla.

—Más trabajé yo; he dormido poco esta noche y, sin embargo, esta mañana he salido á casa.

—Dios te da su fortaleza, Sydi.

—Loado sea él; pero ya he orado en la casa del Señor y me vuelvo á mis campos; las ciudades me hacen mal; hace catorce años que no vivo en ellas.

—¿Y te separas de tu siervo, Sydi, sin reposar un momento en mi casa y dejar la alegría en ella? ¿Por qué no aceptas un refresco? El día está muy caluroso, reposa durante la siesta y vuélvete cuando haya caído el sol.

Sydi Juzef no contestó á estas palabras.

Se había quedado profundamente pensativo.

—Sí, sí, puede ser...—dijo al fin, murmurando sus palabras de tal modo que no pudo entenderlas Aben-Balkin—; puede ser que Mirian se haya enamorado del rey cristiano... pero yo evitaré... ¡Oh, yo evitaré tener que ejecutar una terrible venganza!

Y volvió á quedarse meditabundo.

Luego, dijo dirigiendo la palabra á Aben-Balkin, que por respeto no se había atrevido á interrumpir el silencio del santón.

—Entremos en tu casa, dices bien; el día está muy caluroso.

—¡Oh, día feliz éste en que mi casa va á ser ennoblecida y santificada con tu presenciam!

Y se dirigió á una puertecilla situada cerca de la puerta de la mezquita y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta y apareció un esclavillo mulato, un niño cubierto de andrajos, que miró con asombro á Sydi Juzef, que no iba más limpio ni menos andrajosamente vestido. Atravesaron un pequeño patio, en medio del cual había una fuente seca, y entraron en un vestíbulo á cuyos dos lados había dos huecos tras arcos de herradura, y en cada hueco había sobre una tarima una estera de palma.

Este es un lugar que hay en toda casa árabe, donde el dueño recibe á los extraños, que no pasan de allí. En el interior, donde están las mujeres, sólo entran los parientes cercanos y rara vez un extraño, á quien el dueño de la casa quiera hacer el gran obsequio de que penetre en ella.

Aben-Balkin concedió este inusitado favor á Sydi-Juzef, abriendo una pequeña puertecilla situada en uno de los huecos é invitando á que pasara á Sydi Juzef, que entró, no como quien recibe un favor, sino como quien lo otorga.

Y, en efecto, para un santón no tiene nada cerrado ni oculto un musulmán.

Hasta tal punto llega el fanatismo de los moros en esta parte, que si un santón elige á su mujer y tiene de ella un hijo, el marido creará honrada y favorecida su familia; una joven musulmana que haya pertenecido á un santón, encontrará al momento un buen esposo, aunque sea fea y pobre; en la silla donde un santón se sienta en la casa de un moro no vuelve á sentarse nadie y aquel lugar se señala como si hubiese sido consagrado.

Un moro se dejará matar en defensa de un santón.

En una palabra: ser santón es todo lo que hay que ser en Africa.

Sydi Juzef, siempre asido á su espingarda, subió por unas estrechas escaleras y entró en un corredor cerrado por espesas celosías.

Apenas entró en él cuando dos jóvenes y hermosas niñas que habían salido al encuentro de Sydi Juzef, creyéndole sin duda el fakt, única persona que podía subir por aquellas escaleras, dieron á correr gritando y cubriéndose el rostro con las manos y desaparecieron por el otro extremo del corredor.

—No corrais, no corrais, hijas mías—dijo el fakt—; el que entra en nuestra casa trayendo á ella la paz y la alegría, es un xerife morabito, un príncipe, un hombre de Dios.

Pero las muchachas no le oían y ni volvieron á aparecer ni respondieron una palabra.

Sydi Juzef iba tan distraído y tan pensativo, que no dió muestras de haber reparado en nada de esto y se entró por una puerta de arco de herradura, revestida de estuco con ricas ornamentaciones árabes, en una sala que recibía la luz de unas pequeñas ventanas altas junto al techo, cubiertas por planchas de estuco caladas, formando bellos transparentes.

Las paredes estaban pintadas y doradas y el techo era de maderas labradas y pintadas.

El pavimento era de mármol blanco y en el centro de la sala, tocando á la pared del frente de la entrada, había una alfombra de seda y sobre ella un diván con almohadones de damasco.

Sobre el diván había una guzla mucho más pequeña que nuestraz guitarras, de ébano y marfil, con cinco cuerdas de oro, y sobre la alfombra unas babuchas de seda bordadas de plata y amoldadas, al parecer, á un pie precioso.

A un lado había una mesa con gran número de redomitas con perfumes, y sobre la mesa un gran espejo.

Al otro lado había un lecho ancho y cómodo, y en un ángulo un arcón de madera labrada.

Un perfumero redondo, que apenas exhalaba ya humo, pero que había llenado de un suave y delicado olor la sala, estaba á poca distancia del diván.

Todo revelaba que aquella era la habitación de una mujer, y que esta mujer acababa de abandonarla.

No era allí adonde el fakt había querido llevar al xerife; pero Sydi Juzef se había metido allí, y todo lo que el santón hiciera estaba bien hecho.

Sydi Juzef puso su espingarda al alcance de su mano contra la pared, y se dejó caer en el diván.

Una de sus manos tropezó en la guzla.

La tomó y recorrió sus cuerdas.

La guzla estaba perfectamente templada.

Sydi Juzef tocó en ella algunos preludios, y luego arrojó lejos de sí la guzla.

—Maldito sea ese instrumento—dijo—; cuando veo una guzla ú oigo su sonido, la maldición de Dios truena en mis labios; con ese maldito instrumento me adormecía en otros tiempos una mujer infame, una mujer que sintió todo el peso de mi justicia, y á quien Dios haya querido perdonar. Hace diez y seis años que yo no tomo en mis manos una guzla, aunque he sido famoso tocador de ella antes de consagrarme á la vida de la penitencia y de la perfección.

Sydi Juzef, en cuyos ojos ardía un fuego opaco, que daba á su mirada una expresión de locura extraña, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Aben-Balkin, que estaba respetuosamente de pie delante del xerife, no se atrevió á interrumpirle. Al fin éste levantó la cabeza y miró fijamente al fakt.

—¿Qué haces ahí inmóvil y mudo como si te hubiera hechizado una judía?—dijo con acento áspero Sydi Juzef.

—Esperaba á que te dignases hablarme, Sydi.

—Siéntate.

—¿No quieres que pida para ti refrescos y frutas, santo anacoreta?

—Más tarde; ahora siéntate y escucha.

El fakt se sentó sobre sus piernas guardando una actitud respetuosa, y se puso á escuchar con la más grave atención.

—Dicen que tú, Aben Balkin, eres uno de los doctores más sabios y que mejor explican los misterios del libro de la Ley.

—Delante de ti, Sydi, no hay más sabio que tú.

—Yo he venido—dijo el santón—porque estaba cerca de tu mezquita cuando llegó la hora de la oración de adohar, á orar á ella; pero después creo que me ha traído el Señor, porque tengo grandes dudas que consultar contigo.

—Habla, Sydi, que yo te escucho con atención.

—Dime: si llega á nuestras puertas un enfermo, un hombre con peligro de muerte, y es enemigo nuestro, porque es enemigo de nuestra ley, ¿debemos cerrarle la puerta?

—Pecaríamos, porque Dios nos ha enviado aquel hombre.

—¿Pero si es nuestro enemigo?...

—Dios nos le ha enviado para que le demos bien por mal.

—¿Entonces no podremos matarle?

—No.

—¿No podríamos envenenar sus medicamentos?

—Eso sería un asesinato bajo nuestro techo, que traería sobre nosotros y sobre nuestra casa la maldición del Señor.

—¿Y no podremos arrojarle de nuestra casa, hacerle continuar su camino?

—No, porque la fatiga y el desamparo podrían matarle, y su muerte caería sobre nuestra cabeza, porque nos había faltado la paciencia, la largueza y la caridad.

Pero, ¿y si una mujer á quien amáramos amase á ese enemigo nuestro?

—No sería él culpable por la impureza de nuestra mujer... ella, ella sola.

—¿Y qué hacer con esa mujer?

—¡La mujer impura debe morir!

—¡Morir! ¡Morir! ¿Y si no podemos matarla? Si su voluntad es nuestra voluntad, si no sabemos ni podemos hacer más que lo que aquella mujer quiere que hagamos, si domina nuestra alma, si debilita toda nuestra energía?

—Entonces debemos orar al Señor para que nos libre de Satanás, que se ha apoderado de nosotros.

—¿Y si oramos y Dios no nos concede lo que pedimos?

—Es que Dios prueba nuestra fe y nuestra mansedumbre.

—Dices bien; tú eres sabio y justo—dijo Sydi Juzef con acento sombrío y desplomando sobre el fakí una mirada amenazadora—; no hablemos más de esto.

Soy muy desgraciado, porque mis palabras te irritan, Sydi.

—¡Irritarme tú, vil gusano!—exclamó Sydi Juzef con un acento en que se revelaba la insensatez; y quién eres tú para irritarme á mí, que

vales menos que el polvo que pisan mis pies?

—¡Oh, santo xerife anacoreta!—dijo el fakí postrándose y uniendo el rostro al pavimento. ¡Haz lo que quieras de tu siervo, cumple sobre él tu voluntad!

Sydi Juzef estaba pálido, tembloroso.

Su mirada vagaba sin objeto, irritada, lúgubre, terrible, y estaba replegado, contraído sobre el diván como una pantera irritada sobre su cubil.

Aben-Balkin, prosternado ante Sydi Juzef, temblaba de terror, porque aunque los moros reciben con alegría todo lo que para ellos proviene de un santón, cuando el santón les amenaza de muerte, sienten, como mortales, miedo.

Pasaron gran espacio de tiempo, Sydi Juzef, replegado, tembloroso, excitado por los celos del amor que sospechaba en su hija hacia el cristiano, y Aben-Balkin, esperando de un momento á otro un golpe de muerte, porque el santón se habia puesto furioso.

De repente se operó una reacción singular en Sydi Juzef; los músculos de su semblante perdieron su terrible tensión; sus ojos se revolvieron trocando la expresión del furor por la de la locura, que no deja en quien domina la más leve conciencia de sí mismo, se contrajo su boca de una manera extravagante, y soltó una ruidosa y desagradable carcajada.

Luego, después de algún tiempo, su semblante se serenó más, y se dejó ver como iluminado por un reflejo de razón.

Se irguió al fin, y reparando en el fakí, le dijo:

—¡Por los siete durmientes! ¡Así el diablo cargue contigo! ¿Qué haces ahí postrado como un perro?

—¡Santo xerife anacoreta!—repitió con voz compungida el fakí.—¡Haz lo que quieras de tu siervo!

—¿Y qué he de hacer yo contigo? ¿No estoy bajo tu techo? Y luego, ¿en qué me has ofendido tú?

—¡Ah! ¡Yo creía haber causado tu indignación!—dijo el fakí.

Sydi Juzef acabó de aparecer tranquilo.

—Tengo sed—dijo.

—Mis mujeres van á servirte al momento, Sydi. ¿Pero qué es lo que tú deseas?

—Leche, miel y frutas—contestó bruscamente el xerife.

Aben-Balkin salió.

Sydi Juzef se quedó reclinado en el diván, con la cabeza inclinada sobre el pecho, en la actitud de quien reposa de una larga fatiga.

No tardó mucho en volver el faktí.

Con él venían dos jóvenes casi de la misma edad.

La una era blanca y parecía como de quince años.

La otra morena, y demostraba sobre poco más ó menos la misma edad que su compañera.

La blanca tenía los ojos garzos y los cabellos cortos y era muy linda y muy graciosa, sin alcanzar á una gran hermosura.

La morena tenía los cabellos y los ojos negro, y era hermosísima.

Indudablemente aquellas dos jóvenes no eran hermanas, ni aun parientas.

No había en ellas ningún signo de familia ó de raza común á las dos.

La morena además debía causar gran impresión en Sydi Juzef, no tanto por su gran hermosura como por una circunstancia extraña.

Aquella joven se parecía de una manera perfecta á Mirian.

Sólo se diferenciaba de ella en que Mirian era excesivamente blanca, y en que sus ojos, y sus cabellos, y sus cejas y sus pestañas eran negros hasta lo infinito; en que tenía alguna más edad que ella, alguna más estatura, y era algo más gruesa; en que tenía una altivez y una costumbre de dominio de que carecía la otra, al parecer muy dulce y muy tímida; pero el que conociendo á la una hubiera conocido á la otra, las hubiera creído, sin género alguno de duda, hermanas, hijas de un mismo hombre y de una misma mujer.

Estaban sencillamente vestidas de blanco, con dobles tunicas de lino, y tocas ligeras en la cabeza, de la que pendían sus cabellos en largas y gruesas trenzas.

La blanca llevaba babuchas de marroquí amarillas.

La morena estaba descalza, y por el tamaño y la forma de sus pequeños pies se comprendía que eran suyas las babuchas que con la guzla habían quedado abandonadas en la sala al huir las dos jóvenes de la presencia de Sydi Juzef.

La joven morena llevaba con sus dos pequeñas manos una gran taza vidriada llena de leche; la blanca tenía sobre su brazo izquierdo un

canastillo de palma con uvas é higos blancos, y en la mano derecha un plato vidriado con miel de abejas.

—Presentad esos manjares al santo xerife anacoreta, hijas mías—dijo Aben-Balkin—, y pedid á Dios que encontréis gracia en los ojos del escogido.

La joven blanca se acercó temblando y presentó su miel y se fruta al santón.

—¿Es hija tuya esta niña?—dijo arrojando sobre ella una mirada indiferente Sydi Juzef.

—Sí, noble xerife—dijo el faktí—; es mi única hija Aydamarah, tu esclava, si de ella gustas.

—¡Cómolo!—dijo el xerife.—¿Pues qué, esa otra doncella no es hija tuya?

—No, esa joven es Fatimatu'l-Noemi (1), tu esclava también si la quieres.

Al escuchar aquel nombre que recomendaba la hermosura de la joven morena, el xerife alzó los ojos y los posó en ella.

Fatimatu'l-Noemi tenía fijos, como instintivamente, sus grandes ojos negros en el xerife.

Verla Sydi Juzef, lanzar un rugido salvaje, inyectarse sus ojos de sangre, palidecer, temblar, alzarse violentamente del diván y asirse brutalmente á la joven, todo fué obra de un momento.

Fatimatu'l-Noemi dejó caer el tazón de leche, y dió un grito de espanto.

El xerife la había atraído á sí, y la miraba de cerca lanzando sobre ella el fuego de su mirada y su ardiente y ronco aliento.

—Esta doncella es carne de mi carne y hueso de hueso—gritó rugiente como un tigre irritado.—¿Quién ha traído aquí á esta doncella?

—¡Oh! Suelta, suelta, señor—decía llorando Fatimatu'l-Noemi—; suelta, que me haces mucho mal.

—¿Quién es esta doncella? ¿Quién la ha traído aquí?—repitió Sydi Juzef sin soltar el delicado brazo de la joven y devorando con su mirada hambrienta á Aben-Balkin que, asombrado por lo que veía no había contestado á la primera pregunta del santón.

—Esa doncella—contestó balbuceando el faktí—, es hija de Sayda Gulnarah, la de Fez.

—¡Sayda Gulnarah!—exclamó Sydi Juzef, soltando el brazo de Fatimatu'l-Noemi y retro-

(1) Fátima-la-hermosa.

cediendo como aterrado por las palabras del fakt.

Fatimatu'l-Noemi, al verse libre, huyó desparavida, y Aydamarah huyó con ella.

Las había causado un terror imponderable Sydi Juzef.

El xerife y el santón habían quedado solos.

Sydi Juzef estaba ebrio de furor.

Sus ojos centelleaban, rechinaban sus dientes, apretando los unos contra los otros, estaba cubierto de sudor frío y pálido como un cadáver.

Sentía tal miedo Aben-Balkin al ver enfurecido de aquel modo al santón, que no podía hablar.

—¡Sayda Gulnarah!—gritó el xerife.—¡Pero no, no puede ser! ¡La arrojaron delante de mí al mar encerrada en un saco de cuero!

—¡Cómo! ¿Será tu esposa la princesa Sayda Gulnarah, poderoso xerife?—exclamó dominando su terror el fakt.

—¡La conoces!—gritó el santón.

Sí, poderoso xerife.

—Habla, habla. ¡Vive la miserable! ¿Qué demonio la sacó de las ondas del mar donde la arrojó mi justicia?

—Yo no sé si es muerta ó viva—dijo Aben-Balkin, cuyo terror iba en aumento.

—¿Y cómo sabes su nombre, renegado infame?—gritó Sydi Juzef.

Aben-Balkin volvió á sentir todo el terror que había sentido antes.

Sydi Juzef estaba fuera de sí, transportado de furor, con la mano puesta en el puño de su guma.

Aben-Balkin quiso hablar y no pudo. Le dominaba el terror.

—¿Cómo sabes el nombre de esa miserable?—repitió el santón, cuyo aspecto se hacía cada vez más terrible.

—¡Yo no tengo la culpa!—exclamó haciendo un violento esfuerzo para poder pronunciar estas palabras el fakt.

—¡Pero cómo! ¿Cómo ha venido esa doncella á tu casa? ¿Cómo sabes el nombre de su madre?—repitió Sydi Juzef desenvainando la guma, acometiendo al fakt, y asiéndole con tal fuerza, que le hizo venir al suelo.

—¡Ahl! ¡No me mates, no me mates, santo anacoreta!—dijo Aben-Balkin viendo brillar sobre él la guma del xerife.

—¡Habla! ¡Habla!—gritó con impaciencia Sydi Juzef.

—¡Oh! ¡Yo he hecho una buena obral—exclamó el fakt—; una noche, Shariar el pirata llegó á las puertas de mi casa; abrí, sus esclavos traían una silla de manos: dentro de la silla venía una mujer muy hermosa.

—¿Que se parecía como un tigre á otro tigre á la doncella morena de los ojos negros?—dijo con voz rugiente Sydi Juzef.

—Sí—contestó Aben-Balkin.

Sydi Juzef retiró la guma de sobre los ojos del fakt, y dejó de oprimirle.

Luego envainó la guma y se sentó, mejor dicho, se replegó en el diván, como se replega sobre sí misma una fiera preparada á acometer.

—¿Cuánto tiempo hace que Shariar trajo á tu casa á la princesa Gulnarah?—preguntó Sydi Juzef con voz trémula.

—Diez y seis años—contestó tímidamente el fakt.

—¿Por qué tiempo?—repitió Sydi Juzef.

—Por el Rhamazan (1)

—¿Qué edad tenía Gulnarah cuando tú la conociste?

—Quince años.

—¡Los muertos no resucitan!—exclamó con voz caberosa y cobarde en medio de su ferocidad Sydi Juzef.

—La princesa Gulnarah no había muerto.

—Gulnarah fué arrojada al mar dentro de un saco de cuero.

—El Altísimo hizo un milagro.

—Cuenta.

—Escucha, santo xerife, lo que me dijo el pirata Shariar:

—Yo he encontrado sobre las hondas esta mujer; ella es la esposa de un gran príncipe, á quien Eblís (2) ha engañado; ha creído á esta dama culpable, y la ha mandado meter en un saco de cuero cosido, y la ha arrojado al mar; Dios ha hecho que el saco se haya henchido de viento y no se haya sumergido, Dios la ha traído al costado de mi almadía, y yo la he sacado del mar cuando estaba cercana á fallecer sofocada; ella ha vuelto á la vida, y yo te la traigo para que la mantengas oculta en tu casa; tú eres un hombre de Dios, y todos respetan tu morada. Sayda Gulnarah estará aquí oculta con seguridad, sin temor de que la encuentre su esposo.—

(1) Cuaresma.

(2) El diablo.

¿Y quién es su esposo?—pregunté á Shariar.— No puedo decírtelo—me contestó—; pero puedo asegurarte que Sayda Gulnarah es inocente.— ¿Y cómo dare yo á una princesa el aposento, los trajes y los manjares á que sin duda está acostumbrada, siendo pobre yo y apartado de las cosas mundanas?—Yo te daré tanto oro como sea necesario—me dijo—; yo soy rico, mis almadías hacen presa de las naves cristianas y roban las riberas de la otra banda.—Y tras estas palabras me dió una bolsa llena de zequifes de oro. En mi pequeña casa se labraron algunas salas, de las cuales una es ésta, hermosa como los retretes de un alcázar, y Shariar trajo alfombras, lámparas y objetos preciosos para adornarlas. Desde entonces Sayda Gulnarah está aquí; oculta, sin que nadie sepa que vive, sin que haya yo revelado á nadie este secreto sino á ti, noble y poderoso xerife.

—Pero, ¿y Fatimatu'l-Noemi?—exclamó con ansiedad Sydi Juzef.

—Fatimatu'l-Noemi nació aquí, á las cinco lunas de haber llegado su madre.

—¡A las cinco lunas!—exclamó palideciendo Sydi Juzef—; ¡pero entonces, Gulnarah, es inocente! ¡El desdichado Abd-el-Azis no me habla ofendidol... ¡Yo me he bañado como un león furioso en su propia sangre!...

Fué horrible lo que pasé por Sydi Juzef.

Se levantó rígido como un espectro maldito, extendió los brazos como hacia un objeto visible sólo para él, pero que debía ser terrible, retrocedió aterrado, dió un grito espantoso y cayó sobre el diván como un roble herido por el rayo.

Luego se oyó un ronquido sordo, espantoso, y después nada.

Aben-Balkin se lanzó sobre él, y retrocedió horrorizado,

Sydi Juzef estaba muerto, lívido, amoratado, negro, como los que mueren por una congestión cerebral.

CAPITULO IX

EN QUE SE VE POR LA PARTE DE ADENTRO AL SULTÁN SYDI-AHTMED

La situación en que se encontraba el fakí Aben-Balkin era fuertemente comprometida.

Había muerto en su casa un príncipe, un xe-

rife, un santón, respetado y venerado hasta la idolatría, no sólo en la comarca, sino en todo el imperio, tenido por sabio y santo, y pariente próximo del sultán.

Nadie le había visto morir; y el fakí temió no le atribuyeran aquella muerte repentina á un envenenamiento.

Aben-Balkin pensó en trasladar el cadáver á la cueva de la casa, sepultarle allí y guardar el secreto.

Pero Aben-Balkin no sabía si alguno, á pesar de la soledad en que aquel día había estado en su mezquita, habría visto entrar en ella al xerife, y se notaría por alguien que el xerife no había salido.

Aben-Balkin era además un buen hombre, y se rehizo con el valor que da la virtud.

Creía en Dios, tenía una gran fe, y acabó por convencerse á sí mismo de que Dios no podía abandonarle ni dejarle perecer como un criminal siendo inocente; en todo caso, sería un mártir, y Dios le abriría su Paraíso.

La virtud pudo más que el miedo con el fakí, y sin perder un momento se separó del cadáver, dejándole tal como había caído sobre el diván, cerró con llave la puerta de la sala, bajó las escaleras, salió de su casa, y trepando por algunas estrechas y pendientes calles, llegó á la cercana alcaza, y pidió hablar en nombre de Dios y como fakí de la mezquita de Sydi Ben Zeytun, al poderoso é invencible sultán de Marruecos, Sydi-Ahtmed.

Este, al oír el nombre del fakí, que por su virtud era muy respetado en la ciudad, mandó que inmediatamente le llevaran á su presencia.

El sultán y el fakí quedaron solos.

—¿Qué quieres del sultán, hombre de Dios, sabio doctor de la ley?—preguntó Sydi Ahtmed, alzando al fakí, que se había posternado á sus pies.

—Tengo la desgracia de traerte una muy mala noticia, invencible y poderoso señor—dijo aterrado y tembloroso el fakí.

—¿Han predicho las estrellas que mi reinado será corto, y que moriré á manos de traidor?—dijo sonriendo Sydi Ahtmed.

—Yo no he levantado figura ni he pretendido descifrar tu horóscopo, ni son desgracias tuyas las que vengo á noticiarte, Sydi.

—¿Qué sucede, pues?

—Un príncipe favorecido por Dios, un xerife

tu próximo pariente, un varón justo, un guerrero vencedor, un santo anacoreta...

—¿Es de mi primo Sydi Juzef de quien quieres hablarme?—dijo el sultán, cuyo semblante se nubló ligeramente.

—Sí, poderoso señor—respondió todo confuso Aben-Balkin.

—¿Y qué ha sucedido á mi noble y valiente primo, el ilustre xerife, el santo morabito Sydi Juzef?

—Esta mañana ha venido á rezar en mi mezquita, en la antigua casa del anacoreta Sydi Ben-Zeytun, la oración de adohar. Despues ha entrado en mi casa para tomar un refresco, ha visto una doncella, Saida Fatimatu 'l-Noemi, ha caído en furor, y ha sido herido por el arcángel Azrael (1).

—¡Ha muerto!—dijo el sultán.

Y guardó un silencio profundo, un silencio de espanto.

—¡Le ha herido la mano de Dios!—dijo al fin el xerife Ahtmed.

—Dios no hiere á los elegidos; los llama á su Paraiso—dijo Aben-Balkin.

El sultán guardó silencio; ese silencio particular que producen las situaciones excesivamente graves.

El semblante del sultán se encontraba en aquellos momentos algo turbado.

—¡Yo soy inocente!—dijo Aben-Balkin, esperando ver cuales pudieran ser los pensamientos de Sydi Ahtmed.

—¿Y quién te culpa, respetable fakt?—dijo el sultán.—Tu larga vida empleada en la virtud aparta de ti toda sospecha de crimen; pero ¿quién impedirá que habiendo muerto tan cerca de mí el terrible y el venerado xerife Sydi Juzef, no haya quien crea que sea mía la culpa de su muerte?

—¡Oh, escogido sultán de los creyentes! Y ¿quién se atrevería á suponerle culpable de tan infame acción?—dijo con acento inspirado el fakt.

—Dices que á la vista de una doncella que mora en tu casa, el xerife Sydi Juzef ha caído enfermo y ha muerto. ¿Quién es esa doncella?

—Esa doncella es Sayda Fatimatu 'l-Noemi, hija de la sultana Sayda-Gulnarah.

—¿Has conocido tú á Sayda Gulnarah?—dijo con asombro Sydi Ahtmed.

—Sí, poderoso califa.

—Pero Sayda Gulnarah fué arrojada al mar por su esposo, hace muchos años.

—Sayda Gulnarah vive.

—¡Que vive!—exclamó Sydi Ahtmed poniéndose pálido como un cadáver.

—Sí, noble sultán, vive; hace diez y seis años que vive oculta en mi casa, con su hija Sayda Fatimatu 'l-Noemi, que nació cinco lunas despues de la llegada de su madre á mi mezquita.

—¡Y allí ha muerto Sydi Juzef, al ver á su hija, á la hija á quien no conocía, á quien creía haber entregado con su madre á las implacables ondas del mar! ¡Oh, poderoso Señor, y cuán incomprendibles son tus decretos! ¡Cuán admirable tu sabiduría!

Y apenas dichas estas palabras, el sultán tomó un alquicel blanco, se envolvió en él de los pies á la cabeza, y cubriéndose el semblante, y entrando por una pequeña puerta, dijo á Aben-Balkin:

—Sígueme.

Bajó el sultán, seguido por Aben-Balkin, unas estrechas escaleras, llegó á un pequeño patio, llamó á uno de los kaides ó capitanes de su guardia negra, y dejándose ver por un momento de él, le mandó abrir un postigo de la alcazaba, que comunicaba con la ciudad.

Atravesaron el sultán y el fakt, silenciosos los dos, algunas pendientes y tortuosas calles, y al fin llegaron á la plazuela solitaria de la mezquita de Sydi Ben-Zeytun.

Abrió tembloroso la puerta Aben-Balkin, y Sydi Ahtmed, aunque encubierto, pasó.

Cuando estuvieron en el corredor, el fakt abrió la puerta de la sala.

Entonces se presentó á la vista del sultán el cadáver del terrible Sydi Juzef.

Sydi Ahtmed necesitó hacer un supremo esfuerzo para que no asomase á su semblante la alegría que le causó la vista del cadáver del formidable xerife.

Le acompañaba Aben-Balkin.

—¡Los tres en pocas horas!—murmuró de una manera ininteligible Sydi Ahtmed; ¿quién puede ya disputarme el imperio? Yo soy el último xerife. ¿Quién impedirá ya, muerto este león terrible, que Mirian sea mi esposa?

Y el contento de Sydi Ahtmed crecía.

(1) Arcángel de la muerte.

Y, sin embargo, Aben-Balkin creyó que el sultán sentía de una manera profunda la muerte de su pariente Sydi Juzef.

De tal modo, de una manera tan perfecta encubría el sultán su alegría bajo la tristeza aparente de su semblante.

—Dios lo ha querido—dijo Aben-Balkin, procurando consolar con estas palabras el dolor que suponía en el sultán.

—¡Resignémonos á la voluntad de Dios!—dijo Sydi Ahtmed, con acento triste y opaco.

Después se acercó al cadáver y le examinó.

No hay moro, especialmente si es de categoría elevada, que no tenga algo de médico.

Sydi Ahtmed se convenció por sí mismo de que nada tenía que temer de su tremendo primo; estaba muerto, sin que pudiera quedar al sultán la menor duda.

—Te ha muerto el remordimiento, asesino—murmuró el sultán—; Dios no podía dejar sin castigo tus crímenes; Dios no podía permitir el crimen de tu impureza por Mirian; ¡oh, Mirian será mía! ¡Yo la haré la sultana de mi alma y de mi imperio!

Después añadió en voz alta dirigiéndose al fakí:

—Es necesario honrar el cadáver de nuestro noble pariente y enviarle á Marruecos para que repose entre los sepulcros de los xerifes; que laven su cadáver, que lo embalsamen; yo enviaré las vestiduras que le convienen, y mañana se harán sus exequias delante de todo el ejército, al mismo tiempo que mi proclamación; salgamos y cierra la puerta; llévame á la presencia de mi hermana, la noble sultana Gulnarah.

Y salió.

Aben-Balkin, contento porque había echado de sí toda responsabilidad acerca de la muerte del xerife anacoreta de Ain-Al-Mokazen, cerró la sala donde quedaba su cadáver, y torciendo por un corredor, abrió otra puerta é introdujo á Sydi Ahtmed en un bellissimo retrete.

En él había tres mujeres, que se estrecharon las unas contra las otras, como para protegerse, al ver entrar otro hombre con Aben Balkin.

Dos de aquellas mujeres eran muy jóvenes, y miraban con espanto á Sydi Ahtmed, que se había cubierto completamente el rostro.

Eran Fatimatu'l-Noemi y Aydamarah, la hija del fakí.

La dama, que tenía entre sus dos brazos á las

jóvenes, y estaba en la posición de una leona, preparada á defender sus cachorros, era una mujer magnífica, que apenas contaría treinta años y que se parecía enteramente á Mirian y á Fatimatu'l-Noemi, y que era morena como esta última.

Pero sus formas, en vez de la ideal pureza de las de sus hijas, tenían la incitante morbidez de la madre, de la mujer; había más descuido, más desaliño en su traje y en su peinado, más fuerza y más dureza en sus magníficos ojos negros que amenazaban.

Era aquel grupo, de una mujer y de dos niñas, admirable por su expresión y por su situación.

Nada dijo Gulnarah.

Nada dijeron las dos jóvenes.

Ni un solo grito se oyó, aunque creyeron que con aquel hombre que entraba con Aben-Balkin se acercaba á ellas un peligro de muerte.

Durante algunos segundos, Sydi Ahtmed estuvo contemplando absorto, conmovido, á Fatimatu'l-Noemi, que salva la diferencia del color, le presentaba el retrato perfecto de Mirian.

Al fin extendió su brazo hacia Aben-Balkin y le dijo:

—Sal, aléjate; llama á las gentes necesarias para lavar y embalsamar su cadáver, y no vuelvas hasta que yo te llame.

Aben-Balkin se inclinó tres veces profundamente y salió andando para atrás, para no volver la espalda al sultán.

Este fué á la puerta y la cerró por dentro.

Gulnarah se puso de pie, cubriendo con sus dos magníficos brazos á Fatimatu'l-Noemi y á Aydamarah. Las dos eran sus hijas.

Lo que quiere decir que, siendo hija de Aben-Balkin Aydamarah, Gulnaran había sido amante de Aben-Balkin.

Este era un secreto que el fakí no se había atrevido á revelar á Sydi Juzef ni á Sydi Ahtmed.

El estar el sultán cubierto, el haber hablado con Aben-Balkin de un cadáver y el acto de encerrarse con ellas aquel desconocido, había aumentado la ansiedad maternal de Gulnarah.

Por eso se había puesto de pie y había cubierto con sus brazos á sus hijas.

Pero al volverse después de cerrar la puerta Sydi Ahtmed, se desenvolvió del alquicel y se dejó ver descubierto.

Guinarah palideció y se pintó se su semblante una expresión de duda, mezclada con una expresión de alegría.

Hacia muchos años cuando Gulnarah, muy joven aún, vivía con su padre en una vieja alcazaba, rodeada por los aduares de las fetoces kabilas habitadoras en las montañas de Daren; había conocido á su primo el xerife Ahtmed, que era muy joven y pasaba largas temporadas en la montaña, entregándose á la caza del jabali, á la que era muy aficionado el sultán.

Habían pasado diez y ocho años desde que no le había visto, y sin embargo le recordaba.

Pero los años y los sucesos habían desfigurado mucho á Sydi Ahtmed; cuando le conoció Gulnarah, apenas mostraba el bozo su labio superior, y al volverle á ver, una larga y poblada barba de color de oro ennoblecía su semblante; sus ojos habían adquirido una gran fuerza, habituados al horror del combate, y la costumbre del mando sobre feroces guerreros había dado esa altivez y esa arrogancia peculiares á los hombres nacidos para el trono, á sus actitudes y á sus maneras. Gulnarah, pues, dudaba y creía al mismo tiempo en sus recuerdos.

—¡Eres tú! ¡Tú, mi pariente, el sobrino de mi padre, el hijo del sultán Abd-Allah!—exclamó.

—Sí, mi hermosa prima, mi desventurada Gulnarah—dijo el sultán—; yo soy tu primo, el xerife Ahtmed-Abu-Abd-Allah; ahora y desde ayer soy el sultán de Marruecos.

—¡El sultán!

—Sí, ayer murieron en batalla Sydi Yahye-al-Almalek y Sydi Mohhanmed Abu-Abd-Allah.

—¿Pero vive el feroz xerife Sydi Juzef-al-Hayzari?—dijo con espanto Gulnarah.—¿Está aquí en esta misma casa?

—Nada tienes que temer de tu feroz esposo, Gulnarah; Dios le ha herido castigando sus crímenes; ese cadáver que hay que lavar y embalsamar es el del feroz xerife Sydi Juzef-al-Hayzari.

—¡Muerto!—exclamó con una expresión indefinible Gulnarah.—¡Muerto acaso por tí!

—No, muerto por el remordimiento; muerto por la mano de Dios.

—Dejadnos solos, hijas mías—dijo Gulnarah, besando á las dos jóvenes en la frente—; salid, nada tenéis ya que temer.

Las dos jóvenes salieron, mirando con asombro al sultán.

Sydi-Ahtmed cerró de nuevo la puerta y fué á sentarse en el diván junto á Gulnarah.

—Habla—la dijo.—¿Cómo es que vives? Yo te vi arrojar al mar, encerrada en un saco de cuero.

—¡Oh!—exclamó con horror Gulnarah; Sydi Juzef fué para mí injusto y cruel; Dios sólo podía salvarme y Dios me salvó; el saco en que iba encerrada no se sumergió, flotó sobre las olas, se alejó; yo me sentía arrebatar y oraba á Dios aterrada; empezaba á faltarme aliento, me ahogaba; de repente sentí que me levantaban, luego que me dejaban sobre un suelo que se movía; sentí después que rasgaban el saco y respiré aire fresco impregnado de los olores marítimos; vi en mis ojos la claridad de la luna y me desmayé. Después me encontré en un lecho; un moro de aspecto bravo, ya de edad avanzada, me contemplaba con compasión; aquel hombre era Shariar el marino, el pirata, que había encontrado abandonado á las olas el saco que me encerraba, que, no habiendo entrado en él agua, se había mantenido sobre las olas. Aquel hombre generoso cuidó de mí, y cuando estuve fuerte, le referí mi historia; entonces me dijo:

—Tu esposo es un hombre poderoso y terrible; éi te cree muerta, y es necesario que ignore que vives; yo no tengo casa ni aún choza sobre la tierra; mi casa es mi nave; tú no puedes vivir aquí, expuesta siempre á las tempestades y á los combates con los cristianos; yo te llevaré adonde vivas tan oculta que nadie sospeche tu existencia allí.

Y pocos días después se acercó una noche á tierra junto á Laraché, me metió en una silla de manos, y me trajo á Alcázar-Kivir, casa del faki Aben-Balkin, donde he encontrado la felicidad.

—¡La felicidad, prima!

—Sí, la felicidad, porque he encontrado el amor.

—¡Cómol! ¡Una sultana de la familia de los xerifes habrá sido la esclava, la manceba de un oscuro faki!

—Yo no soy la princesa Gulnarah—dijo ella con altivez contestando enérgicamente al desprecio y á la cólera con que Sydi Ahtmed había pronunciado sus últimas palabras—; la sultana Gulnarah murió para su familia, cuando abandonada por ella, calumniada por un miserable, maltratada por un esposo horrible, fué arrojada

al mar. Yo no tengo más familia que la que he encontrado después que la misericordia de Dios me salvó de aquella muerte horrible. Tú, que me dejaste perecer, ¿qué derecho tienes para pedirme cuenta de mis acciones, cuando me encuentras viva por un milagro de Dios?

—¿Pero cómo una mujer hija de ilustres padres, puede amar dos veces?

—Sólo he amado á Aben-Balkin.

—¿Qué! ¿No amaste nunca á Sydi Juzef?

—¿Es posible acaso amar á un lobo?

—Tú te mostrabas orgullosa de él.

—Mentía por no irritarle; me casó la voluntad de mi padre, y fingí para no irritar la ferocidad de mi marido.

—¿Y fué fingimiento también la hija que le diste?

—¡Oh! La naturaleza cruel, que hace que del vástago que la cuchilla ha cortado brote el fruto sabroso.

Y Gulmarah se puso pálida y miró con ansiedad á Sydi Ahtmed.

Este comprendió que no se atrevía á preguntarle por su hija; que temía que hubiese cometido contra ella algún terrible crimen el feroz Sydi Juzef.

—¡Mirian vive!—dijo el xerife, apresurándose á derramar aquel bálsamo de consuelo en el corazón de la madre.

—¡Que vive mi hija Mirian!—dijo con una alegría infinita, exhalando sus palabras de una manera inexplicable.—¡Vive! ¡Vive! ¿Y dónde?

—Cerca de aquí.

—¡Cerca de aquí! ¡En la ciudad!

—No, en el campo; en el morabito de Ain-Al-Mokazea.

—¡Con su padre!

—Sí. ¿Cómo sabes tú que el solitario de Ain-Al-Mokazen era el xerife Sydi Juzef?

—Le he oído nombrar muchas veces con veneración á Aben-Balkin.

—¿Y no sabe Aben-Balkin que Sydi Juzef era tu esposo?

—No; yo he guardado el secreto. ¡Pero mi hijal! ¡Mi hijal!

—No puedes ver á tu hija, Gulmarah.

—¡Que no puedo ver á mi hija, Sydi Ahtmed! ¿Quién puede impedirme que yo la vea?

—El sultán.

—¿Y qué interés tiene el poderoso sultán en que una madre no vea á una hija á quien no

ha podido olvidar, á quien ha creído muerta?

—Amo á Mirian, y Mirian será mi esposa.

—¡Ah!

—La esposa del sultán no tiene madre: su madre murió en las ondas del mar—dijo Sydi Ahtmed repitiendo las palabras de Gulmarah—; la esposa de un humilde fakí no puede ser la madre de la esposa del sultán.

—¡Oh! ¡La familia de los xerifes es una familia maldita!—exclamó con acento terrible Gulmarah.

—Es verdad—dijo Sydi Ahtmed—; es ser maldito practicar obras de maldad y caer en el eterno sueño, Gulmarah, llevando sobre sí la maldición de Dios; es terrible ser venerado como santo, y ser Satanás sobre la tierra... Llevar la miseria y la impureza hasta el extremo de amar á su propia hija.

—¡Oh!—exclamó Gulmarah con horror.—¡Y ella, la desdichada!...

—Es pura como el primer rayo del sol de la mañana. Sydi Juzef gemía sujeto á su voluntad; era el único poder que dominaba al terrible xerife: sin ella, Sydi Juzef hubiera sido una fiera nunca saciada de sangre; Mirian es un arcángel del séptimo cielo.

—¡Oh! ¡Quiero verla, quiero estrecharla contra mi corazón! ¡Soy su madre!—dijo Gulmarah, juntando las manos con la expresion de la más ardiente súplica.

—No, no: su madre murió en el mar—repitió roncamente Sydi Ahtmed—; la princesa Gulmarah ha desaparecido; sólo queda la esposa del fakí.

—¿A qué has venido entonces aquí?—dijo con altivez Gulmarah.

—A recoger el cadáver de mi pariente Sydi Juzef para darle honrosa sepultura en el panteón de nuestra familia, y á llevarme conmigo...

—¿A quién?—gritó Gulmarah, levantándose asustada del diván.

—A Fatimatu'l-Noemi, á la otra hija de Sydi Juzef, á la hermana de Mirian.

Gulmarah palideció densamente y tembló.

—Esa desdichada estaba aún en el seno de su madre cuando su madre fué arrojada al mar; ella murió conmigo... ella no existe más que para su madre.

—Esa doncella se parece demasiado á Mirian. Mirian será mi esposa; nadie más que yo tendrá á esa doncella, que es tan semejante á la que

dentro de muy poco tiempo será mi sultana.

—Es que las dos entonces son semejantes á mí—dijo Gulnarah—, y yo soy esposa de Aben-Balkin.

—¡Es verdad!—dijo fríamente Sydi Ahtmed—; entonces será necesario poner á Aben-Balkin donde no vea á nadie, donde no pueda hablar con nadie.

Gulnarah se dominó; no podía luchar frente á frente con el poderoso xerife. Se dobló y prefirió una lucha de astucia.

—Y bien—dijo—, sólo mi desgracia y mi aislamiento han podido traerme al poder de ese hombre; y en verdad, en verdad, que yo preferiría á volver á vivir en alcázares servida por esclavos...

Pronunció de tal manera Gulnarah estas palabras, que engañó á Sydi Ahtmed.

—Si tú consientes en seguirme con tus dos hijas—la dijo—, yo te llevaré á mi alcázar de Marruecos; vivirás en él como sultana al lado de mi anciana madre, y tus dos hijas casarán, como la adorada de mi alma, con altos príncipes; yo no puedo consentir que Mirian tenga bajos parientes.

—¡Oh, sí! Pero ¿qué haremos de Aben-Balkin?

—El fakt de los faktes del imperio es enemigo mío: su cabeza me pertenece; pondremos en su lugar á Aben-Balkin.

—¡Oh! Pues entonces, ¿por qué hemos disputado, Sydi Ahtmed? Tú obras como quien eres; al ser elevado al trono, quieres elevar á tus parientes: esto es muy natural. ¿Me permitirás ahora que vea á mi hija Mirian?

—Mañana, cuando yo haya hablado con ella, cuando ella haya abandonado para siempre el morabito de Ain-Al-Mokazen. Y adiós, Gulnarah; nos hemos encontrado de una manera que parece preparada por Dios, y nos separamos como únicamente debíamos separarnos: como buenos amigos.

—¿Te vas, señor?—dijo Gulnarah.

—Sí, es necesario; un sultán no tiene todo el tiempo que quiere. Muy pronto volveremos á vernos. Adiós.

Y Sydi Ahtmed salió dudando de la amistad de Gulnarah y dispuesto á arrostrar por todo, y Gulnarah se quedó llena de ansiedad temiéndolo todo de Sydi Ahtmed.

—Lo sé todo—dijo Sydi Ahtmed á Aben-

Balkin, que le esperaba respetuosamente al extremo del corredor.

—Perdón, señor—dijo el fakt—; Dios la trajo á mi casa, y el amor... la tentación... Yo sé bien que una tan alta princesa...

—Por alta que sea una princesa, bien puede ser esposa del fakt de los faktes del imperio.

—¡Cómo, señor!... ¡Yol!...

—Sí; tú serás mi gran fakt, porque voy á cortar la cabeza al que ahora lo es.

Sintió algo semejante á un sutil frío que pasaba por su garganta Aben-Balkin sólo al pensar en que iba á ocupar el puesto de un magnate descabezado por el sultán.

—Oye ahora—le dijo Sydi Ahtmed—: cuida del cadáver de mi primo Sydi Juzef; hazle amortar con las ropas que yo te enviaré, y cúbrelo de perfumes hasta mañana, mi buen fakt.

El sultán se rebozó en su alquicel, salió de la casa del fakt, se volvió por calles excusadas á la alcáza y entró en ella por el mismo postigo por donde había salido.

CAPITULO X

EN QUE SE TRATA DE UNA CONSPIRACIÓN EN QUE ENTRAN CUATRO MUJERES, UN PIRATA Y ALGUNOS SANTONES.

Lo que acababa de suceder era demasiado grave para que la casa de Aben-Balkin no quedase alterada.

Apenas salió el sultán, las dos jóvenes fueron á arrojarle en los brazos de su madre.

Gulnarah las abrazó y las besó llorando en la frente.

—El cuervo de negras alas y ronco graznido ha parado sobre nuestra casa, hijas mías—las dijo—; quieren separarnos.

Las dos niñas se estrecharon sobre el seno de su madre.

—¡Oh! ¿Qué ventural—dijo entrando en aquel momento Aben-Balkin.—¿A qué es ese llanto cuando la fortuna se ha sentado sobre nuestra casa? El sultán acaba de elegirme fakt de los faktes.

—¡Insensato!—exclamó Gulnarah—; el sultán tomará antes de mucho tu cabeza para que tu lengua no diga lo que tus ojos han visto; el sultán me separa de mis hijas, se las llevará porque son hermanas de Mirian, sí... sí... de vuestra

hermana Mirian de quien os he hablado tantas veces... y que vive cerca de nosotros... en el campo... no me interrumpáis... no tenemos tiempo que perder... escucha tú, Aben-Balkin, y cobra ánimo si quieres salvarte y salvar á tu esposa. ¿No estuvo en la batalla Yhaye-ben-Shariar?

—Sí, Gulnarah, sí—dijo Aben-Balkin, mientras Fatimatu 'l-Noemi, al escuchar el nombre que acababa de pronunciar su madre, se ponía encarnada como una amapola.—Yhaye-ben-Shariar estuvo con sus piratas, y se ha quedado con ellos en la ciudad para descansar algunos días y vender el botín que de la batalla ha traído. Esta mañana le encontré cuando amanecía mirando por las ventanas de vuestros aposentos, y Dios me perdone si no había una doncella mirándole tras las celosías.

Fatimatu 'l-Noemi volvió á ponerse vivamente encendida.

—¿Cuántos piratas tiene consigo Yhaye-ben-Shariar?—dijo Gulnarah.

—Treinta.

—¿A caballo!

—A caballo, y gente brava.

—Pues bien: busca al momento á Yhaye-ben-Shariar y tráelo.

—¿A qué!

—A qué.

—El primer hombre que ha entrado dentro de esta casa ha sido el anacoreta de Ain-Al-Mokazen.

—El segundo el sultán—dijo Gulnarah interrumpiendo á Aben-Balkin—; el tercero será Yhaye-ben-Shariar, el esposo de mi hija Fatimatu 'l-Noemi.

La niña se arrojó llorando de placer en los brazos de su madre.

—Sí, es necesario que esto sea; te ama y le ama, se lo debemos todo, primero á su padre, luego á él; busca, pues, al esposo de mi hija, Aben-Balkin, y vuelve al momento.

—¿Y si entre tanto vienen, como es posible, gentes del sultán?

—Por lo mismo no hay que perder tiempo; es necesario procurar que cuando las gentes del sultán vengan no encuentren á nadie.

La cólera del sultán será terrible si sabe que le desobedecemos, que queremos huir.

—El sultán te ha sentenciado ya, Aben-Balkin.

—El sultán ha podido prenderme y no lo ha hecho.

—El sultán no quiere que veamos tu sangre, porque yo soy madre de la mujer que ama, y Fatimatu 'l-Noemi es su hermana; pero pasarían pocos días sin que el veneno ó el cordón ó el puñal pusiesen de una manera silenciosa y oculta fin á tu existencia; créeme, Aben-Balkin, no tenemos otro medio que la fuga; ve á buscar á Yhaye-ben-Shariar.

Aben-Balkin no replicó más; le había convencido el razonamiento de Gulnarah.

Salió de la habitación, atravesó el corredor, cerró con llave la puerta del aposento donde estaba el cadáver de Sydi-Juzef, y poco después, fuera ya de la casa, caminaba á gran paso hacia el centro de la ciudad.

Al entrar en la plaza se encontró á un negro colosal que iba cargado con una silla de caballo.

—Yo conozco á este hombre—dijo para sí—; es uno de los piratas de Yhaye-ben-Shariar. ¡Ehl amigo—dijo al esclavo—, detente.

—No puedo detenerme, respetable faSí; vengo de componer esta silla y voy á reunirme con mi arraez; marchamos esta tarde.

—¿No es tu arraez el corsario Yhaye-ben-Shariar?

—Sí, por Dios, querido fakí. ¿Le conoces tú?

—Mucho, muchísimo, y necesito verle urgentemente.

—Pues ven conmigo, que no vive lejos.

Y el negro continuó su marcha á buen paso seguido de Aben-Balkin.

Llegaron al fin á un *fondak*, es decir, á un parador, á una gran casa llena completamente de gente de guerra que había acudido á Alcázar-Kivir, á consecuencia de la batalla del día anterior.

En el gran patio del fondak sólo se veían caballos trabados de una sola mano comiendo su pienso en el suelo.

En los zaquizamies, que no aposentos, que estaban alrededor de aquel inmenso patio, se veían grupos de gente que compraban á los soldados armas y despojos traídos del campo de batalla.

Había en el parador una animación especial.

El negro, cuando entraron en el patio, se fué á poner su silla á uno de los caballos, y dijo al fakí, señalándole un ángulo;

—Sube por aquellas escaleras y pregunta al primero que encuentres por el arraez Yhaye-ben-Shariar; todos le conocen. Adiós.

El fakí fué á aquel ángulo, subió unas estre-

chas escaleras, entró en un corredor y se dirigió apresuradamente á una puerta donde había aparecido un hermoso joven.

Contaría este joven, cuando más, veinticuatro años.

Era alto, esbelto y dotado al parecer de gran fuerza y agilidad.

Su semblante, ligeramente tostado, moreno, pálido, pero límpido, era hermoso por la regularidad de sus formas, por sus grandes y expresivos ojos negros y por sus anchas y largas cejas.

Estaba completamente afeitado, á excepción del bigote, y afeitada también la cabeza, que tenía descubierta á causa del calor, dejando ver únicamente en su parte superior una ancha y larga trenza negra.

Su traje, más que el acostumbrado en Marruecos, era un traje levantisco, un traje griego, pero riquísimo y bello.

Sobre una camisa de hilo blanca y fina, cerrada en el cuello, vestía otra camisa de seda azul, bordada sencillamente de negro y ceñida por una ancha y larga faja de seda de colores vivos á listas; una chaquetilla muy corta y muy ceñida, de mangas estrechas de terciopelo carmesí, bordada de plata y oro; unos calzones anchos ó zaragüelles de terciopelo del mismo color que la chaqueta, é igualmente bordados, sobre otros calzones de tela de hilo blanquísima; unos botines cubiertos de paño de grana, bordados de plata; unas babuchas redondas de marroquí encarnado, y sujetando las babuchas y los botines unas fuertes y enormes espuelas; en la faja tenía dos largas pistolas y dos guntas corvas, y pendiente de un tahalí del hombro derecho, un corvo alfanje ancho y corto.

Aquel joven tan hermoso, tan gallardo y tan rica y bellamente vestido, era el arraez pirata Yhayé-ben-Shariar.

Al ver al fakí que se acercaba á él apresurado, Aben-Shariar palideció de emoción; no acertaba para qué iba á buscarle Aben-Balkin,

—Dios te guarde, hijo mío—le dijo con voz dominada por su sobresalto el fakí.

—¿Qué sucede, padre, que me buscas agitado y como si se tratara de un asunto grave?—dijo Aben-Shariar.

—Grave, muy grave es el asunto que me trae, hijo mío—dijo el fakí—; pero entremos, entremos, que no conozcan que voy á decirte cosas que no pueden ser dichas donde otros las oigan.

Y se entró en el aposento á cuya puerta había encontrado al joven.

—Sepamos lo que sucede—dijo Aben-Shariar cerrando la puerta.

—¿Amas tú mucho á Fatimatu'l-Noemi?—dijo el fakí.

—Por el Dios grande y misericordioso, padre, que la amo como á mi alma—exclamó el joven poniéndose pálido, porque no sabía adonde el fakí iba á parar.

—Pues si la amas mucho, es necesario que te apresures para no perderla; es necesario que, amparados por ti, salgamos de aquella casa Fatimatu'l-Noemi, su madre, su hermana y yo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?—dijo con impaciencia, con energía y con mucho de amenazador el pirata.

—Porque el sultán quiere hacer princesas de su casa á mi mujer y á sus dos hijas, y á mí me ha prometido el puesto de fakí de los fakies.

—¿Ama el sultán á Fatimatu'l-Noemi?—dijo con la voz trémula de cólera.

—Yo no sé á quién ama ni á quién no ama; lo que sé es que Gulnarah quiere huir antes de que el sultán pueda impedirlo, y me ha enviado á buscarte para que nos ampares como si fueras de nuestra propia familia, porque Gulnarah te da por mujer á Fatimatu'l-Noemi, y yo te la también.

—¡Ah! ¡Xerife Sydi Ahtmed!—exclamó Aben-Shariar.—¡Aún no has puesto la planta sobre el trono y ya empiezas á ser tirano! ¡Pues guarda, guarda que el corsario no clave en ti sus garras!

Y abriendo violentamente la puerta salió al corredor, sacó de entre su faja un enorme silbato de marfil, un silbato de maniobras, y le tocó de una manera enérgica y particular.

Vióse al momento moverse en el patio y avanzar hacia sus caballos treinta negros tornidos, agigantados, vestidos exactamente como Aben-Shariar, pero con mucha menos riqueza.

Cada uno de aquellos hombres, además, llevaba sobre el pecho una fuerte coraza, un casco en la cabeza y una larga lanza al hombro.

En un momento los caballos estuvieron enfrenados y montados por seis jinetes, apareciendo en el centro del patio un pequeño pero lucido escuadrón.

Otro hombre, entretanto, moreno, tostado, fuerte, con la fisonomía completa de la raza berebere, había acudido y presentádose á su arraez.

—Pronto, Yezid, mi casco y mi coraza; recoge mis maletas, paga el hospedaje, y á caballo— dijo á aquel hombre Aben Shariar.

Yezid armó al corsario con un medio arnés de hierro grabado é incrustado de oro, cargó con dos maletas de cuero, y los tres, Aben-Shariar, Aben-Balkin y Yezid bajaron al patio.

Montó el corsario en un magnífico caballo, tomó una lanza y una adarga, hizo montar á su grupa al fakí, y Yezid, después de haber acomodado las maletas sobre los caballos de dos corsarios negros, montó y el escuadrón salió del fondak. Esta fuerza armada en situación de marchar no podía causar extrañeza alguna, puesto que muchos escuadrones semejantes habían salido de Alcázar-Kivir para dirigirse á sus aduares.

Aben-Shariar encaminó su escuadrón hacia la mezquita; pero, al llegar á una plazuela donde se alzaban las torres de una de las puertas de la ciudad, el fakí dijo á Aben-Shariar:

—Bueno sería que tu gente esperase aquí y que vinieses tú solo conmigo para no inspirar sospechas si por acaso hay alrededor de la mezquita gentes del sultán.

—Me parece acertado lo que dices—contestó el pirata.

Y desmontando y entregando la lanza y la adarga á uno de los corsarios, se encaminó con Aben-Balkin á la mezquita.

Apenas habían penetrado en el interior de la casa cuando se les presentaron las tres mujeres completamente envueltas en sus haikes.

—Marchemos al momento—dijo Gulnarah.

—¿Pero hemos de dejar aquí lo que poseemos?—dijo Aben-Balkin.

—Aunque poseyéramos un tesoro—dijo Gulnarah—, yo no me detendría á recogerle; marchemos, marchemos cuanto antes.

Y Gulnarah, seguida de sus hijas, rompió la marcha y salió de la casa.

—Cierra la puerta—dijo Gulnarah—y arroja la llave dentro.

Aben-Balkin cerró y arrojó la llave al interior por cima de la tapia.

Las tres mujeres, guiadas por Aben-Shariar y seguidas por Aben-Balkin, llegaron muy pronto al lugar donde esperaban los jinetes.

Montó Aben-Shariar y tomó á la grupa á Fatimatu'l-Noemi; Gulnarah cabalgó á la grupa de Yezid; Aydamarah á la grupa de uno de los piratas y Aben-Balkin á la de otro.

—Al morabito de Ain-Al-Mokazen—dijo Gulnarah.

Y tras estas palabras Aben-Shariar se lanzó al campo por la cercana puerta y tras él se lanzó su escuadrón.

Era el principio de la siesta, calurosa, sofocante, insoportable.

Fuera del morabito de Ain-Al-Mokazen no se veía una sola persona.

La puerta estaba cerrada.

Dentro Mirian, sentada al lado del lecho del herido, estaba inmóvil, pero con la expresión de la impaciencia y de la ansiedad.

El rey don Sebastián ó Gabriel de Espinosa, que no sabemos cuál de los dos fuese, había dado señales más marcadas de vida.

El latido de sus arterias era más fuerte y se notaba una débil respiración exhalándose por su boca entreabierta.

Mirian había esperado en vano á su padre y, cansada de esperarle, había enviado á Kaimo en su busca.

Kaimo había montado á caballo, había partido y aún no había vuelto.

Ayelah había ido á situarse á la entrada del bosque para ver si veía á lo lejos á Sydi Juzef y llamarle. Mirian, pues, había quedado sola con el herido.

Allá, en otro lugar del bosque, había quedado abandonado en la cabaña el expirante Francisco de Aldana y había muerto sin la conciencia de que moría, sucumbiendo á la fiebre negra.

Pasaban, pues, las horas y la impaciencia de Mirian y su ansiedad crecía.

De repente se abrió la puerta y apareció Ayelah.

—¿Viene mi padre?—dijo Mirian con el acento de quien espera con interés á una persona.

—No, no, señora; conmigo vienen tres damas que han llegado con algunos jinetes.

—¡Tres damas aquí!—dijo Mirian.

Y se lanzó fuera.

Gulnarah, al verla, se descubrió, quiso hablar y no pudo, devoró con una ansiosa mirada á su hija y se arrojó sobre ella y la abrazó sollozando.

Mirian había sentido una conmoción violenta; se había visto á sí misma en Gulnarah; además, Fatimatu'l-Noemi, que se había descubierto también, le había dejado ver por completo su imagen, con la sola diferencia del dulce color moreno de su semblante.

—¡Oh! ¿Quiénes sois?—dijo alentando apenas Mirian.

—¡Yo soy tu madre!—respondió Gulnarah.

—¡Mi madre tú! Mi madre murió.

—No, no murió, á despecho de tu padre que la entregó á las ondas del mar.

—Mi padre me ha dicho que mi madre murió al darme á luz.

—Mintió tu padre por no horrorizarte con una historia de crímenes; yo soy la princesa Sayda Gulnarah, la esposa del xerife Sydi Juzef-Abdel-Azis-ben-al-Hhayzari, tu padre.

—Y yo, hombre de Dios, doctor de la Ley—dijo Aben-Balkin, que había llegado con las tres mujeres—, te lo afirmo tomando por testigo al Señor.

—¡Oh, mi madre, mi hermana!—dijo Mirian, pasando una mirada atónita de la una á la otra.—Y esa joven... ¿es también hermana mía?

—Esa joven es mi hija—dijo Aben-Balkin, que iba prevenido.

—¿Y á quién buscas, señora? ¿Buscas acaso á mi padre?

—No, tu padre no volverá, Mirian.

—¡Que no volverá!

—No.

—¿Pues qué ha sucedido á mi padre?

—Tu padre ha partido muy lejos.

Mirian se puso pálida y tembló.

Había adivinado lo que había sido de su padre en la turbación, en la mirada, en la expresión de Gulnarah.

—Venid, venid—dijo.

Y asió á su madre de la mano y la llevó al adoratorio del morabito.

—Jurad—dijo con voz terrible—, jurad en este lugar santo, sobre la tumba del justo anacoreta aquí enterrado y ante la cólera del Señor fuerte y vengador, jurad que ninguna parte tenéis en la muerte de mi padre.

—Lo juro—dijo con voz firme, sonora y tranquila Gulnarah—, lo juro por mi alma y por el alma de mis hijas.

Y yo, doctor de la Ley, pongo por testigo á Dios de nuestra inocencia, y llamo sobre nuestras cabezas su justicia si mentimos.

—¿Pero cómo, dónde ha muerto mi padre?—dijo con desesperación Mirian.

—La mano del Señor le ha herido de repente en mi casa al ver ante sí una hija suya á quien no conocía, cuya existencia no sabía; el xerife

se ha convencido de la inocencia de su esposa; le ha herido su crimen y ha muerto de remordimiento tocado por el rayo de Dios.

—Esa, esa debe ser la gota de sangre de que hablaba anoche el xerife Ahtmed—dijo Mirian con desesperación.

—¡El xerife Ahtmed!—repitió Gulnarah.—¡El sultán de Marruecos! ¡He aquí que nosotras venimos huyendo de él!

—¡Huyendo de él!

—Sí, quiere arrastrarnos consigo, hacernos sus esclavas.

—¡Miserable!—exclamó Mirian. ¡Y cuando el Señor me hiere con la muerte de mi padre, ese cobarde se atreve á vosotras! ¡A mí! ¡Oh! ¡Se engaña! ¡Mi padre ha muerto! Pues bien: yo ocupo su lugar en el morabito de Ain-Al-Mokazen. ¡Yo seré la terrible ermitaña contra la cual se estrellará el poder del sultán! ¡Kaimol! ¡Kaimol!—gritó Mirian.

—Kaimo no está aquí, Sayda—dijo Ayelab—; ha ido á buscar por tu mandato al xerife.

—¡Ah, es verdad! y es necesario no perder tiempo; es necesario llamar á todos los ermitaños de los alrededores; es necesario que nuestras kabilas rodeen el morabito de Ain-Al-Mokazen; es necesario que empiece desde este punto del Africa la guerra contra el sultán.

—Pues bien: no hay necesidad de perder un solo momento—dijo Aben-Balkin; con nosotros viene un valiente corsario con los jinetes con que estuvo ayer en la batalla.

—¿Y dónde está ese hombre?—dijo Mirian?

—Voy á avisarle, y al momento estará ante ti.

Y Aben-Balkin partió á gran paso, y muy pronto se perdió entre los árboles,

—Nada temais—dijo Mirian á su madre y á sus hermanas—; dentro de poco tendremos á nuestro alrededor un ejército, y nadie se atreverá á llegar hasta nosotros; todo el poder del sultán se estrellará contra el morabito de Ain-Al-Mokazen; la hija del xerife Sydi Juzef ocupará su lugar; esperad.

Y Mirian, pálida, convulsa, excitada por las terribles impresiones que acababa de recibir, entró en el morabito dejando, fuera á Gulnarah, á Fatimatu'l-Noemi y á Aydamarah, que se sentaron abatidas bajo la sombra del emparrado.

Mirian había cerrado la puerta del morabito temerosa de que viesan á su herido.

No tardó mucho en volver Aben-Balkin.

Junto á él, á pie, bello, altivo y aun pudiéramos decir que majestuoso, venía el joven pirata Aben-Shariar.

El sol brillaba sobre su casco redondo, sobre su coraza, sobre sus armas, de una manera fuerte y de una manera más blanda, más mate sobre los bordados de oro de su traje.

Venía en paso reposado hablando con gran calor é interés con Aben-Balkin.

Detrás de ellos venían los treinta piratas negros á caballo, uno de los cuales llevaba el caballo y la lanza de Aben-Shariar.

Poco antes de llegar á la puerta, Aben-Shariar mandó detenerse y desmontar á los piratas, y adelantó con Aben Balkin hasta donde estaban la madre y las hermanas de Mirian.

—¿Dónde está la hermosa y noble señora de este morabito?—dijo Aben Shariar al ver que las tres damas á quienes tanto conocían estaban solas.

En aquel momento, y antes de que Gulnarah pudiese contestar, se abrió la puerta del morabito, y apareció Mirian en su dintel como una magnífica figura que apareciese de repente sobre un fondo oscuro.

—¡Oh!—exclamó retrocediendo asombrado el pirata.

Mirian permaneció inmóvil en la puerta.

Ya la hemos visto una vez cuando fué con su padre la noche antes al campamento de Sydi Ahtmed, bellamente ataviada con vestiduras de princesa.

Pero en aquel momento apareció con mucho más lujo.

El turbante verde que ceñía con suma elegancia su cabeza estaba completamente bordado con piedras preciosas y perlas; su manto negro era de brocado de oro; la ancha túnica que la cubría desde los hombros hasta los pies, de brocado de plata, blanquísimo y deslumbrante; gruesas gargantillas de perlas abultaban su hermoso cuello, y sus arracadas y sus brazaletes, cuajados de gruesos rubíes, era de un valor inmenso.

Sus dos anchas y magníficas trenzas negras se cruzaban sobre su seno, tocando casi con sus extremidades al suelo.

Estaba excitada, pálida, sombría, y esto aumentaba la fuerza de su hermosura. Parecía una gran reina de los antiguos tiempos, evocada y arrancada de su tumba por un conjuro.

Aunque era completamente parecida á su ma-

dre y á su hermana Fatimatu'l-Noemi, sin que la diferenciásemos de ella más que la edad en la primera, y el color moreno de la segunda, en aquella situación se diferenciaba de ellas completamente, tal la transformaban la terrible expresión de su semblante, su densa palidez, lo sombrío de su mirada y las deslumbrantes vestiduras que la cubrían.

Era, por su aspecto y por su traje, una sultana maravillosa, de la familia del Profeta y de la raza de los almoravides.

—¿Quién eres?—dijo mirando profundamente al pirata.

—Sayda, yo soy tu siervo—dijo, inclinando su cabeza con un bello movimiento de respeto el joven corsario.

—¿Y cómo se llama mi siervo?—dijo, sin alterar su acento dominador, grave y firme Mirian.

—Me llamo Shariar, hijo de Shariar.

—No conozco tu nombre; ¿qué has hecho tú para que tu nombre salga de la oscuridad?

—Mi goleta lleva el terror á la playa de los nazarenos; ellos conocen bien el nombre del corsario Shariar.

—Es fácil sorprender una playa indefensa y desarmada, y arrebatar á las mujeres y á los niños; un pirata es una zorra que cae sobre su presa dormida; yo quiero un león que luche con el tigre y que le venza.

—Yo seré fuerte hasta morir, Sayda.

—¿Contra el sultán?

Vació Aben-Shariar.

—El sultán es fuerte y vencedor—dijo—; el Moghreb entero se prosterna ante él y sigue su bandera, mientras mi ejército está aquí conmigo, sultana; ¿y qué pueden hacer esos pocos leones contra un ejército innumerable de tigres?

—Yo soy la hija del xerife morabito Sydi Juzef-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzarí; su nombre llena la tierra; su espada hacía temblar á sus enemigos; si él hubiera querido el trono del imperio, nadie se hubiera atrevido á disputárselo; pues bien, yo, que soy su hija; yo, que como él, soy parienta del Profeta; yo, que le heredo, yo me proclamo ante ti sultana de Marruecos, contra el miserable xerife Sydi Ahtmed; yo soy también xerife; yo soy la sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-Abd-el-Azis-ben-al-Hhayzarí.

—Un ejército, sultana, un ejército, y yo combatiré de poder á poder contra el sultán Sydi Ahtmed.

—¡Un ejército!—dijo Sayda Mirian—; pues bien, que tus esclavos se extiendan alrededor del morabito de Ain-Al-Mokazen; que rápidos como el relámpago, lleven mis palabras á los ermitaños de los morabitos circunvecinos; oye lo que tus esclavos dirán á esos ermitaños:

—Espera, espera, sultana, que mis corsarios oigan tus órdenes de tu misma boca—dijo Aben-Shariar.

Y luego añadió, volviéndose á los suyos:

—¡A mí, bravos tigres del mar! Acrcáos y oid lo que va á ordenaros la alegría del cielo, la hermosura de las hermosas, la ilustre de las ilustres, la poderosa sultana Sayda Mirian-ben-al-Hhayzari.

Los piratas, causando ese ruido especial, áspero, estridente de los hombres de guerra cuando se mueven, adelantaron en círculo con las lanzas al hombro y los caballos tras sí.

Todos aquellos grandes ojos negros, que brillaban en aquellos semblantes parecidos en el color y en la brillantez al ébano pulimentado, se fijaron con la expresión del amor y del deseo que causa una gran hermosura, en el pálido y grave semblante de Mirian.

—Apenas acabéis de escuchar mis palabras—dijo la joven con un acento semejante al del caudillo acostumbrado al mando—, montareis á caballo y partireis á la carrera y esparcidos á los morabitos circunvecinos; en el uno os darán señales y gutas para que lleguéis á los otros; oid lo que diréis á los santos ermitaños: —El xerife Sydi Juzef-Al-Hhayzari os saluda, y os manda que en el momento acudáis al morabito de Ain Al Mokazen, llevando con vosotros cada cual vuestra kábila y vuestra bandera; al salir de la luna os espera en Ain-Al-Mokazen el santo xerife Sydi Juzef.—Esto diréis; conservarlo bien en la memoria. Ahora, partid.

—¡Partid!—repitió con voz vibrante Aben-Shariar.

En un momento los corsarios negros estuvieron á caballo y se lanzaron en tropel rápidos como un torbellino, por la salida de la pradera.

Sólo quedó allí Yezid con el caballo y la lanza de Aben-Shariar.

Apenas habían desaparecido, apareció Kaimo.

Su caballo venía fatigado, sudoroso, y el buen servidor traía en su semblante las señales del más profundo abatimiento.

—En vano he buscado al noble xerife—dijo,

llegando hasta Mirian, y como si no hubiera reparado absolutamente en las personas que le acompañaban—; he preguntado en los morabitos y en los aduáres, y ninguna noticia me ha dado; alguna desgracia ha acontecido al xerife.

—Bien—dijo Mirian—; vete á cuidar del cristiano enfermo que está en la cabaña del bosque.

—Ese hombre ha muerto, señora; voy á enterrarle en la fosa que me mandó abrir para él el xerife.

Brilló un relámpago sombrío en los ojos de Mirian.

—¿Ha muerto por la mano de Dios—dijo—ó por la mano del hombre?

—La mano del Señor le ha herido, Sayda—contestó Kaimo.

—Hágase la voluntad del Señor—dijo Mirian, alzando los ojos al cielo—; ¡ha muerto! ¿Quién me dirá ahora el nombre del amado de mi alma?

Nadie pudo entender estas últimas palabras de Mirian.

Luego adelantó hacia su madre, hacia sus hermanas; las abrazó en silencio y las besó, dejando caer sobre su semblante sus lágrimas.

Después, separándose de sus brazos, las dijo:

—Kaimo, mi esclavo levantará para vosotros la gran tienda de caza de mi padre; él os servirá; dejadme que yo me oculte en la soledad con mi dolor y mi padecimiento.

Y besándolas y abrazándolas de nuevo, entró en el morabito y cerró la puerta.

Mirian evitaba que nadie viese á su herido.

La enamorada joven, porque enamorada estaba del personaje misterioso que yacía postrado en el morabito, sin despojarse de una sola de sus galas, se acercó al lecho del herido, se recluyó junto á él y le examinó cuidadosamente.

Un agudo grito de alegría salió del pecho de la joven.

El herido permanecía inmóvil, sin sentido; pero era mayor el calor de su piel, algo más fuerte el latido de sus arterias; Mirian, á quien su padre había enseñado lo que sabía, que más de una vez había curado las heridas de su padre hechas, no por los hombres, porque nadie en Marruecos se hubiera atrevido á levantar la mano contra el venerado xerife ermitaño de Ain-Al-Mokazen, sino por el jabalí, por el león y por el tigre, que ninguna veneración sentían hacia el santo anacoreta, era una curandera bastante práctica; tenía además una imaginación privile-

giada, y con ella esa intuición del genio, que revela de una manera práctica, pero que aún no se ha podido razonar, y esta intuición la dijo que podía tener esperanza.

Esta esperanza fué un maravilloso bálsamo de consuelo para el corazón de Mirian, profundamente dolorido por la muerte de su padre, á quien amaba, á pesar de comprender el terrible, el maldito amor que por ella había sentido Sydi Juzef.

El amor en que Mirian ardía por aquel hermoso mancebo que yacía en el lecho, rey ó vasallo, señor ó esclavo, llenaba por completo el alma de la joven.

Se había sentido arrastrada hacia él, desde el momento en que había oído hablar de él á Francisco de Aldana; había querido verle y le había visto, duplicado, por decirlo así, en el campo de batalla de Alcázar Kivir y en la tienda de honor del campamento de su primo el sultán de Marruecos.

El cadáver que había visto en el campo de batalla, nada había dicho á su corazón; pero cuando vió el cuerpo guardado en la tienda del campamento, su corazón se estremeció con su primer latido de amor.

Y en tantas horas á su lado, contemplándole con ansiedad, observándole, deseando ver una señal decisiva que la hiciese confiar en que no se apagaría su vida, en que vería sus ojos fijos en los suyos, llenos de amor y de dulzura, hablase elevado el amor de Mirian hacia aquel desdichado al gran límite á que podía elevarse su amor.

Mirian no podía amar ya más de lo que amaba á su herido.

Por eso al notar que la fuerza de su vida crecía, la alegría de Mirian se sobrepuso por un momento á todo; pero después no pudo menos de recaer en su verdadera situación: su padre había muerto de una manera misteriosa é inesperada; de repente se la había presentado su madre, á quien creía muerta, trayendo consigo á una hermana suya á quien no conocía. El sultán Sydi Ahtmet la amaba, era poderoso, y su madre y su hermana se la habían presentado huyendo de él.

El sultán debía verla aquella misma noche.

Estaban citados.

Mirian, protegida por su padre, no había temido dar una cita al sultán.

Necesitaba que Sydi Ahtmed le dijese qué gota de sangre era aquella que caía continua-

mente sobre la conciencia de su padre y que le había vuelto loco.

El sultán podía venir solo á la cita, ó habiendo variado las circunstancias, podía presentarse como sultán en el morabito de un momento á otro, antes de que pudiese ser protegida por nadie.

En tal caso ella corría el peligro de ser arrastrada por el sultán á la triste posición de esclava, y el hombre de su amor podía ser sacrificado por el recelo del sultán.

La joven creyó que no debía perdonar precaución alguna para proteger la vida de su amado.

Podía suceder muy bien que, muerto Sydi Juzef, ella no tuviese como hija suya el mismo prestigio que sobre los santones y las kábilas del imperio había tenido su padre, y que la voluntad del sultán fuera generalmente acatada.

En tal caso, Mirian no tenía otros medios de protección para su herido que su sentencia de muerte.

Hay en toda casa árabe un lugar fanáticamente respetado, un lugar inviolable que nadie se atrevería á profanar, ni el amante más enloquecido, por el temor de manchar la pureza de la mujer amada.

Este lugar es el aposento de una doncella.

Le protegen á un mismo tiempo las leyes, la religión y las costumbres.

Mirian, pues, se decidió á poner á cubierto en el misterio de su aposento al herido.

Nadie sabía que hubiese tal herido allí, más que Kaimo y Ayelah, y Mirian estaba segura de la ciega fidelidad de sus dos esclavos.

Se veía desamparada de toda fuerza contra la voluntad, contra el poder, contra la tiranía del sultán; la quedaba el amparo de engañarle, de confiarle, de ganar tiempo, de esperar la ocasión de un descuido y probar una fuga.

Nunca somos más activos que cuando nuestra actividad proviene de una ardorosa aspiración de nuestra alma.

Mirian entró en su aposento, ayudada por Ayelah, hizo en él un lecho con la parte de los almohadones del diván que habían quedado después de haber hecho con los restantes el lecho en que se encontraba el herido.

Luego volvió junto á éste, y ayudándole Ayelah, le condujo con gran cuidado á su aposento.

Después, la señora y la esclava quitaron los almohadones que habían servido de lecho al he-

ruido en aquel lugar, y los pusieron en el aposento de Mirian: exhaumaron aquel lugar, para que perdiera el olor á enfermo, y solo quedó el desnudo aposento de Kaimo, con la estera de palma y la espingarda, las pistolas y el yatagán del esclavo colgados de la pared.

Después Mirian trasladó á su aposento los bálsamos que debían servir para completar la curación del herido, y hecho esto, mandó á Ayelah que llamase á Kaimo.

Cuando éste hubo venido, Mirian encargó á los dos esclavos el más profundo secreto acerca de la existencia del cristiano en el morabito, y la doble puerta del aposento de Mirian se cerró, para no dar paso más que á ella y á Ayelah.

El sultán Sydí Ahtmed podía sobrevenir cuando quisiese y en cualquier disposición de ánimo respecto á Mirian.

Mirian estaba preparada y salió del morabito para esperar á los santones y á las kábilas, y para dar con su presencia expansión al alma de su madre.

Pero salió conservando las vestiduras que se había puesto para aparecer ante Aben-Shariar.

El tiempo que pasó desde entonces hasta que cerró la noche le consagró Mirian á su madre y á sus hermanas.

Hubo una recíproca manifestación de historias, de lágrimas, caricias, proyectos, expansiones deliciosas del espíritu en medio de una fría ansiedad por el porvenir.

Entretanto, el fakí Aben-Balkin y el corsario Aben Shariar habían estado hablando acaloradamente acerca de la situación gravísima en que se encontraban.

Apareció al fin la luna llena sobre el horizonte.

Era la hora prefijada á los santones circunvecinos para presentarse en el morabito de Ain-Al-Mokazen.

Mirian salió de la tienda donde había permanecido hasta entonces con su madre y sus hermanas, y entró en el adoratorio del morabito.

La lámpara de siete luces estaba encendida.

A su luz se veía el estandarte real de Portugal colgado de la bóveda, y sobre él el arnés del alférez mayor que colgaba de un ángulo.

En otro ángulo había un diván, y sobre él se sentó Mirian, segura de que no tardarían en llegar los santones.

Aben-Balkin tenía el encargo de recibirlos

cuando llegasen, y para ello se había apostado con Aben-Shariar en la entrada del bosque sobre la vertiente de la colina.

No tardó mucho en oírse un confuso rumor de hombres que hablaban, de caballos que marchaban.

Se vió á lo lejos á la luz de la luna gran turba de jinetes que fué aproximándose y dejándose ver á cada momento de una manera más detallada.

Al fin adelantó á rienda suelta un grupo de jinetes, que llegaron con rapidez hasta el lugar donde esperaban Aben-Balkin y Aben-Shariar.

Eran diez de los corsarios negros, que dieron parte á su señor de que con ellos ventan quince santones y treinta kábilas, componiendo un ejército de cerca de cuarenta mil hombres.

Asombróse de la rapidez con que toda aquella gente se había reunido Aben-Shariar, y uno de los corsarios le dijo:

—No te asombres, señor; íbamos todos nosotros juntos para tomar distancia y desde allí esparcirnos á la redonda por todos los aduares que encontráramos, cuando á dos leguas hacia el Levante vimos sobre una cumbre un hermoso morabito. Llegamos hasta él y salió á nuestro encuentro un santón de larga barba blanca y de un aspecto venerable.

—¿Qué buscáis por aquí?—nos dijo.

—Entonces yo respondí: el xerife Sydí Juzef-al-Hayzarí nos envía á ti y á todos los hombres de Dios de la comarca; el xerife manda que estéis en su morabito con vuestras kábilas esta noche á la salida de la luna; sábelo, y Dios te guarde; nosotros vamos espaciados desde aquí para manifestar lo mismo á los hombres de Dios que encontremos.

—No hay necesidad ne que vayáis—dijo el hombre de Dios—; yo llamare desde aquí á todos mis hermanos, que acudirán con sus kábilas con la misma prontitud conque acudieron ayer para ir á la batalla, con el excelso y venerable xerife Sydí Juzef (Dios sea con él.)

Y el hombre de Dios subió á lo más alto de su morabito, hizo llamaradas y señales, y al momento otras llamaradas y otras señales contestaban del llano y de las alturas en muchas leguas á la redonda.

—¿Pero el sultán habrá visto desde Alcázar-Kivir esas llamaradas y esas señales?—dijo Aben-Balkin.



—¿Y qué me importa—contestó con alegría Aben-Shariar—, si el ejército del sultán está ya muy lejos y no tiene en Alcázar-Kivir más que dos mil caballos?

—¿Y son cuarenta mil los que vienen de las kábilas?—dijo Aben-Balkin.

—Y acudirán muchos más—dijo el corsario que llevaba la palabra—; porque los que están más distantes no pueden llegar tan pronto.

—He aquí los restantes de los míos que llegan—dijo Aben-Shariar.

En efecto, otros veinte jinetes negros llegaron en aquel momento.

—Id—les dijo el pirata—, id y dad la guardia á la entrada del morabrito, á la poderosa sultana Sayda Mirian.

Los treinta jinetes entraron por la senda que entre los árboles conducía al morabrito.

Poco después quince santones, á caballo los unos, á pie los otros, llegaron sucesivamente á vanguardia de la multitud armada que los seguía.

—La alabanza á Dios—dijo Aben-Balkin saliendo al encuentro y dando su mano al más viejo de los santones.

—Dios sea contigo y con tu compañero—dijo el santón—; pero ¿dónde está el noble xerife Sydi Juzef?

—El xerife no puede salir á recibirnos—dijo Aben-Balkin—: Dios no lo quiere; pero os espera su hija le hermosa sultana Mirian.

—¿Y qué sucede que así se nos ha mandado venir con nuestras kábilas?—dijo otro de los santones.

—El santo morabrito de Ain-Al-Mokazen está amenazado, hombres de Dios—dijo Aben-Balkin.

—¿Y quién se atreve á tanto?—preguntó con energía otro de los santones.

—El nuevo sultán Sydi Ahtmed.

—¡Ahl! ¿Pues qué, no seguro aún en el trono, se atreve á ser tirano?—exclamó el más viejo de los santones.

—La sultana Mirian os espera—dijo Aben-Balkin—; venid conmigo; ella mejor que yo os informará de lo que sucede y de lo que desea.

Y acompañado de Aben-Shariar, tomó por el sendero adelante en dirección al morabrito.

Los treinta jinetes de Aben-Shariar daban la guardia delante del morabrito, á caballo con lanzas afianzadas, y extendidos en ala.

Aben-Balkin, Aben-Shariar y los quince santones, pasaron por entre los corsarios negros y llegaron y la puerta del morabrito.

En su adoratorio, sentada sobre un diván y deslumbrantemente vestida, estaba Mirian.

El estandarte real de Portugal la servía como de pabellón de su trono.

—Entrad, hombres de Dios, entrad—dijo Mirian á los santones que habían aparecido en la puerta.

Entraron éstos y se extendieron á ambos lados de la sepultura del anacoreta anterior á Sydi Juzef y se prosternaron, no sabemos si por respeto á la santidad del lugar, ó por homenaje á Sayda Mirian.

Durante algún tiempo se les sintió orar prosternados.

Después se pusieron de pie, y sin hablar una sola palabra, miraron todos atentamente á Mirian como esperando que ésta les hablase.

Al fin la joven rompió el silencio.

—Santos anacoretas—dijo Mirian—; os he llamado en nombre de mi noble y poderoso padre, para comunicaros tristes noticias.

Marcóse una profunda atención en los semblantes de todos los santones.

—¡Mi padre ha muerto!—dijo Mirian poniéndose de pie, pálida y conmovida.

Resonó un murmullo de sorpresa y de espanto entre los santones.

—¿Y cómo, cómo ha muerto el noble xerife?—dijo el más anciano—; ayer salió sano y salvo de la batalla; aún le quedaban largos años de vida.

—No sé si ha muerto herido por la mano de los hombres ó por la mano de Dios—dijo Mirian.

—¿Y dónde están sus venerables restos, sultana—dijo uno de los santones.

—En Alcázar-Kivir, en poder del sultán Sydi Ahtmed.

—¡Oh! El sultán nos entregará los restos de nuestro padre para que los honremos—dijo el más anciano.

—El sultán es violento y tirano—dijo Mirian; el sultán quiere arrebatar me contra mi voluntad de este morabrito, y hacerme violentamente su esposa.

Rugieron de indignación los anacoretas y agitaron convulsivamente sus espingardas.

—Por eso os he llamado con vuestras kábilas—dijo Mirian.

—Nadie se atreverá á tocar á tu túnica, sultana.

—Nadie profanará á la hermosa doncella.

—A tu lado estaremos todos.

—Guerra contra el sultán.

Y estas palabras amenazadoras, terribles, rugientes, fueron pronunciadas al mismo tiempo por los ancianos.

—Sí, ¡guerra contra el xerife!—gritó Mirian.

—¡Guerra!—repitieron los santones.

—¿Y á quién aclamaremos sultán, muerto tu padre?—dijo el santón más anciano.

—¡Yo me proclamo entre vosotros sultana!—dijo con suprema altivez Mirian.

—¡Tú!—exclamaron con asombro todos.

—Yo, sí. ¿Acaso si mi padre hubiera querido subir al trono del imperio se hubiera atrevido nadie á oponerse?

—No; nadie.

—¿Y no soy yo heredera de mi padre?

—Sí.

—Pues bien, yo heredo su poder; las kábilas del imperio se levantarán á mi voz como si las llamara la voz del xerife Sydí Juzef.

—Sí, sultana; todos pelearemos por ti en el campo contra Sydí Ahtmed. Pero ¿quién será tu esposo?

—El que venza al frente de mis kábilas—dijo Mirian.

Cada uno de aquellos santones concibió una esperanza ambiciosa; cada uno de ellos podía ser el vencedor, y, en tal estado, recibiría por premio la mano de la hermosísima Mirian y el trono de Marruecos.

La guerra civil estaba ya encendida por esta tentadora promesa de Mirian.

—Pero nos falta oro—dijo uno de ellos.

—Yo tengo los inmensos tesoros de mi padre—dijo Mirian—; mañana tendréis todo el oro necesario.

—¡Que Dios ensalce á la poderosa sultana Mirian!—dijo el más anciano de los santones.

—¡Alabanza á Dios y homenaje á nuestra esclarecida sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-ben-Abd-el-Azis-ben al-Hhayzar!—exclamaron todos en coro.

Y se prosternaron, después de lo cual fueron tocando la orla inferior de la túnica de Mirian y besándose la mano con que la habían tocado.

—Yo acepto vuestro homenaje—dijo la joven—, y desde ahora empiezo á daros órdenes

como señora. ¿Cuánta gente ha venido con vosotros?

—Todas las kábilas en cuatro leguas á la redonda: cuarenta mil combatientes, de los cuales veinte mil van á caballo.

—Predicad la guerra santa y haced que la prediquen los otros anacoretas del imperio.

—El grito de guerra zumbará mañana por toda la extensión del imperio.

—Sydí Ahtmed está con poca gente en Alcázar-Kivir—dijo Mirian—; su ejército ha partido esta mañana para Fez; la artillería de los xerifes y la de los portugueses están en Alcázar-Kivir; apoderaos de ella; pero... esperad á mañana; esta noche el sultán Sydí Ahtmed hablará conmigo; le espero; si cede, si, respetando la memoria de mi padre, deja de subir al trono, si se aleja del imperio, vaya en paz: evitemos si es posible el derramamiento de sangre; pero si se obstina... la guerra entonces... la guerra sin tregua ni perdón: que Dios dé la victoria á quien sea su voluntad.

—Sydí Ahtmed no cederá y tendrá lugar de escapar—dijo el santón más anciano.

—Cumplamos con nuestro deber evitando el derramamiento inútil de sangre; ahora bien: en el bosque que rodea este morabito, por la parte opuesta al río Mokazen, bien pueden ocultarse cuarenta mil hombres; que se oculten, que por ningún indicio pueda advertirse que cerca del morabito hay un ejército; partid y esperad á que yo os llame.

Los santones se prosternaron de nuevo y salieron.

—Tú, pirata—dijo Mirian á Aben-Shariar que permanecía allí—: oculta también tu gente; pero está atento; vete con el fakt; dentro de poco yo avisaré.

Mirian se quedó sola, salió del adoratorio entró en su aposento, é inclinándose sobre el herido le besó en la frente y murmuró:

—¡Oh! ¡Yo te salvaré!

CAPITULO X

DE CÓMO MIRIAN Y SYDÍ AHTMED TUVIERON

UNA ENTREVISTA DECISIVA

Llegó la media noche.

El morabito de Ain-Al-Mokacen, completamente iluminado por la luna, estaba silencioso y oscuro.

No se oía el más leve rumor, á pesar de que en el bosque, á la izquierda del morabito, estaban escondidos cuarenta mil hombres que sólo esperaban una señal de Mirian para empezar la guerra civil.

Se abrió la puerta del morabito, y Mirian, sencillamente vestida de blanco, salió, cerró la puerta y se dirigió al bosque por la derecha.

Cuando penetró entre los árboles, se encontró envuelta en una densa oscuridad.

Las copas de las encinas, de los alcornoques y de los abedules, se cruzaban tupidas y densas.

Pero Mirian conocía perfectamente el terreno, y á pesar de la oscuridad descendió con firmeza por un sendero escarpado.

Aquel sendero la condujo á la plataforma de una roca descubierta que se inclinaba sobre el río.

Aquella roca salía por entre los árboles.

A espaldas de Mirian se extendía una tupida maleza.

Mirian avanzó hacia el borde de la roca.

Desde allí se veía la ancha sábana del vado de Mokazen, que parecía un gran espejo de plata brillantado por la luna.

Más allá se veía la oscura orla de árboles de la ribera, y por encima de estos árboles, los lejanos horizontes moteados velados por la bruma de la noche.

Nada se oía.

Todo reposaba; ni una sola ráfaga de viento movía las copas de los árboles.

Mirian miraba con grande ansiedad el escarpado sendero, por el cual, por la parte del río, podía subirse á la plataforma de la roca donde ella esperaba.

Nadie aparecía por él.

Mirian temió que avisado Sydi Ahtmed, previendo un peligro, hubiese desistido de acudir á la cita.

Y Mirian quería saber la historia de aquella gota de sangre que Sydi Ahtmed había dicho caía incesantemente sobre la conciencia de su padre.

Mirian estaba fuertemente contrariada.

Sydi Ahtmed tardaba.

El semblante de la joven se mostraba cada vez más sombrío.

De repente el semblante de Mirian se animó y sus ojos lucieron con el brillo de una siniestra alegría.

Había visto aparecer allá á los lejos sobre el río, un objeto largo y negro que avanzaba con rapidez.

Era una barca.

En ella se veían lucir destellos como de armas, heridas por la luz de la luna.

Allí venía sin duda con algunos de sus guardias el sultán Sydi Ahtmed.

Mirian arrojó una larga y profunda mirada sobre el río, y la po ó lentamente en la barca que adelantaba con suma rapidez.

Su vista, de un gran alcance, de una maravillosa fuerza, contó los hombres que venían en la barca.

En los costados remaban seis vigorosos esclavos; sentados sobre los tirantes, con las espingardas afianzadas, sobre cuyos limpios cañones reflejaba la luz de la luna, venían doce soldados.

En lo alto de la popa, junto al hombre que gobernaba el timón, se veía un hombre envuelto en vestiduras oscuras.

Estaba ya cerca la barca, y Mirian creyó reconocer en el hombre del traje oscuro á su pariente el xerife sultán Sydi Ahtmed.

Nada tenía que temer Mirian.

A sus espaldas, sobre la misma roca, oculto entre los árboles, estaba el corsario Aben Shariar con sus treinta corsarios armados hasta los dientes.

Más allá, al otro lado de la colina, ocultos entre el inmenso bosque, había quince santones con cuarenta mil hombres.

Esto es: un ejército.

Sydi Ahtmed no podía ejercer violencia alguna contra su prima Sayda Mirian.

Llegó al fin la barca al pie de la roca y se perdió entre los sauces y los mimbres que, orlando la ribera, entraban en el río hasta cierta distancia.

Poco después de haber desaparecido la barca bajo el ramaje de estos árboles acuáticos, se oyó en el áspero sendero que desde el río serpeaba hasta la cumbre de la roca el paso de un hombre armado.

Aquel hombre tardó muy poco en llegar á la plataforma de la roca y se detuvo junto á su borde, á pocos pasos de Mirian, que le contemplaba profundamente de pie, en una actitud serena é inmóvil.

El hombre que estaba delante de ella era, en efecto, el xerife Sydi Ahtmed.

La luz de la luna le iluminaba de frente, al par que por la espalda á Mirian, cuyo semblante estaba en sombra.

Pero en una sombra tranquila y dulce y fantásticamente bañada por el poético reflejo de la luz de la luna, que inundaba el terreno sobre que se encontraba.

La hermosura de Mirian, vista á aquel reflejo, tenía mucho de fantástico, de sobrenatural.

Fascinaba.

Sydi Ahtmed venía elegantemente vestido con un traje levantisco, entre argelino y griego.

Se comprendía que había querido realzar con aquel rico y pintoresco traje su gallardía y su varonil y severa hermosura.

Trata sobre la cabeza un casco redondo, brillante como plata bruñida, y bajo un albornoz pardo corto, con anchas mangas y ancho y largo capuz arrojado sobre la espalda, se veía una túnica de falda corta, de brocado blanco y plata, abierta sobre el pecho y dejando ver por su abertura una fuerte coraza recamada tan brillante como el casco.

En una ancha faja de seda y oro, cuyos extremos caían hasta el borde inferior del caftan, llevaba dos pistolas, una gema y un alfanje ancho, pero tan corto y tan corvo, que parecía una hoz de segar; bajo el borde su caftan caía en anchos pliegues unos calzones de seda azul atados bajo las rodillas, y unas botas de marroquí leonado con anchos porta-espuelas de oro completaban su traje.

No tenía ni una sola divisa por la que se pudiese comprender que era sultán ni xerife.

Por su parte, Mirian estaba magníficamente vestida, lo que, unido á lo magnífico de su hermosura, la hacían deslumbrante.

Llevaba la toca verde de los Al-Ansaries, xerifes descendientes de Mahoma, y el caftan negro de los almoravides.

Además de esto, como una singularidad, como una señal de imperio, llevaba ceñida y pendiente de su cintura, en el centro de ella, una magnífica espada.

Aquella espada tenía la vaina de terciopelo rojo, las conteras y el puño de oro, sobre el pomo una corona real, en el centro de la cruz un escudo, y en este escudo otros cinco escuditos, y en cada uno de éstos cinco roeles.

Aquellas eran las armas reales de Portugal.

Aquella espada era la espada del rey don Sebastián.

Aquellas dos magníficas personas estuvieron durante un largo espacio mirándose frente á frente, en silencio, inmóviles y en actitud majestuosa y altiva.

Al fin Sydi Ahtmed se acercó á Mirian, extendió hacia ella galantemente su brazo derecho, con la palma de la mano vuelta para arriba, recogió graciosa é indolentemente aquel brazo, é inclinando afectuosamente la cabeza se besó las puntas de los dedos de la mano que había extendido hacia Mirian.

—La paz de Dios y su buen consejo sean contigo, Sayda Mirian—dijo con voz dulce y conmovida.

—Has sido puntual á la cita—dijo Mirian—, y yo te esperaba con suma impaciencia sin embargo, Sydi Ahtmed.

—¡Qué hermosa mujer y qué hermosa noche!, dijo con voz leve, indolente, por decirlo así, pero con un marcado fondo de amargura y de sarcasmo, el sultán.—Tú y el cielo estais resplandecientes; el viento de la noche es suave y fragante como tu aliento, y el rumor de las hojas de los árboles, lánguido como el constante y tenue suspiro que sale de tu pecho; parece esto el misterioso y apartado lugar del paraíso, donde mora la hurf más hermosa y más querida del Señor; parece esta cita, en un lugar solitario, y fresco y misterioso, la cita de dos amantes cuyas almas se consumen dulcemente en el fuego de un dulce amor; y, sin embargo, detrás de esa belleza, detrás de ese silencio, bajo la dulce luz de esa luna, aguza irritado sus garras el tigre de la guerra; no somos dos amantes que se buscan ansiosos, atraídos por su recíproco amor; somos, á pesar mío, dos enemigos que se contemplan con recelo; somos dos sultanes que no caben en un mismo trono; somos dos xerifes parientes y enemigos.

—¡Ah!—dijo Mirian.—¡Tú comprendes que entre nosotros no hay nada posible más que la guerra!

—¡Lo conozco! ¡Lo veo! ¡Pero no lo comprendo, no lo puedo comprender!

—¿Cuándo, Sydi Ahtmed, no te he mirado yo con odio?—dijo Mirian con un acento tan frío y tan punzante que hizo temblar de dolor al enamorado Sydi Ahtmed.

—¡Y por qué ese odio!—dijo el sultán procu-

rando dominar en vano lo trémulo de su voz.

—No lo sé; era que, sin duda, mi alma adivinaba que un día nos habíamos de encontrar frente á frente; es que hay en ti algo que me da horror; es que he heredado el odio que he existido siempre entre mi padre y sus parientes.

—Tu padre jamás ha amado á nadie: ni á sus parientes, ni á su esposa, ni á sus hijos; si te ha amado á ti, si ha cedido como un niño dócilmente á tu voluntad, tú lo sabes... lo que doblegaba ante ti á tu padre, era un amor horrible, un amor criminal.

—¡Calla!—exclamó con un acento lleno de horror Mirian—; ¡el infeliz anciano estaba loco!

—¡De remordimiento!—exclamó con acento horrible Sydi Ahtmed.

—Tú has hablado de una gota de sangre que caía incesantemente sobre la conciencia de mi padre; por eso te he citado aquí á esta hora, para que me refieras la historia de esa gota de sangre.

—¡Sangre de tu desdichado hermano Abd-el-Azis!—respondió roncamente Sydi Ahtmed.

—¡Mientes!—dijo Mirian pudiendo alentar apenas.—¡Mientes! ¡Yo no he tenido hermanos; mi padre no me ha hablado jamás de ellos!

—Conoces á tu hermana Fatímatu'f Noemi que es tu imagen, que es más joven que tú, y sin embargo, tu padre te ha dicho que tu madre había muerto al darte á luz.

Mirian inclinó la cabeza y guardó silencio, porque nada tenía que contestar á la afirmación de Sydi Ahtmed.

—Tu madre vive, la has visto hoy, la conoces, la tienes contigo en tu morabito; tu padre ha muerto.

Continuó el silencio de Mirian.

—Pero no has podido conocer á tu hermano mayor, á tu hermano Abd-el-Azis, porque... porque le mató tu padre, junto á tu cunã, en el interior de su haren.

Mirian dió un grito de horror y avanzó hacia Sydi Ahtmed.

—¡La prueba! ¡La prueba de esa acusación horrible!—exclamó Mirian.

—Tu madre conoce esa historia, como que fué víctima de ella; pregunta, interrogá á tu madre... te contará una horrible historia... la historia de un parricidio.

—No, no; yo no ensangrentaré el corazón de mi madre obligándola á que me refiera esos horrores; pero yo quiero saber hasta qué punto es-

tamos malditos de Dios; ¿no dice el Santo Libro que los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación?

—Nuestra familia hace muchas generaciones se está tiñendo impía en su propia sangre; hace muchas generaciones que por nuestros padres somos malditos del Señor.

—¡Habla! Cuenta!—dijo Mirian sentándose abatida en una de las asperezas de la roca.

Sydi Ahtmed se sentó en el suelo, sobre el musgo, á poca distancia de su prima, reclinándose indolentemente sobre una gran piedra. Cerró los ojos como para abstraerse, como para concentrarse en el recuerdo de sucesos pasados, y después de algunos momentos de silencio, empezó de esta manera:

—Hace más de cien años que nuestra familia tiene el trono de Marruecos.

He aquí las crónicas que nuestros sabios han escrito:

Hay allá, en la otra banda, en esa tierra bendita que se llama España, una ciudad maravillosa: Granada. ¿Para qué hablarte de ella? Todos hemos oído las leyendas encantadas que de aquella ciudad trajeron nuestros abuelos; hemos llenado nuestros libros de la historia de sus maravillas, de su grandeza, de su poder.

Un día, un rey de aquella ciudad, un rey que se llamaba Sydi Ismail-ben-Ismail, fué asesinado á las puertas mismas de su palacio por uno de nuestros abuelos. Pero el crimen engendró el crimen; el asesino cayó herido por la mano de Dios, y perseguida nuestra raza, huyó al Africa y fué á refugiarse en las soledades del desierto de Daren.

Sydi Mohhanmed-ben-Merini, xerife, tronco de nuestra familia, había venido entre los fugitivos.

Era gran guerrero, paciente y tenaz.

Había nacido de una sultana en las gradas de un trono, y su ambición no se satisfacía con menos que con un trono.

Sydi Aben-Merini era muy respetado, tanto por su valor feroz como por su gran ciencia, y se propuso atraerse partidarios, robustecerse, crecer y llegar á la posibilidad de atravesar las vertientes del Atlas con un poderoso ejército, hacer la guerra al sultán y arrancarle su corona en batalla.

Pero Sydi Aben-Merini era pobre.

Las montañas de Daren, ásperas é inhospita-

larias, y su tribu, en vez de aumentarse se disminuía.

Y la ambición trabajaba incesantemente á Sydi Aben-Merini.

Aconteció por entonces que el sultán reinante, Juzef-ben-Abd-Allah, enfermó de una manera gravísima; los médicos más sabios del imperio apuraban en vano su ciencia.

El sultán no se mejoraba.

Entonces se enviaron á todas las partes del mundo hombres para buscar los más famosos médicos y para ofrecer un gran premio al que curara al sultán.

Sydi Aben-Merini supo esto, é inmediatamente tomó el camino de Mequínez, ordenando á sus parciales que lentamente y sin provocar sospechas se presentasen en aquella ciudad.

Por último, Sydi Aben-Merini, que era un gran médico, curó al sultán, y cuando éste le dijo cómo quería ser recompensado, le pidió por esposa la más hermosa y la más querida de sus hermanas.

El sultán tuvo miedo de que si recaía otra vez en aquella terrible enfermedad que nadie había sabido curarle, no le curase Sydi Aben-Merini, si no le concedía lo que solicitaba, y le dió su hermana la sultana Alida por esposa.

De Sydi Mohhanmed-ben-Merini y de Sayda Alida venimos nosotros, Mirian.

Ellos son, mirando hacia atrás, nuestra cuarta generación.

Y ellos fueron malditos de Dios.

Sydi Aben-Merini, que era hermoso y fuerte, y sobre todo, insinuante y astuto, se hizo amar de tal modo por la sultana Sayda Alida, su esposa, que ésta lo olvidó todo por él, y dejó de amar á su hermano; pero no de fingirle un amor que ya no sentía.

Y el sultán adoraba á su hermana Sayda Alida.

Lentamente fué preparándose una oscura traición.

Por el predominio que Sayda Alida tenía sobre el sultán Sydi Aben-Merini, fué rápidamente elevado á los más altos cargos del imperio; él era el poseedor de la confianza de Abd-Allah; él imponía y cobraba los tributos; él hacía la paz y la guerra; él era cuanto se puede ser; él lo dominaba todo.

Y el sultán, ciego por el amor de su hermana, amaba cada día más á aquellos dos miserables

que cada día estrechaban más el círculo de traición que rodeaba al sultán.

Los altos cargos del imperio, de la religión y de la milicia los había dado el xerife Aben-Merini á sus amigos, á sus parciales que había traído de los desiertos de Daren; el tesoro imperial estaba en sus manos; el alcázar abierto para él.

Un día se difundió por Mequínez una terrible noticia.

El sultán Sydi Juzef-ben-Abd-Allah había amanecido muerto en su lecho.

Se decía que había sido una muerte repentina.

Pero la noche, el silencio y una esclava que pudo escapar, sabían que la miserable hermana y el infame cuñado habían penetrado aquella noche en el harén, y habían extrangulado en su lecho al sultán.

Los hijos del infeliz asesinado habían sido encarcelados.

El xerife Sydi Mohhanmed-ben-Merini, esto es, el asesino, había sido proclamado por los kadies y por los emires del ejército.

Sydi Aben-Merini había subido al trono sin que nadie se opusiese á ello.

El primer acto de dominio del nuevo sultán fué mandar cortar las cabezas á los hijos del sultán anterior.

Así se libraba de competidores.

Este fué el maldito principio de la dinastía de los xerifes en Marruecos.

Desde Mohhanmed-ben-Merini los xerifes Alhansaries estamos malditos de Dios.

Sydi Ahtmed, cuya voz se había ido enronqueciendo á medida que adelantaba en su relato, pronunció las últimas palabras con acento sombrío, y guardó después de ellas un silencio más sombrío aún.

Mirian devoraba con una mirada fija, intensa, úcida, la expresion del semblante del xerife Sydi Ahtmed.

Durante un breve espacio, Mirian no rompió el silencio del sultán.

—¡El último crimen de nuestra familia!—dijo al fin con voz opaca.

Sydi Ahtmed volvió en sí como quien vuelve de una de esas abstracciones en que soñamos despiertos algo terrible, y dijo:

—¡Los últimos crímenes, porque no ha sido uno solo!

Y guardó un brevísimo silencio.

Luego continuó:

—Tu abuelo, mi tío, el sultán Sydi Yayhe-bu-Abd-Allah-Aben-Merini-ben-al-Hhayzari tuvo dos hijos, Sydi Juzef, tu padre, el mayor de ellos, y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah; tuvo además de otra sultana á su hijo menor el xerife Sydi Jacob-Al-Malek.

Tu abuelo era un sultán terrible.

Su espada estaba siempre teñida de sangre, porque cuando no le daban ocasión para la guerra sus vecinos el bey de Túnez ó el bey de Argel ó las kabilas vecinas de los linderos del gran desierto, los provocaba él, y cuando no azotaba á las turbulentas kabilas del imperio, obligándolas á la rebelión para entretener su afán de pelea y de exterminio, ahogando aquellas rebeldías en sangre.

Pero llegó un día en que la vejez y las dolencias le impidieron montar á caballo y correr en busca del combate.

Entonces el sultán se despojó su terrible espada y la entregó á tu padre.

Tu padre había mamado sangre del pecho de tu abuela; desde niño dió muestras de la ferocidad de su carácter, de lo duro de su corazón, de su alíveza indomable y de su rígido ascetismo religioso; se había dedicado al estudio para comprender mejor los inspirados pensamientos del libro de la ley, y aficionado á la ciencia, había aprendido astrología y medicina; muy joven aún era ya un sabio; muy joven aún era ya un viejo; y aún no contaba veinte años cuando educado por su padre, que desde que había podido tenerse á caballo, Sidi Juzef le había llevado á sus continuos combates, era ya un gran guerrero, un califa experto, de cuyo lado se ponía la victoria.

Pero no era el guerrero piadoso y humano, cuanto bravo y alentado, de que nos habla el Koran; no era el creyente misericordioso que envaina la espada delante del vencido y no vierte más sangre que la necesaria para obtener la victoria, no; tu padre gozaba en la matanza y en el estrago, se ensañaba en los vencidos, y sus verdugos después de la batalla no cesaban de cercenar cabezas hasta que no había cabezas que cercenar; nada había que placiera más á Sydi Mohammed que entrar vencedor en una ciudad llevando delante de sí un número horrible de cabezas sangrientas que coronaban después las almenas de la ciudad que había visto su triunfo.

Tu padre era un tigre fuerte é invencible que jamás se hartaba de sangre; un digno hijo de tu abuelo.

El amor no había ablandado el corazón de hierro de tu padre.

Ascético siempre y siempre entregado á la lectura del Santo Libro, á la contemplación de las cosas de Dios, le parecía la hermosura de la mujer una tentación de Satanás y el amor una impureza vergonzosa, una debilidad en que no debía caer ningún buen creyente.

Tu padre fué considerado como un morabito que aún no se había apartado del mundo, como un santo severo, como un sabio doctor de la Ley.

Todos creían que jamás el xerife Sydi Juzef tomaría esposa.

Pero un día las kabilas de la tribu de Beni-Lantumna se negaron á pagar los impuestos y mataron á los soldados que habían ido á cobrarlos.

Sydi Juzef, cuando lo supo, levantó su estandarte verde, cabalgó al frente de diez mil jinetes negros y se lanzó como una tempestad sobre la tribu rebelde.

La ira de Dios cayó sobre los Beni-Lantumnes con Sydi Juzef.

Las cosechas fueron incendiadas, los ganados arrebatados, arrasadas las cabañas, pasados á cuchillo sus moradores, niños, hombres, viejos y mujeres.

El arcángel exterminador había extendido las negras alas sobre los Beni-Lantumnes.

Había llegado al centro de la tribu.

Dentro de un estrecho cercado de tierra había algunas casas, y en medio de ellas un pequeño castillejo con dos lienzos de muralla y dos torres.

Sydi Juzef espoleaba su caballo, y sus jinetes negros corrían tras él como un huracán.

La pequeña aldea estaba sentenciada; dentro de poco no debía quedar sobre la colina más que un montón de escombros negros y humeantes.

Pero antes de que llegase á las puertas de la aldea Sydi Juzef, que iba muy delante de los suyos, por el camino orlado de los árboles de las huertas, vió aparecer, al volver un recodo, un extraño ejército.

Un ejército de mujeres que no llevaban otras armas que su hermosura.

Débil arma era ésta contra el formidable xerife.

Irritóle aquel mujerial ejército que le salta al encuentro, y para demostrar á los Beni-Lantumnes que contra él eran inútiles las tentativas del amor, enristró su lanza contra aquellos hermosos soldados, y arremetió á todo el escape de su caballo y con tanta furia, que el caballo, habiendo topezado, cayó arrastrando consigo á Sydi Juzef, que sufrió tan terrible golpe que quedó sin sentido.

Iba, como te he dicho, muy delante de sus feroces esclavos negros, y las doncellas de los Beni-Lantumnes tuvieron tiempo para adherirse de Sydi Juzef y de su caballo, y para perderse con ellos entre los huertos y llegar al castillo, situado en el centro de la aldea.

Cuando llegaron los walfes de Sydi Juzef, se encontraron con que Sydi Juzef habia sido hecho prisionero por las mujeres de la aldea, y con que Sydi Alf-Athar, xequé de los Beni-Lantumnes, amenzaba con matar al xerife prisionero, si se cometía un sólo acto de violencia por sus soldados.

Acampáronse, pues, entre las huertas y esperaron.

Cuando Sydi Juzef volvió en sí, se encontró en un bello retrete, en un blanco lecho, y envuelto en un ambiente perfumado.

A la blanda luz de un lámpara vió junto á sí á una mujer, una niña que le miraba con grande ansiedad, con grande amor.

Aquella niña, que apenas contaría catorce años, era hermosísima, tan hermosa como tú, Mirian, porque aquella mujer era tu madre.

—¡Mi madre!—dijo Mirian.

—Sí, tu madre, la sultana Sayda Gulnarah, la hija única de Sydi Alf-Athar, xequé de la tribu Beni-Lantumna.

Tu padre ardió por la primera vez, y de una manera violenta, en el fuego del amor.

Se irritó, y su amor creció.

Repuesto ya de la caída, y fuerte, pretendió en vano librarse del terrible dominio que sin quererlo, y de la manera más dulce, ejercía sobre él aquella hermosísima niña.

Quiso tratarla indignamente y no pudo.

Quiso convertirla en su esclava, y se sintió ofendido en sí mismo, con el solo pensamiento de profanar, de humillar á Gulnarah.

Vencido al fin completamente, necesitó que

fuese suya Gulnarah; pero de una manera digna, haciéndola su esposa.

El xequé Alf-Athar escuchó con alegría la proposición del poderoso xerife califa del imperio, hijo mayor del sultán, y cuando manifestó esta petición á su hija, su hija palideció de alegría, y cubriéndose luego de rubor, confesó á su padre que amaba al xerife.

Las bodas se celebraron con grande ostentación.

Al día siguiente, Sydi Juzef metió á Gulnarah en una litera, la sacó de la aldea, acampó delante de ella, y á la vista de su esposa la acometió, la entró, pasó á cuchillo á sus habitantes, incluso al padre de Gulnarah, mandó cortar sus cabezas y puso fuego á la aldea.

Sydi Juzef amaba á Gulnarah, y Gulnarah era su esposa. Pero habia jurado exterminar la tribu de Beni-Lantumna y la habia exterminado.

La desdichada Gulnarah entró en Fez con su esposo, llorosa, pálida, horrorizada, llevando delante de sí la cabeza de su padre clavada en una lanza.

—Sí, sí; estamos malditos de Dios, Mirian—dijo después de una pausa de horror el sultán.

Mirian no contestó; estaba dominada por el espanto.

—Desde aquel día—continuó el sultán Sydi Abtmed—, Gulnarah no vió en Sydi Juzef, en el califa del imperio, en el sucesor del sultán, más que al asesino de su padre, de sus hermanos, de su tribu.

Encerrada en el harén del palacio de Mequínez, y esposa única, pero esposa horrorizada de su esposo, Gulnarah apuró una vida de lágrimas, de horror, de desesperación.

Sydi Juzef no tenía más esposa, más amor, más mujer que Gulnarah.

Las demás mujeres del harén se mantenían vírgenes, porque Sydi Juzef sólo las tenía por ostentación.

Allí, en el harén del palacio de Mequínez, naciste tú, Mirian, durante una oscura noche de tormenta, á la hora en que las malas hadas flotan por el espacio nebuloso y los muertos que han finado bajo la ira del Señor se levantan de sus tumbas para aumentar el horror de las tinieblas.

El Señor hubiera sido muy misericordioso para con tu madre si al darte á luz hubiera muerto.



Pero sus días no estaban contados para entonces, y Gulnarah siguió sufriendo el horrible amor de tu padre, que cada día era más ardiente.

Pasaron así dos años.

Al cabo de ellos, Sydi Juzef partió á una expedición sobre la frontera septentrional de Marruecos, é invirtió en ella no menos que cuatro meses.

Durante su ausencia tuvo lugar una historia de amores en su harén, que sin tener nada de común con tu madre, fué para tu madre funesta, y determinó para tu padre una horrible vida de remordimiento.

Vamos llegando, Mirian, á la gota de sangre que caía constante sobre la conciencia de tu padre, que le enloqueció, que aumentó su ferocidad y que le obligó á separarse de las gentes y venir á vivir á este morabito.

Tenía Sydi Juzef, fruto de su intimidad en su primera juventud con una doncella árabe de las kábilas nómadas del Norte del imperio, un hijo, á quien no amaba ni había amado jamás, pero á quien había criado por orgullo, como se cría á un príncipe.

Sydi Yezid-Abd el-Azis-ben-al-Hhyzarí, xerife por su padre, había sido arrebatado, apenas nacido, á la pobre árabe nómada, y criado en el harén, primero, y después en el palacio de su abuelo Abd-Allah.

Abd-el-Azis había crecido tan soberbio, tan iracundo y tan feroz como su padre, y á los veinte años era ya un caudillo formidable.

Como su padre, nunca había amado ni tratado á las mujeres sino con desprecio; pero, como su padre, debía amar de una manera violenta.

Había en el harén de Sydi Juzef, al servicio de Gulnarah, una joven esclava griega, hermosa cuanto puede ser hermosa una criatura, y tratada con sumo amor por Gulnarah.

Esta esclava se llamaba Thamar.

Thamar gozaba de un ocio y de una libertad de que no podía gozar ninguna otra esclava, gracias al amor que la profesaba Gulnarah.

Thamar, pues, entretenía su ocio tocando la guzla y la tiorba, cantando y esparciéndose por las tardes y por las mañanas en los terrados del harén, desde los que se veían hermosos horizontes. Una mañana, Mirian, durante la ausencia de tu padre, tu hermano Abd-el-Azis y la esclava griega se vieron.

El estaba en una de las galerías de Palacio; ella en uno de los terrados del harén.

Ella tenía el rostro cubierto con su toca; pero sin duda el viento desplegó la toca y descubrió su semblante, y Thamer dejó hacer al viento, que arrolló más la toca, dejando descubierto el hermosísimo cuello y los curvos hombros de la esclava griega.

Abd-el-Azis sintió lo que nunca había sentido: la impresión voluptuosa, ardiente, sensual de la hermosura, unido á un amor naciente, pero irresistible.

El feroz lobezno, hijo del lobo, sintió algo poderoso é incontrastable que reblandecía su corazón, que le hacía sensible á los encantos y á la dulzura de la belleza.

Thamar, por su parte, se enamoró de Abd-el-Azis, que era muy joven y muy hermoso, y que estaba además magníficamente vestido.

Entrambos permanecieron largo tiempo, ella en el terrado, él en la galería, mirándose y diciéndose con los ojos lo que no podían decirse con las palabras.

Sin embargo, se comprendieron perfectamente.

Thamar no se retiró del terrado hasta que, entrado el día, la obligaron los ardientes rayos del sol.

Pero al retirarse dijo de una manera clara y elocuente con los ojos á Sydi Abd-el-Azis:

—Mañana volveré; vuelve tú.

Abd-el-Azis no dejó pasar el día sin informarse de quién era aquella hada que había visto en uno de los terrados del harem de su padre.

Kervan, jefe de los esclavos eunucos del harem de Sydi Juzef, le informó por completo.

Thamar no era esposa ni mujer de Sydi Juzef; era simplemente una esclava comprada á un pirata argelino y puesta al servicio de Sayda Gulnarah desde hacía cuatro años.

Abd-el-Azis, pues, comprendió que podía amar á Thamar sin faltar á la ley, puesto que la joven esclava no estaba en el número de las mujeres de su padre; pero comprendió también que no podía alentar ninguna esperanza de que Thamar fuese suya, sino valiéndose de la seducción, de las dádivas respecto á los esclavos guardadores del harem.

Sucedió que, tanto rogó el príncipe y tanto dió al jefe de los eunucos, que éste procuró la entrada en el harem de una manera secreta, es-

calando los muros de los jardines, á Sydi Abd-el-Azis.

Thamar y el príncipe se vieron al fin de cerca, y durante un mes fueron los dos amantes más felices del mundo.

La soledad, la noche, el misterio, retretes perfumados y vigilados, protegían las largas entrevistas de amor.

El príncipe pedía á Dios que, prolongándose indefinidamente la guerra, mantuviese ausente de Mequínez á su padre durante mucho tiempo.

Pero una guerra hecha por su padre no podía durar mucho.

Su ferocidad por una parte, y por otra su deseo de volver al lado de Gulnarah, á quien amaba cada día con mayor delirio, hacían que apretase tanto á los enemigos, que éstos, ó eran exterminados, ó se sometían muy pronto, después de lo cual eran del mismo modo exterminados, porque detrás de su padre iba batiendo siempre sus alas rojas el arcángel del exterminio.

Vinieron, pues, noticias de que las kábilas de la frontera septentrional del imperio pedían la paz al sultán, y Abd-el-Azis vió aproximarse la suspensión indefinida de sus entrevistas con Thamar, cuyo amor, cuya hermosura le habían vuelto loco.

Entonces se trató una fuga.

Abd-el-Azis excitó la codicia de Kervan, el jefe de los eunucos, reunió todas sus alhajas y lo preparó todo, resuelto á ir á Constantinopla á ampararse del gran turco.

Una vez dispuesto todo, una noche oscura, al mediar de ella, Thamar, Abd-el-Azis y Kervan salieron recatadamente de las habitaciones del harem y atravesaron los jardines para escalar los muros y huir.

Entretanto, un jinete, acompañado de otros cien jinetes, había entrado encubierto en la ciudad.

Los guardas de una de las puertas del muro más inmediata al palacio de tu padre, habían abierto la puerta á una sola palabra del desconocido.

El y sus cien jinetes entraron en la ciudad, y se encaminaron por un laberinto de callejas, hacia los muros de los jardines del harem.

Cerca ya, el caudillo de aquellos jinetes les mandó detenerse en una plazuela, desmontó, y dejando el caballo con sus soldados, adelantó

solo y llegó poco después á un postigo del muro de los jardines, le abrió con una llave, entró y volvió á cerrar, internándose por un hermoso jardín.

A poco que anduvo por una calle de naranjos, sintió los pasos silenciosos de algunas personas que marchaban hacia él.

Aquel hombre se detuvo y lanzó un sordo rugido, semejante al de un tigre hambriento.

Tu padre refirió todo esto á su padre el sultán, y el sultán lo refirió á mi padre, y mi padre á mí.

Poco después de haberse detenido el encubierto, se vieron aparecer tres bultos.

Dos de ellos pardos: bultos de hombre.

Uno de ellos blanco: bulto de mujer.

El encubierto no pudo contenerse al ver á aquellas tres personas á tal hora en dirección á una de las salidas del harem.

La cólera inflamó su sangre, y se arrojó rápido, terrible, pero silencioso como el tigre, sobre aquellas tres personas.

Los dos hombres cayeron de dos puñaladas terribles, seguras, y la mujer huyó como una hoja que impele el viento.

El encubierto la siguió.

Ella, mujer corriendo siempre, entró en las habitaciones del harem y se perdió por ellas.

El encubierto siguió, halló una puerta cerrada, se arrojó sobre ella, la forzó, y se lanzó en un retrete.

En medio de él había una mujer pálida.

Era Gulnarah, á quien había hecho despertar aterrada el ruido que el encubierto había hecho al forzar la puerta.

Por una terrible fatalidad, Gulnarah había conservado puesta su túnica interior.

Aquella túnica era blanca.

El hombre que estaba delante de ella era tu padre.

Ciego, colérico, terrible, creyendo que Gulnarah era la mujer á quien había perseguido por los jardines, comprendiendo que ninguna más que ella podía haberse comprado y corrompido los eunucos guardas del harem, adelantó hacia ella con la guma teñida en la sangre de su hijo y de Kervan.

Pero se detuvo.

Le pareció insuficiente aquel género de muerte. Llamó á grandes voces, y sus esclavos acudieron.

Gulnarah había guardado un silencio funesto;

parecióla que Sydi Juzef la quería hacer partícipe de la suerte de sus padres y de sus parientes á los que había exterminado el xerife, y altiva y terrible enemiga dentro de su alma de su esposo, no pronunció una sola palabra que pudiera haber esclarecido la equivocación de Sydi Juzef.

Culnarah, por el momento, fué sepultada en una mazmorra.

Inmediatamente el iracundo Sydi Juzef, acompañado de esclavos con antorchas, bajó al jardín para reconocer al hombre de quien se creía injuriado.

Sydi Juzef vió con una creciente cólera que aquel hombre era su hijo Abd-el-Azis, y que el cadáver que junto á él estaba era el de Kervan, jefe de sus eunucos.

Sydi Juzef no sintió ni horror ni dolor, al ver que su hijo había sido inmolado por su mano: no le amaba, y le creía reo de un delito que, á ser cierto, colmaba hasta donde era posible el crimen y la infamia del hijo y de la esposa.

Se registró el cadáver de Abd-el-Azis y se encontraron sobre él muchas y ricas alhajas; entre ellas algunas que Sydi Juzef había regalado á Gulnarah, y que Gulnarah, por el amor que la tenía, había regalado á su vez á Thamar.

Thamar, al decidirse á huir con el príncipe Abd-el-Azis, le había entregado sus alhajas, y entre ellas, las que le había regalado Gulnarah, hacían caer sobre Gulnarah todas las apariencias de un horrible delito.

Sin interrupción alguna, Sydi Juzef se fué á ver á su padre el sultán, que ya era muy viejo, pero que conservaba toda la feroz energía de su carácter semejante al de su hijo.

—¡Señor!—dijo Sydi Juzef á su padre, trémulo todavía de cólera—; ya sabéis cuánto amaba yo á mi esposa...

—¡Tu esposa te ha injuriado!...—respondió sombríamente el sultán.

—He venido secretamente á verla, dejando el ejército confiado á mis wáltes y hecha casi ya la paz, y he llegado á tiempo que huía con un hombre: aquel miserable era mi hijo Abd-el-Azis.

—¡Las cabezas de los miserables!—gritó roncó de cólera el sultán.

Y entregó á la venganza de Sydi Juzef el cadáver de su nieto y el cuerpo y el alma de Gulnarah.

Gulnarah fué sacada de su encierro, paseada

sobre un asno por toda la ciudad y puesta á la vergüenza.

Gulnarah sufría aquella vergüenza porque recaía sobre su esposo, á quien después del asesinato de su familia aborrecía, y esperaba tranquilamente la muerte, porque la muerte la libraba del horror de partir su vida con Sydi Juzef.

Durante ocho días, Gulnarah fué expuesta públicamente, yendo siempre delante de ella, puesta en un palo, la cabeza del príncipe Abd-el-Azis. A los ocho días Gulnarah fué conducida á la costa y arrojada al mar dentro de un saco de cuero.

La cabeza del príncipe Abd-el-Azis había sido puesta en una jaula de hierro sobre la puerta principal de la ciudad de Mequnez.

Todo había concluído; la honra de Sydi Juzef había sido vengada; los supuestos amantes habían sido exterminados. Sydi Juzef, furioso, había vuelto á la guerra, y loco ya, los vencidos habían probado todas las terribles consecuencias de su furor.

Había entretanto en el harem de Sydi Juzef una mujer devorada por el remordimiento.

Aquella mujer era la esclava griega Thamar.

Había logrado evadirse la noche en que fué sorprendida en su fuga con Abd-el-Azis, y llegar sin ser vista á su aposento.

Después no tuvo valor para decir la verdad, y aterrada por sí misma, dejó perecer á su señora inocente.

Pero el remordimiento llegó á hacerse insupportable, y apenas supo que Sydi Juzef había vuelto á Mequnez, pidió hablar con él y se lo reveló todo.

Sydi Juzef, al conocer la horrible verdad, al saber la inocencia de su esposa y de su hijo, al conocer la prueba completa que le presentaba Thamar, cayó en un delirio terrible, del que no volvió sino loco.

El delirio y la locura de Sydi Juzef salvaron de un castigo horrible á la esclava; Sydi Juzef lo había olvidado todo; todo lo que no era la cabeza sangrienta de su hijo y la infeliz Gulnarah, escarnecida, deshonorada y arrojada al mar.

Un día, los eunucos del harem encontraron ahorcada en su retrete á Thamar, que no había podido resistir al remordimiento.

Esta es la historia de la gota de sangre que caía continuamente sobre la conciencia de tu padre.

Por eso renunció á todas las grandezas y se retiró á la soledad.

Por eso después de la muerte del sultán, su padre, rechazó la corona que le correspondía, dejándola á su hermano Mohhanmed-ben-Abd-Allah.

Por eso ascético, sabio, terrible, observando en este morabito la vida apartada del anacoreta, logró, sin pretenderlo, el gran prestigio que le hacia dueño del imperio.

Y porque tú eres la viva imagen de tu madre te amó con un amor maldito y te acostumbró á aborrecerme, Mirian, á mí, que sólo ansio tu amor, y que daría por él mi corona.

Calló el sultán, y Sayda Mirian no contestó una sola palabra, ni dió muestras de haber notado que Sydi Ahtmed había terminado su relato.

Mirian sufría ostensiblemente y de una manera horrible.

Todo el horror de la historia de su padre pesaba sobre ella como un presagio de inevitables desgracias.

Y cuando pensaba en aquellas desgracias ignoradas, en aquellas desgracias del porvenir, su alma entera se llenaba del ardiente recuerdo del herido que yacía en un lecho entre la vida y la muerte en el morabito.

Mirian amaba por primera vez, y amaba con toda la terrible voluntad de su raza.

Al fin Mirian, como si nada la hubiese revelado Sydi Ahtmed acerca de su padre, dijo:

—La guerra civil que se creía terminada por la muerte de los dos xerifes Sydi Al-Malek y Sydi Mohhanmed-ben-Abd-Allah, va á encenderse de nuevo.

—¿Y quién la encenderá?—dijo Sydi Ahtmed con altivez.

—¡Yo!—respondió con más altivez Mirian—; yo, hija del hijo mayor del sultán Abd-Allah, y que por muerte de mi padre heredo el trono.

—Las mujeres no reinan entre nosotros—dijo Sydi Ahtmed.

—Yo tengo un esposo á quien amo—dijo Mirian—, y mi esposo será vuestro señor. ¿Qué no, da el Koran el trono al vencedor? Mi esposo vencerá con mi ayuda y será el sultán.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Es verdad!—dijo Sydi Ahtmed.— ¡Me aborreces! ¡Me desprecias! ¿Pero quién es ese hombre á quien amas?—añadió con ronca y trémula voz.

—¡Un valiente y hermoso rey!—contestó con entusiasmo y con orgullo Mirian.

—¡Un rey! ¿Y dónde está ese rey? ¿Cuál es su reino?

—¿Y qué te importa?—dijo Mirian.—¿Sabes dónde estás? ¿Sabes que te tengo en mi poder?

—¡En tu poder! ¡No! A pocos pasos de mí está el borde de esta roca, bajo ella el río, al otro lado del río mis valientes jinetes; que se muevan una sola hoja detrás de ti, y me arrojo al río y estoy junto á mis gentes.

—¡Ah! ¡Sabías!...

—Pues qué, ¿no he visto yo desde Alcázar-Kivir las llamaradas y las señales de los morabitos? ¿No he visto después á las kábilas encaminarse al morabito de Ain-al-Mokazen? ¿No sé que hay un ejército escondido al otro lado del bosque? Pero tú no sabes que mi ejército retrocede avisado por mí; no sabes que mañana puedo presentar batalla á las kábilas y vencerlas, y entrar en Fez para coronarme, llevando delante de mí, como acostumbraba á hacerlo tu padre, millares de cabezas de moros montaraces.

—La guerra civil ha empezado—gritó Sayda Mirian—; tú eres sultán y yo sultana; tú has sido proclamado por el ejército y yo por las kábilas; el combate está próximo á emprenderse; Dios decidirá cuál de nosotros ha de ser el vencedor.

—Pero yo puedo arrebatarle conmigo—dijo Sydi Ahtmed levantándose.

Antes de que el sultán se levantara completamente, Mirian, más rápida que él, se había puesto de pie.

—¡A mí!—dijo.—¡A mí, valiente Aben-Shariar!

Apenas había dicho Mirian estas palabras, cuando aparecieron á sus espaldas y la rodearon el corsario y sus treinta feroces negros.

—¿Es acaso ese el que tú amas, el que ha de ser mi señor?—dijo Sydi Ahtmed con cólera, señalando al pirata, á quien remarcaban su apostura, su hermosura y la manera deslumbrante con que estaba vestido.

—¡Vete!—dijo Mirian extendiendo con ademán de imperio su brazo hacia Sydi Ahtmed—; vete á buscar á tu ejército y vuelve con él; yo no quiero asesinarte.

—¡Oh! ¡Sí!—dijo Sydi Ahtmed.— ¡Volveré! ¡Tú no has querido ser mi esposa! ¡Pues bien, serás mi esclava!

—¡Vete!—repitió con terrible firmeza Mirian.

Sydi Ahtmed vaciló como todo hombre bravo y altivo que se ve obligado á ceder á la fuerza; pero comprendió que nada podía hacer; lanzó una sombría mirada á Mirian y á sus guardianes, se volvió, adelantó hacia el borde de la roca y descendió rápidamente por el sendero por donde había trepado hasta allí.

Poco después se vió salir la barca de entre los árboles, atravesar la anchura del río, brillantada por la luna, y perderse entre los árboles de la orilla opuesta.

Mirian se retiró de la roca y se encaminó al morabito seguida de Aben-Shariar y de los treinta piratas.

CAPITULO XII

EN QUE SE VE CÓMO MIRIAN EMPEZÓ Á SER SULTANA PRETENDIENTE Á LA CORONA DE MARRUECOS

Mirian reposó muy poco aquella noche, consagrándose casi por completo al cuidado del herido, cuya situación era á cada momento menos grave.

Crecía el calor de su piel, crecían las pulsaciones de sus arterias, pero estaba sin sentido.

Mirian, inclinada sobre él, parecía como que pretendía infundirle su vida entera.

Mirian sufría esa horrible incertidumbre que experimentamos cuando un ser amado se encuentra en un peligro inminente

Mirian vivía sólo para aquel hombre, y su gravísimo estado la distraía hasta tal punto de los graves sucesos que habían acontecido en su familia, que parecía que los ignoraba ó que los había olvidado.

Sólo recordaba á su madre y á sus hermanas, y aún así por el herido.

Ella no podía estorbar á su madre que penetrase en su aposento, y no quería que nadie más que Ayelah y Kaimo, de cuya fidelidad estaba segura, supiesen que en su aposento estaba oculto un hombre.

Así es que apenas amaneció salió del morabito y se fué á la tienda de campaña que ocupaba su madre, sus hermanas y el fakí Aben-Balkin.

Antes de llegar á ella, la salió al encuentro Sydi Aysa-ben-Moavia, el más anciano de los

santones que habían acudido al llamamiento de Mirian.

—Va á empezar la guerra y es necesario que os preparéis á ella—le dijo Mirian.

—¡Que va á empezar la guerra!—dijo Sydi Aysa.

—Sí. Qué, ¿acaso puedo yo permitir que reine el xerife Sydi Ahtmed, siendo yo hija del xerife Juzef?

—Pero Sydi Ahtmed es poderoso.

—Yo tengo las kábilas de todo el imperio.

—Si fueras hombre, esas kábilas te seguirían; pero una mujer no puede reinar.

—¡Reinaré!

—¡Reinarás!

—Sí.

—Pero nuestra ley se opone á ello.

—Reinará mi esposo—dijo Mirian con orgullo.

—¡Tu esposo, luz del cielo!—exclamó el santón.—¿Y quién será tu esposo?

—¡El que venza!—exclamó con altivez Mirian.

—¿Y qué pretexto tomaremos para levantar bandera contra el sultán?

Meditó un momento Mirian:

—No hay necesidad de pretexto—dijo—; basta con que aleguemos la verdad.

—¡La verdad!

—Sí.

—¿Y cuál es la verdad?

—El cadáver de mi padre está en la casa del fakí Aben Balkin en Alcázar-Kivir.

—¡Y bien!...

—Casa de ese fakí ha estado ayer el sultán Sydi Ahtmed.

—¿Y crees?...

—Creo que mi padre ha sido envenenado por el sultán.

Mirian mentía; Mirian sabía demasiado que su padre había muerto por un ataque repentino al saber que su esposa Gulnarah vivía; sin embargo, anhelaba el trono de Marruecos y en nada se detuvo; calumnió á Sydi Ahtmed.

El xerife Sydi Juzef era muy venerado por todos los santones del imperio, y al saber que el anacoreta de Ain-Al-Mokazen había muerto asesinado, Sydi Aysa rugió como un tigre herido.

—¡Venganza!—exclamó.—¡Venganza terrible contra el impío que ha osado dar muerte al hombre de Dios!

Y sin esperar á más, escapó y se fué entre los suyos, pidiendo á voces venganza.

—Ahora—dijo Mirian—es necesario salvar á Aben-Balkin, á mi madre, á mis hermanas.

Y entrando en la tienda, Iss sacó de ella, las metió en el adoratorio del morabito, á cuya puerta se puso ella misma de guarda.

No había sido en vano la precaución de Mirian.

Apenas Aben-Balkin, Gulnarah, Fatimatu 'l-Noemi y Aydamarah se habían ocultado en el adoratorio, cuando oyeron por la entrada de la pradera que rodeaba el morabito los quince santones que habían acudido con las kábilas, dando unos gritos espantosos.

Mirian adivinó la situación de aquellos hombres.

—Corred—les dijo, saliéndoles al encuentro—; corred y perseguid al miserable.

—Vamos á castigar á ese hombre en cuya casa ha sido muerto el santo xerife.

—Pues bien; ese miserable ha escapado durante la noche, llevándose consigo á mi madre y á mis hermanas—exclamó Mirian fingiendo la mayor desesperación.

—¿Y por dónde ha escapado?—exclamaron algunos de los santones.

—Uno de mis esclavos le vió huir y aun le siguió; el miserable ha tomado el camino de Mogador.

—¿Y dónde está el esclavo que ha traído esa noticia.

—Ha vuelto á montar á caballo para ponerse de nuevo sobre el rastro de los fugitivos.

—¿Dices que Aben-Balkin ha tomado el camino de Mogador?

—Sí.

—A caballo y á Mogador—gritaron algunos santones.

—No vayáis todos—dijo Mirian—; él va solo; id uno de vosotros con algunos jinetes, y basta.

—Siendo cómplice de Sydi Ahtmed puede protegerle Sydi Ahtmed.

—Cercad á Sydi Ahtmed en Alcázar-Kivir y perseguid por el camino de Mogador al fakt Aben-Balkin.

Aquellos hombres partieron para acometer dos empresas inútiles.

Ni Aben-Balkin estaba en el camino de Mogador, ni Sydi Ahtmed estaba en Alcázar-Kivir.

Como sabemos, Aben-Balkin, la madre y las

hermanas de Mirian, estaban en el adoratorio del morabito, y Sydi Ahtmed, viendo conjurados contra él á todos los moros de los campos inmediatos, había partido aquella misma noche á Larache, que era mucho más fuerte que Alcázar-Kivir, y donde podía ser socorrido por el mar.

Sydi Ahtmed se había llevado consigo el que se creía el cadáver del rey don Sebastián, los tres cadáveres de sus tíos los xerifes Sydi Mohanmed-Abd-Allah, Sydi Juzef y Al-Malek, con un cuerpo de caballería negra, compuesto de tres mil jinetes, y entre ellos á todos los cautivos de la batalla, que ascendían á siete mil hombres entre españoles, italianos, alemanes y portugueses.

Los cadáveres habían sido embalsamados.

El del xerife Al-Malek, para darle sepultura.

El del rey don Sebastián, para entregarlo á los portugueses cuando fuera reclamado.

El del xerife Abu-Abd-Allah, para que todo el imperio viese que había muerto y no se levantara tomando su nombre un impostor.

El de Sydi Juzef también para ser expuesto públicamente y patentizar de este modo que no existía nadie que pudiese con derecho reclamar la corona del imperio.

El haberse llevado consigo Sydi Ahtmed el cadáver de su tío Sydi Juzef, justificó la acusación de Mirian.

Cuando Alcázar-Kivir, abandonado por el sultán, abrió sus puertas á los santones y á sus kábilas, á las que no podía resistir, los santones vieron con indignación que el sultán se había llevado el venerable cadáver del santo anacoreta del morabito de Ain-Al-Mokazen, y maldijeron, no sólo al asesino, sino también al lugar donde se había cometido el supuesto asesinato.

Inútil es decir que habiendo penetrado en la ciudad las kábilas, no salieron de ella hasta que la hubieron completamente saqueado, en lo que invirtieron todo el día.

Mirian entretanto había llamado á Aben-Shariar.

—¿Cuánto dista el mar de aquí—le dijo.

—Dos leguas, sultana—contestó el corsario.

—¿Dónde está tu galeota?

—En una ensenada bravía entre Larache y Mogador.

—¿Cuánto tiempo necesitas para ir y volver?

—Habré vuelto antes de la noche.

—¿Amas mucho á mi hermana Fatimatu'l-Noemi?

—La amo más que á mi vida.

—Sálvala.

—¿De quién?

—De los santones.

—¿Cómo! ¿Pues qué pueden hacer contra ella los santones?

—Los santones buscan á Aben-Balkin y á todos los que estaban en su casa cuando murió mi padre, para matarlos.

—¿Para matarlos!—dijo palideciendo Aben-Shariar.

—Sí; creen que mi padre ha sido asesinado por Aben-Balkin.

—Pero eso no es cierto; tu padre, sultana, ha sido herido por la mano de Dios.

—Los santones creen que ha sido asesinado.

—Desengáñalos.

—No; los he dejado en su error para salvarlos; yo no tenía seguridad de convencer á los santones; yo les he dicho que habían huído por el camino de Mogador, y ellos se han precipitado en su seguimiento; los que quedaban han marchado á Alcázar-Kivir; no hay que perder un solo momento: llévatelos á todos y ponlos en salvo en tu galeota.

—¿Pero dónde están?

—Aquí en el adoratorio del morabrito.

Aben-Shariar hizo montar á caballo á sus corsarios, mientras Mirian se despedía de su madre y de sus hermanas.

El terror de éstas al saber que estaban acusadas del asesinato de Sydí Juzef, y amenazadas de caer en manos de los santones, ó lo que era lo mismo, de las kábilas, hizo la despedida muy corta.

Gulnarah abrazó y besó llorando á Mirian; Fatimatu'l-Noemi y Aydamarah se despidieron tristemente de una hermana que sólo habían visto para separarse de ella; Aben-Balkin agradeció con las lágrimas en los ojos á Mirian el que los hubiese salvado de los santones, y al fin, á la grupa cada uno de ellos de un corsario, partieron, tomando el camino de la ensenada, donde debían encontrar la galeota de Aben-Shariar.

Cuando Mirian se vió sola con Kaimo y con Ayelah, sus dos fieles servidores, exclamó:

—¡Oh! ¡Ahora nadie podrá penetrar en mi aposento! ¡Nadie podrá saber que guardo en él á mi rey cristiano!

Porque Mirian creía que el herido que tenía en su poder era el rey don Sebastián.

Por su amor, Mirian se había sobrepuesto más que lo que hubiera debido á la muerte de su padre, se había separado de su madre, á quien había creído muerta, y de sus hermanas, á quienes no conocía.

Se había valido del prestigio del nombre de su padre para llamar á las kábilas, y había provocado una terrible guerra contra el sultán, acusándole del asesinato del xerife Sydí Juzef.

Todo esto lo había hecho Mirian por su amor, por el primer amor de su vida: por aquel herido á quien creía rey, por aquel hermoso mancebo que disputaba á la muerte.

Mirian easó el día cuidando del herido, observándole, viendo con placer que su vida, aunque lentamente, crecía.

Mirian ansiaba ver la llegada del momento en que aquel hombre abriera los ojos, en que hablase, en que pudiese decirle:

—Yo te amo: has sido vencido y yo voy á darte el trono de tu enemigo.

Aún no había cerrado la noche cuando la llamó Ayelah.

Aben Shariar había vuelto, y sus treinta corsarios daban ya la guardia del morabrito.

—¿Y mi madre y mis hermanas?—dijo con verdadera ansiedad la joven.

—En salvo; mi galeota las conduce á Túnez, donde vivirán bajo el amparo del bey.

—¿A nadie habéis encontrado en el camino?

—A nadie, más que un león negro, que he muerto y que me he traído para hacerte con su piel una alfombra para tu diván.

—¡Oh! ¡Gracias, bravo Shariar! Otros leones quiero que mates para que sus cadáveres me sirvan de escalones para subir al trono de Marruecos.

—¿Y quién subirá contigo, sultana?

—Tú ú otro que sea más valiente que tú—dijo Mirian infiltrando una mirada envenenada en el alma del corsario; mi esposo será el vencedor, como quiera que el vencedor sea: hermoso ó deforme, joven ó viejo.

—¡Oh! ¡Yo venceré!—exclamó con entusiasmo Shariar.

—¿Y Fatimatu'l-Noemi?—dijo sonriendo Mirian.

—Tú eres el sol, sultana—dijo el corsario—; ella es la luna.

- Vence, pues.
- Confíame el mando de tus huestes.
- Gánalo venciendo.
- Le ganaré.

En aquel momento se oyeron disparos repetidos de espingarda y grandes y tumultuosas voces.

Eran los santones y las kábilas que volvían de Alcázar-Kivir cargadas de botín y haciendo salvas en señal de alegría.

Muy pronto estuvo el morabrito rodeado de un ejército formidable, que se aumentaba de un momento á otro con los contingentes que llegaban de todas partes.

Las kábilas están siempre dispuestas á la guerra contra las ciudades, porque éstas les ofrecen el saqueo y las licencias de todo género, y las kábilas han sido las primeras que han ayudado siempre á los rebeldes contra los príncipes reinantes.

Por lo mismo ayudaban entonces á Mirian contra Sydi Ahtmed.

Es decir, que el nuevo sultán, que creía haber acabado con la guerra civil, se la encontraba en el primer escalón de su trono.

Había cundido con la rapidez de la luz y á grandes distancias la noticia de que Sydi Juzef-Abd-el-Azis-al-Hhayzarf-ben-Merini, el xerife solitario y santo anacoreta del morabrito de Ain-Al-Mokazen, esto es, de la ermita de la fuente de Mokazen, hijo, hermano y tío del sultán, había sido traidora y cobardemente asesinado en Alcázar-Kivir por su sobrino el xerife Ahtmed, proclamado sultán por el ejército después de la batalla en Alcázar-Kivir.

Esto había excitado la ira de los santones y, por consecuencia, el furor de las kábilas montañesas, que no tienen otro señor que su santón, que dispone de ellas para todo.

Las kábilas de muchas leguas á la redonda habían acudido y no cesaban de acudir.

Era una muchedumbre inmensa, pero mal armada.

Entre más de cien mil hombres que ya acampaban al aire libre alrededor del morabrito de Mirian, podía decirse que apenas había seis mil jinetes y veinte mil infantes armados con gúmta y espingarda.

Los demás llevaban por armas palos, hoces, hierros mal enastados y hondas.

Sin embargo, todos eran fieros y bravos como

leones y estimulados por la competencia de kábila á kábila.

Toda esta gente necesitaba un jefe que la mandase, que la organizase, que la llevase tras sí al combate, y sobre todo oro para mantenerse, por más que los marroquíes campesinos estén mantenidos con un pedazo de pan y un puñado de higos secos.

Pero el pan y los higos secos para cien mil hombres cuestan dinero.

Mirian se vistió un ostentoso traje de sultana morabrita de la familia de los xerifes, se cubrió de joyas, montó á caballo y, llevando al pirata Aben-Shariar á su izquierda, á su derecha al santón de Lukos, el más respetado en la comarca después del difunto Juzef; detrás el resto de los santones que habían acudido con sus kábilas, y, por último, como guardia, los treinta corsarios negros de Aben-Shariar, entre los cuales marchaba á caballo el esclavo Kaimo, llevando el estandarte verde de xerife, de Sydi Juzef, salió al campo á recorrer las kábilas reunidas, á pesar de que era de noche.

Pero urgía dar caudillo á aquella gente.

La luna llena continuaba y, á más de eso, centenares de antorchas ardían por todas partes.

El campo de batalla, cubierto de cadáveres sangrientos se veía á lo lejos, y partía de él un olor fuertemente desagradable.

Era necesario también levantar de allí el campo y dejar abandonado por algún tiempo el morabrito hasta que llegasen los aires fríos del invierno y purificasen la atmósfera, cuando sólo hubiesen quedado blancos huesos donde entonces existían despojos repugnantes.

Los habitantes de Alcázar-Kivir que habían sobrevivido á la entrada de las kábilas en la ciudad y que habían sido completamente robados, sin tener nada que guardar en sus casas, habían marchado hacia Fez y Mequinez huyendo de la guerra y de la infección.

Muy pronto aquel numeroso ejército debía moverse de aquellos sitios para empezar la guerra.

A medida de que Mirian llegaba á cada una de las kábilas, la saludaba una entusiasta y ruidosa aclamación.

Aquellos hombres feroces no podían ver sin entusiasmo su hermoçura, sus galas y la altiva majestad que rebosaba de ella.

Era, además, la hija única del xerife Sydi Ju-

zef, la sultana, la elegida por Dios para vengar la muerte del santo anacoreta.

Los santones la proclamaban al llegar á cada kábila y las kábilas repetían con frenéticos gritos de entusiasmo las aclamaciones de los santones.

A seguida era proclamado Aben-Shariar caudillo del ejército, y como eran los santones los que le proclamaban, las kábilas no tenían otra cosa que hacer que aciamarle también.

En solas dos horas tuvo lugar la proclamación de sultana de Mirian y la elección como caudillo de Aben-Shariar.

A la mañana siguiente, el primer cuerpo de ejército debía marchar sobre Larache, donde se encontraba separado de su ejército y con sólo tres mil jinetes el sultán Sydi Ahtmed.

Es cierto que el resto del ejército del sultán contramarchaba dejando el camino de Fez y viniendo al socorro del sultán.

Pero, en cambio, también kábilas y más kábilas aumentaban prodigiosamente el ejército de Mirian.

Al volver Mirian á su cerrado aposento del morabito, al acercarse al lecho del herido, sintió una alegría, una conmoción, una sensación infinita, dulce, imposible de expresar.

El herido tenía abiertos sus grandes ojos azules, miraba á la sultana de hito en hito, sin asombro, pero con una extrañeza en que había mucho de altivo y de interrogador.

La mirada del herido, fija en los ojos de Mirian, parecía preguntar:

—¿Por qué estoy yo aquí? ¿Qué lugar es éste? ¿Quién eres tú?

—¡Oh! ¡Yo te amo! ¡Yo te amo!—dijo ardentemente Mirian—yo soy feliz porque vuelves á la vida; nada temas; te protejo yo.

Como era natural, el herido no comprendía ni una sola de aquellas palabras; pero comprendía sí la elocuente expresión del semblante de la enamorada joven.

La miró con ansia, y levantó con trabajo uno de sus brazos.

Mirian comprendió la intención del herido, tomó su mano derecha y la besó con ternura.

El herido se estremeció con cuanta fuerza podía en el estado de debilidad en que se encontraba, entreabrió levemente sus tristes ojos azules, y los cerró como para absorber, como para retener, como para guardar la dulce impresión

que acababa de recibir. Mirian se sintió feliz.

No podía dudar de que su vista había causado en su herido una impresión dulce, una impresión semejante á la que sentimos la primera vez que vemos al sér nacido para amarnos y para hacernos amar.

Mirian inclinó su cabeza blandamente sobre el pecho del herido y lloró de felicidad.

El amor de aquel hombre era toda su pasión, todo su presente, todo su porvenir; él era todo su sentimiento, todo su amor, toda su vida; su sangre africana se inflamaba en un amor exclusivo, único, poderoso, que absorbía y llenaba á un tiempo todo el sér de la joven.

Fuera del hermoso herido de los ojos azules, nada existía para Mirian.

La muerte de su padre, el encuentro de su madre y de sus hermanas, su rápida separación de ellas, el ejército que la rodeaba, la guerra empeñada contra el sultán, todo había desaparecido de su memoria, como si no hubiera existido, como si no existiera, como esos sueños que pasan sin dejar ni aún el recuerdo de lo que han hecho gozar ó sufrir.

Para Mirian aquel hombre lo era todo: una continuación de su propio sér, un esposo, un hermano, un padre, su vida, su alma, su esperanza, su alegría, su placer y su llanto.

Mirian había sufrido y anhelado mucho, mientras aquel hombre, yerto é insensible como un cadáver, no había podido hablarla ni aun con el lenguaje de los ojos.

Pero cuando los ojos de aquel hombre la miraron, cuando Mirian vió aquella mirada altiva y á la par audaz, asombrada y al par tranquila, doliente y al parecer iluminada por una expresión de inmensa alegría, leyó en ella una primera frase de amor y se sintió inundada por toda la felicidad que había anhelado durante largas horas de agonía que había pasado al lado del herido.

Pero Mirian, bastante instruída por su padre en medicina, y harto inteligente y harto sensible, comprendió que excitar demasiado al herido era exponerle, en el estado en que se encontraba, á un retroceso seriamente peligroso.

Se separó, pues, de él; fué á las redomas que estaban en un ángulo de la mesa, compuso un calmante y lo sirvió en un vaso de oro al herido, que lo bebió con ansia, sonriendo de agradecimiento á Mirian.

Es muy dulce para una mujer de corazón alentado, de alma pura, de imaginación soñadora y poética, verse colocada en la situación de protectora de un hombre débil y enfermo, que ha llegado á la enfermedad á causa de heridas recibidas en combate, vengando cada herida con una muerte, cayendo como cae el león accasado entre un horrible cerco de enemigos; es muy dulce amar á un hombre tal, cuidarle, velarle y devolverle la vida, y con la vida su fuerza y lo terrible de su valor; es volver á levantar la encina caída por el pie, asentarla, verla arraigar de nuevo y recobrar su pompa y su lozanía para reclinarse después á su pie y dormir bajo su sombra.

La bebida que Mirian había dado al herido produjo inmediatamente en él una expresión de dulce languidez, y poco después un sueño suave, dulce, tranquilo.

Mirian le observó cuidadosamente.

El calor se dejaba sentir sobre su piel; las pulsaciones de sus arterias eran débiles, pero regulares; su sueño era dulce; empezaba á desaparecer el peligro; pero era necesario ser muy prudente, y esto era lo más difícil para Mirian; porque cómo pedir prudencia á una mujer tal como ella, que amaba por la primera vez y con un amor como el que ella sentía por el herido.

Mirian, sin embargo, se separó del lecho, veló la luz de la lámpara hasta el punto de que apenas se distinguían en el aposento los objetos, y salió, llevándose consigo á Ayelah y cerrando la puerta.

Mirian se trasladó con Ayelah al que había sido aposento de su padre.

Una vez allí, Mirian, con la ayuda de la esclava, levantó la tarima que con una estera de palma había servido de lecho al xerife, y quedó descubierta una pequeña compuerta de madera manchada por una constante humedad.

Aquella compuerta tenía tres cerraduras, cuyas llaves acostumbraba á llevar consigo el xerife.

Por consecuencia, fué necesario forzar aquellas cerraduras, lo que consiguió Ayelah, después de algún tiempo, valiéndose de un puñal fuerte y corto que se encontró en el aposento entre las armas de Sydi Juzef.

Una vez abierta la compuerta, quedó franca una estrecha y corta escalera por la que se bajaba á una pequeña cueva.

En aquella cueva, ruinoso é infiltrada de humedad, había seis grandes cofres de roble tallado con arabescos y ceñidos con abrazaderas de hierro.

Cada uno de aquellos cofres tenía dos candados fuertes, que resistieron á las fuerzas de Mirian y de su esclava, siendo necesario llamar á Kaimo.

Los puños de hierro del negro fueron más fuertes que los candados.

Uno tras otro, los doce candados de los seis arcones fueron retorcidos, descerrajados, arrancados. Los cofres quedaron abiertos.

Estaban llenos de dinero.

Era aquel un tesoro acumulado por Sydi Juzef durante diez y seis años, en que todo el imperio había contribuido con cuantiosas limosnas al mantenimiento del santo anacoreta, á cambio de recetas y oraciones.

Todas las monedas que llenaban aquellos enormes cofres eran de oro.

Mirian era poseedora de inmensas riquezas, superiores á las que podía reunir el sultán, porque su padre había recibido constantemente mucho, y había gastado muy poco, porque las ricas alhajas y las hermosas telas que tenía Mirian habían sido donativos de las moras ricas de todo el imperio, que en sus apuros habían recurrido al favor del cielo por medio de la intercesión de Sydi Juzef.

Los musulmanes se distinguen principalmente por su ciego fanatismo y por la fe que tienen en el poder milagroso de sus santones.

Un santón, por oscuro que sea, es una eminencia temible entre los moros.

En Marruecos no se hace nada sin la intervención de los santones.

El poder real es nulo contra ellos.

Sin ellos, sin su aquiescencia, no existe el poder real.

El primero, pues, el más influyente de los santones, es un hombre, que como lo había sido Sydi Juzef, lo tiene todo al alcance de su mano.

—No sabía yo que mi padre era tan rico—dijo con alegría Mirian.

Y no se alegraba Mirian de poseer aquel inmenso tesoro porque fuese avara, sino porque el dinero es el poder, y tenía delante de sí en aquel oro una inmensa cantidad de poder.

Como mejor se afirman las proclamaciones es repartiendo oro entre los proclamadores.

—Mañana, al amanecer—dijo Mirian á Kaimo—, repartirás una dobla vieja juzefina á cada uno de los creyentes que se han levantado por mi bandera.

—¡Pero señora, considerad que hay más de sesenta mil moros montaraces acampados en la llanura!

—Sesenta mil doblas menos.

—Con una dobla se mantiene en la guerra un jinete durante un año.

—No importa; que los que me sigan conozcan la riqueza y el poder de su sultana.

—Como quieras, luz del cielo.

—Necesito además una gran tienda de paño rojo en el interior, de pelo de camello en el exterior, alfombras y divanes para esa tienda: una tienda de sultán.

—Enviaré algunos jinetes por ella á Mogador.

—Quiero además cien tiendas vicas para mis caudillos y para las gentes de mi servicio.

—Muy bien, sultana.

—Quiero además una guardia de cien jinetes negros escogidos.

—Si los pagas bien, señora, tendrán los tres mil esclavos de la guardia negra, con los cuales se ha encerrado el sultán Sydi Ahtmed en Larache.

—¿Y cómo entenderse con ellos?

—Yo mismo iré á comprarlos.

—¡Tú! Pero expones tu cabeza, Kaimo, y yo estimo tu lealtad y tu amor.

—Yo volveré á ti, no sólo con mi cabeza, sino con tres mil cabezas más, y más negras que la mía; puede suceder que entre esas cabezas te traiga yo la de Sydi Ahtmed, pero separada de los hombros.

—¿Para qué quiero yo su cabeza, si me basta con su corona?

—Pero las coronas se pegan tanto á la cabeza que las ciñe, que cuando se tira con fuerza de la corona, la cabeza se viene detrás.

—Sea lo que quiera la voluntad del Altísimo—dijo Mirian—; cuenta esas sesenta mil doblas y entrégalas á mis soldados; después con una taifa de jicetes moriscos ve á Mogador, compra lo que te he encargado, y tráete contigo cien camellos de carga.

Y después de estas palabras, Mirian, que confiaba ciegamente en la fidelidad de Kaimo, le dejó junto á aquel tesoro y se volvió con Ayelah á cuidar al herido.

CAPITULO XII

DE CÓMO TUVO PRINCIPIO, MEDIO Y FIN
LA GUERRA CIVIL DE MARRUECOS

Pasaron algunos días.

Dos formidables ejércitos estaban el uno á la vista del otro, en los arenales de la costa, á uno y otro lado de la ciudad de Larache.

Dentro de Larache estaba Sydi Ahmed, sitiado por tierra, y esperando socorros por mar.

En el mar, desde Larache á Tánger, cruzaba todavía tenaz para recoger á los fugitivos que quedasen de la batalla de Alcázar-Kivir, la flota portuguesa al mando del almirante Diego de Sousa.

Cinco hombres solamente pudieron salvarse y llegar á las naves, llevando la triste noticia de la derrota que había tenido lugar dos leguas tierra adentro.

El almirante esperó algunos días más, y viendo que en la costa sólo aparecían moros, y que toda Africa, según las apariencias, se había agrupado á aquellas playas, tomó el rumbo para Lisboa, abandonando aquella región que tan tuesta acababa de ser para Portugal.

Entretanto el ejército de Mirian acometía inútilmente á Larache.

Sus baterías de tierra rechazaban con una mortandad horrible á las kábilas que las asaltaban en tropel.

Al mismo tiempo, el ejército del sultán, que había contramarchado desde Fez y llegado á la vista de Larache, pretendía en vano dar un combate cada día, arrollar y vencer á las tenaces é indomables kábilas que sitiaban á Larache, y éstas á su vez acometían en vano al formidable ejército de Sydi Ahtmed.

Entrambos ejércitos conservaban tenazmente sus campamentos, y en el espacio comprendido entre ellos se daba cada día una sangrienta batalla.

El ejército de Sydi Ahtmed tenía sobre el de Sayda Mirian la ventaja de una numerosa y excelente artillería; pero estaba sin pagas, porque Sydi Ahtmed no había reinado lo bastante para tener tesoros á costa de sus vasallos.

En esto le llevaba una gran ventaja el ejército de Sayda Mirian, que estaba admirablemente pagado y mantenido, gracias á los tesoros que el fanatismo había acumulado en las arcas de Sydi Juzef.

El Norte del imperio se mantenía fiel á Sydi Ahtmed, y le enviaba sin cesar contingentes y socorros.

Pero la parte del Mediodía disputaba el derecho del xerife Sydi Juzef, y pedía venganza por su muerte contra Sydi Ahtmed.

Aben-Shariar habia demostrado que era tan buen general en tierra como buen marino á bordo de su galeota.

No habia podido derrotar el ejército de Sydi Ahtmed; pero le habia resistido y mantenido comunicado al sultán con su ejército, poniéndose entre éste y Larache, donde con muy poca gente sostenía una resistencia heroica Sydi Ahtmed.

Mirian, entretanto, vivía en una magnífica tienda en el centro de las kabilas armadas.

Esta tienda estaba rodeada de una fuerte trinchera, guarnecida por veinte mil hombres escogidos entre los más feroces y aguerridos de las distintas kabilas.

Por veinte mil tigres que se hubieran dejado degollar antes que nadie penetrase en la tienda de la sultana.

El morabito de Ain-Al Mokazen habia quedado completamente abandonado y cerrado.

El insoportable hedor del cercano campo de batalla de Alcázar-Kivir, y el temor de un contagio habian sido la causa de su abandono.

Cuando Mirian salió del Morabito para trasladarse al campamento de las kabilas al frente de Larache, habia llevado consigo y cerca de sí una silla de manos cerrada, y conducida por ocho esclavos.

Tal era su enorme peso.

Lo cerrado de esta silla, su peso extraordinario, y el no separarse jamás de ella Mirian, habia hecho creer á todos que en ella se conducía lo más rico del tesoro de la sultana.

Y no se equivocaban, porque para Mirian valía más que un tesoro lo que la silla conducía.

Esto es, su cristiano herido, que estaba ya completamente fuera de peligro, y en estado de poder sufrir una traslación.

Para engañar con un peso enorme á los esclavos, bajo el asiento de la silla de manos se habia puesto una enorme cantidad de doblas de oro.

El resto de las riquezas de Mirian habia sido llevado por camellos.

Cuando se armó la tienda real, la silla de manos fué metida dentro de ella, y Mirian la abrió

por sí misma, no teniendo en su compañía más que á Ayelah y á Kaimo, que guardaba la entrada del compartimiento de la tienda adonde se habia llevado la litera.

Describamos la tienda de Mirian.

Era enorme.

Consistía en un gran cuadrado, dividido en nueve cuadros separados entre sí por fuertes telas de pelo de camello, forradas de ricas sedas.

Es decir, en el centro de la tienda habia un espacio cuadrado rodeado por otros ocho espacios completamente semejantes.

Al espacio del centro no se llegaba inmediatamente después del primer espacio, donde se abría la puerta interior de la tienda.

Al frente de esta puerta sólo habia una división tirante y fuerte, cubierta por un rico tapiz sin abertura alguna.

Las entradas al interior estaban á la derecha y á la izquierda.

Por la entrada de la derecha se llegaba á otro espacio cuadrado, que recibía luz por el frente de su entrada de un ventanillo abierto en la tela de la tienda á la parte exterior; por la izquierda de ese segundo espacio se pasaba á un tercer espacio completamente oscuro; por la izquierda de este tercer espacio se entraba al espacio del centro, que recibía la luz por cuatro aberturas practicadas en la parte superior de la tienda.

Este espacio estaba adornado por unas magníficas alfombras de oro y seda, divanes de terciopelo bordado, tapices, mesas, lámparas orientales, espejos de Venecia, perfumadores, pieles de león y de pantera alrededor de los divanes, y en el centro una preciosa mesa redonda muy baja labrada de madera y metales preciosos, y sobre ella un jarrón de oro del más puro gusto árabe, siempre coronado por flores frescas, aunque silvestres.

En esta preciosa habitación vivía encerrado y como cautivo el misterioso herido, el rey ó el soldado; pero siempre el bello y el valiente.

Los otros espacios á que se entraba por la izquierda del primer espacio de la tienda, comprendían la habitación de Ayelah primero, después la de Mirian, por último los tres espacios restantes contenían el tesoro de la sultana.

En lo alto de la tienda real ondeaba el estandarte verde de Mahoma, que sólo podían usar sus descendientes los xerifes.

Este estandarte y algo de la parte superior de la tienda real era lo único que podía verse desde afuera, y decimos desde afuera, porque la tienda estaba rodeada de una doble y altísima estacada revestida de tierra, que impedía las miradas de los curiosos.

Más allá de esta doble estacada, comprendiendo un gran espacio, había una fuerte trinchera con anchos fosos, y en cada uno de los lados del cuadro determinado por la trinchera, había tres cañones de bronce de grueso calibre.

Estos cañones eran los doce tomados á los portugueses, que el sultán Sydi Ahtmed había dejado en Alcázar-Kivir.

Más allá había todavía otro gran recinto determinado por una estacada.

En este primer recinto, hasta los fosos y las trincheras, había veinte mil moros montaraces de las kábilas, al mando de sus respectivos santones, y armados todos de espingardas y gúntas.

En el segundo recinto, es decir, desde los fosos y las trincheras hasta la doble estacada que rodeaba la tienda real, había cuatro mil jinetes escogidos con lanza, yatagan y espingarda.

Entre estos jinetes, y de trecho en trecho, se veían las tiendas de Aben Shariar, de los doce santones principales que formaban el mexuar ó consejo de la sultana, y las de los demás individuos de la servidumbre.

A la doble entrada de la estacada había una guardia compuesta de negros, que no dejaba pasar á nadie como no fuese por una orden terminante de la sultana transmitida por medio de Kaimo, que por la elevación de Mirian había llegado á ser un gran personaje.

Como que era la persona más inmediata á la sagrada persona de la sultana.

Ayelah, por lo mismo, había llegado á ser una persona de tal categoría, que el más alto y el más rico de los caudillos que seguían á Mirian, se hubiera creído honrado y feliz, si la sultana le hubiese dado por esposa á su doncella favorita.

La llave de la poterna que cerraba la entrada más próxima á la tienda real, estaba siempre pendiente de la correa que ceñía la túnica beduína de Kaimo.

Este, por su parte, estaba siempre tendido y

vigilante como un perro, en el primer espacio de la tienda.

Era, pues, muy difícil, aunque Sydi Ahtmed hubiese tenido un formidable ejército, apoderarse de la tienda real de Mirian.

Estaba colocada en una eminencia fuertemente atrincherada, y defendida, no sólo por los veinticuatro mil hombres que se acampaban en su triple recinto, sino por una muchedumbre inmensa de las kábilas de cerca y de lejos, cuyo número era difícil calcular y que se aumentaba diariamente.

Esto no impedía el que todos los días hubiese un ruidoso combate entre parte del ejército de Mirian y parte del ejército de Sydi Ahtmed, combate que terminaba por retirarse cada una de las partes á sus respectivos campamentos.

Pero ello era que siempre estaban tronando el cañón y la espingarda.

Aquella gente brava no podía estar viéndose sin llegar á cada momento á las manos.

En vano se habían intentado ataques formales contra Larache.

Larache era entonces una plaza de primer orden y estaba bravamente defendida.

Además de esto, el ejército de Mirian se encontraba entre los muros de Larache y el mar, y el ejército de Sydi Ahtmed.

Todo lo que podía hacer era impedir que el ejército de Sydi Ahtmed entrase en Larache ó que Sydi Ahtmed saliese para unirse á su ejército.

Sydi Ahtmed esperaba su marcha para salir de Larache por la parte del mar, reforzar su ejército, ponerse á su cabeza y probar una batalla decisiva contra su hermosa competidora, de la que, como sabemos, estaba locamente enamorado, y de la que había acabado de enamorarle su bizarria en ponerse al frente de un ejército para disputarle la corona.

Mirian estaba dispuesta, por su parte, á todo.

Querta una corona para el hombre á quien amaba, para el hombre á quien creía el rey de Portugal.

Entre tanto, pasaban y pasaban los días.

Ni uno ni otro ejército obtenía una ventaja decisiva sobre su enemigo.

Se prolongaba el tiempo y la escuadra de Sydi Ahtmed no llegaba.

Expliquemos la causa de esta tardanza.

El emperador de Marruecos nunca ha tenido

una escuadra propiamente suya, es decir, una escuadra de barcos de rey, como se decía en aquellos tiempos, pero era, á pesar de esto, dueño de la marina más formidable de Europa.

Y decimos de Europa, porque los buques piratas marroquíes se encontraban siempre ejercitando sus rapiñas sobre las costas europeas del frente de Marruecos.

Hoy el pirata argelino, el tunecino, el marroquí, han desaparecido; la marina de guerra de todas las naciones que hacen con el Africa un comercio cualquiera, y la conquista de Argel, han dado al traste hace muchos años con la piratería de los mares de Levante.

Pero entonces, á pesar del empeño con que Carlos V había perseguido á los piratas, á pesar de que Felipe II había continuado con todo su poder aquella persecución, la piratería musulmana estaba pujante: en vano el emperador de Túnez había exterminado la terrible escuadra de Aradino Barbarroja; en vano en Lepanto había sido exterminada la formidable liga de piratas que contra la santa liga había congregado en torno de su casbá el tremendo Bajá; la piratería, después de cada uno de estos desastres, renacía con más fuerza y continuaba la misma inseguridad en las playas europeas del Mediterráneo, y continuamente se escuchaba la triste noticia de barcos apresados por los piratas moros.

Los soberanos musulmanes de Marruecos, Túnez, Trípoli, Argel, Egipto y Turquía no tenían otra escuadra de guerra que estos barcos piratas, que estaban obligados á acudir al llamamiento del señor.

Pero cuando llegaba este caso, desde el llamamiento á la reunión de las fuerzas marítimas necesariamente pasaba mucho tiempo.

Esto mismo sucedía entonces. Sydi Ahtmed había enviado á todos los puertos de su imperio órdenes terminantes, y ya se le habían presentado los corsarios que por más próximos habían podido recibir entonces las órdenes del sultán; pero el número de los llegados era insuficiente: Sydi Ahtmed necesitaba sacar de Larache su artillería, sus cautivos de Alcázar-Kivir y sus tres mil excelentes esclavos de la guardia negra, y como generalmente los buques corsarios, para llenar sus indispensables cualidades de ligereza y de poco calado, para acercarse á todas las playas y entrar en todos los abrigos, eran pequeños, de aquí que se necesitaba un gran número para

embarcar los cuatro mil hombres entre cautivos y soldados que tenía consigo Sydi Ahtmed, y el inmenso botín de la batalla de Alcázar Kivir.

Por todas estas razones, había pasado más de un mes desde que Sydi Ahtmed había sido cercado entre el mar y el ejército de Sayda Mirian.

En este tiempo el cristiano herido, prolija y cuidadosamente cuidado por Mirian, se había restablecido, y su estado era tal, que dentro de poco tiempo debía recobrar sus fuerzas y su salud por entero.

Las heridas habían sido perfectamente curadas y ninguna de ellas hacía temer que se recrudesciesen ni que afectasen con lesión alguna el organismo del cristiano.

Mirian estaba á un mismo tiempo loca de alegría y poseída de una ansiedad terrible.

Aquel misterioso personaje era hermoso, gallardo, noble y apasionado.

Aunque ninguno de ellos comprendía el idioma del otro, hay, sin embargo, un lenguaje general para todos los hijos de Adán: el lenguaje del alma, hablado por los ojos, por los movimientos, por los suspiros.

El cristiano, desde el momento en que volvió á la vida y abrió los ojos, comprendió que aquella hermosísima niña que se inclinaba pálida y anhelante sobre su lecho, sobre su faz, le amaba.

Y, sin duda, aquel hombre no había amado nunca, ni nunca había sido amado, porque el amor de Mirian fué para él lo que es para el ciego de nacimiento que adquiere la vista, la revelación de la luz.

Mirian no necesitó de palabras ni de promesas para comprender que aquel hombre tenía el alma virgen.

Lo comprendió, á pesar de que ella tenía el alma virgen también.

Lo comprendió, porque hay en nuestra alma un sentimiento delicado, un sentimiento misterioso que nos revela y nos hace comprender, con una sola impresión, cosas de que no tenemos conocimiento alguno.

El cristiano, pues, y Mirian se amaron porque se comprendieron recíprocamente de esa poderosa manera que determina el amor: se amaron porque la situación del uno había colocado al otro en una situación idéntica, en una situación fuertemente excepcional.

Él sentía todo el peso de su situación.

Vencido, herido, doliente, en poder de sus enemigos, lejos de su patria.

La mujer cuando ama, y con una abnegación que rara vez se ve en el hombre, se sacrifica con los sufrimientos del ser amado, los absorbe, los padece, los siente con más fuerza aún que el que es víctima de ellos.

Mirian sufría completamente el estado moral del cristiano.

Había adivinado sus padecimientos y los absorbía.

Según ella, había perdido un reino; se encontraba cautivo, en tierra extraña, lejos de su madre, de sus parientes, de sus amigos, de su patria.

Pero no lejos de la mujer de su amor.

Porque á las primeras miradas, á las primeras expresiones del semblante del cristiano, había comprendido que era amada.

Mirian había querido salir de dudas.

Según lo que ella misma había visto, habían caído en la batalla de Alcázar-Kivir dos hombres exactamente parecidos, que habiendo sido encontrados desnudos, muerto el uno, aparentemente muerto el otro, no se había podido poner en claro cuál de ellos era el rey, cuál el soldado.

Mirian había retenido perfectamente en la memoria los nombres de aquellos dos hombres que había oído á Francisco de Aldana.

El uno se llamaba don Sebastián, rey de Portugal. El otro era español y se llamaba Gabriel de Espinosa.

Ella creía por altivez, y no sabemos por qué misterio, que su herido era el rey don Sebastián.

Había creído ver la majestad de un rey en los rasgos fisonómicos del herido.

Pero Mirian estaba dotada de una gran rectitud de juicio, y comprendió que podían enganarla las apariencias ó el deseo.

Francisco de Aldana, que hubiera podido sacarla de dudas y servirla de intérprete para con su amado, había sido víctima de la peste negra, que empezaba á cundir en la comarca.

No era muy fácil encontrar otro que pudiese sacarla de dudas, como no fuese alguno de los cautivos de la batalla de Alcázar Kivir, y Sydi Ahtmed tenía demasiado guardados á aquellos cautivos.

Mirian se puso para probar su amor en la situación de creer que aquel hombre no era el rey, sino el vasallo; que no era el rey don Sebastián, sino el soldado Gabriel de Espinosa.

Y al examinar su corazón comprendió que para su corazón aquel hombre no tenía nombre, y que le amaba con toda su alma, ya fuese don Sebastián, ya Gabriel de Espinosa, ya ninguno de los dos. Quiso, sin embargo, probar.

Un día en que los dos amantes se miraban de hito en hito, se acariciaban con los ojos, se dormían el uno en la mirada del otro, Mirian dijo:

—¡Don Sebastián!... ¡Rey!

Pasó algo terrible, algo sombrío, algo letal por la mirada del herido; parecía que su alma entera se había conmovido, pero como se conmueve el alma de un hombre al escuchar el nombre de su enemigo, y de un enemigo á muerte.

—¡Don Sebastián, no!—exclamó haciendo con la cabeza, con las manos, con todo su ser, un enérgico movimiento negativo.

—¡Gabriel de Espinosa!—dijo Mirian.

Palideció el cristiano como si hubiese escuchado una voz de la eternidad; tomó la actitud de abatimiento más profunda, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Gabriel de Espinosa?—repitió la joven pronunciando de una manera trabajosa, pero inteligible la frase.

—¡Gabriel de Espinosa, sí!—respondió con voz apenas perceptible el cristiano, haciendo al mismo tiempo con la cabeza un ademán afirmativo.

Mirian tomó la pluma y escribió algunas palabras que presentó al cristiano.

El cristiano la hizo comprender que no comprendía los caracteres árabes de aquella escritura.

A su vez tomó la pluma y escribió algunas palabras con caracteres romanos.

Mirian no comprendía tampoco aquella escritura.

Se necesitaba un intérprete.

—¿Y cómo y dónde podía encontrarse un intérprete, á quien pudieran confiarse las inteligencias de dos enamorados, siendo la una parte doncella musulmana?

Hubieron al fin satisfacerse por hablar por señas y por comprenderse perfectamente cuando se trataba de amor.

Recíprocamente se habían enseñado las significaciones en sus respectivos idiomas, de las cosas con que se ponían en contacto, de lo que veían, de lo que sentían.

El sol, la luna, la noche, el día, las horas, las letras, los objetos que los rodeaban, y sobre todo la palabra amor.

Ella se desesperaba como una niña loca, cuando tardaba demasiado en comprender la correspondencia de una palabra con un objeto ó un sentimiento, y él á su vez mostraba lo irascible de su carácter, conteniéndose á duras penas cuando se encontraba en el mismo caso.

Esta lentísima enseñanza recíproca, era continua.

Mirian no se separaba del cristiano sino para dormir seis horas; al amanecer estaba otra vez á su lado.

Y era tan intenso el amor de los dos, tan puro por su intensidad, que el más rígido morabito que hubiese presenciado oculto aquellas largas entrevistas, aquella vida casi común, nada hubiera encontrado ni aún ligeramente reprehensible en la conducta de entrambos jóvenes.

Es necesario no olvidarse de que ella apenas contaba diez y siete años.

Que él apenas tenía veintidós.

Es decir, de que estaban en la edad de esos poéticos y purísimos amores que se alimentan de sí mismos.

Pero el amor tiene un objeto y un fin.

Mirian quería por esposo al cristiano y encontró medio de significarle el deseo de su amor, enlazando sus largas trenzas alrededor de su cuello y haciéndole comprender de una manera mímica que aquella unión no debía romperse sino por la muerte.

El cristiano asió con trasporte las manos de Mirian, las estrechó dulcemente asidas en una de sus manos, y levantando la otra y señalando con su índice al cielo, dijo:

—¡Dios!

—¡Allah!—respondió Mirian.

—¡Dios Allah!—dijo el cristiano uniendo las dos palabras.

—¡Ah! ¡Dios, Dios!—repitió Mirian.

—¡Gabriel, Mirian!—dijo el cristiano uniendo estos dos nombres.

—¡Sí, sí!—dijo Mirian supliendo estas dos afirmaciones con dos enérgicos movimientos.

—¡Cristiana!—dijo Gabriel.

(Le llamaremos así, puesto que él se daba este nombre.)

—¡Nazarena!—dijo Mirian.

—Sí—dijo Gabriel.

Y señaló con el puñal de Mirian profundamente una cruz en el labrado tablero de la mesa.

Mirian se puso pálida de emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas, y abriendo la preciosa túnica que cerraba su cuello, sacó de él una magnífica cruz de brillantes pendiente de un collar de perlas.

Hay que advertir que las moras de Marruecos usan mucho de la cruz como adorno y saben que es el suplicio en que fué crucificado el profeta Jesús.

Porque los moros saben y creen que ha existido Jesús, que fué hijo de una Virgen y que fué enviado por Dios para una gran misión; veneran á Jesucristo como profeta, y como mártir le llaman *Espíritu de Dios*, y únicamente se muestran intolerantes cuando se les dice que Jesucristo es Dios; ellos creen á Jesucristo uno de sus profetas inferiores á Mahoma.

Las moras, cuando están en el momento más terrible del alumbramiento, invocan á la Virgen exclamando:

—¡Mira que es una mujer la que padece!

Mirian besó conmovida la cruz.

Luego la descolgó del collar de perlas de que pendía y la presentó á Gabriel.

Gabriel se arrodilló y oró sobre aquella cruz que conservaba aún el tibio calor del seno de Mirian.

Su oración era apenas ininteligible para Mirian, larga, sentida.

Al cabo, de rodillas aún, atrajo á sí por el flexible talle á la niña y la hizo arrodillarse.

—¡Jesucristo!—dijo poniendo el dedo sobre la cruz y mostrándola á Mirian.

—¡Jesucristo!—repitió Mirian.

—¡Jesucristo Dios!—dijo Gabriel levantando la cruz y los ojos al cielo.

—¡Jesucristo Allah!—repitió Mirian levantando sus hermosísimos brazos al cielo.

—¡Marta!—exclamó Gabriel.

—¡Mirian!—exclamó la joven con ternura, dirigiendo una dulce invocación á la Virgen.

—¡Mirian nol!—dijo el cristiano.

—¡Marta!—dijo Mirian.

Tentán unidas las manos; el sol declinaba; una lenta luz penetraba por las estrechas claraboyas abiertas en la puerta de la tienda.

Gabriel, estrechando por primera vez contra su seno á Mirian, exclamó mirando al cielo:

—¡Señor: tú has querido que yo venga á combatir los infieles! ¡Señor: sin este angel de esperanza, de caridad y de amar, yo no existiría! ¡Señor: yo la hago mi esposa con toda mi alma, con todo mi amor, con toda mi gratitud! ¡Señor: ella escucha estas palabras sin comprenderlas! ¡Aquí no hay más testigo de ellas que tú, Señor, Dios mío! ¡Tú ves mi alma; si alguna vez falto al juramento y á la fe para con ella de que te hago depositario, castígame sin piedad, Señor! ¡Caiga sobre mí todo el horror que tú guardas para los infames y para los perjuros!

Gabriel había dicho estas palabras en portugués y, sin embargo, por el acento, por la expresión, por la connotación, por los ademanes de Gabriel, que alguna vez había señalado con su dedo á Mirian y extendido en seguida su brazo al cielo, Mirian comprendió la verdad y exclamó á su vez en árabe:

—¡Jesucristo Allah! ¡Guárdame siempre amante y pura para mi esposo!

Desde este momento ya no se separó Mirian ni un solo instante de Gabriel.

La vida de entrambos era completamente común.

Eran esposos.

CAPITULO XIII

DE LOS INCONVENIENTES QUE HAY ENTRE MULSUMANES, POR ELEVADOS QUE SEAN LOS PERSONAJES, PARA EL AMOR, CUANDO LOS AMANTES SON CRISTIANO Y MORA

Mirian se había olvidado de todo, ó mejor dicho, se había creído demasiado fuerte, cuando en la situación excepcional en que se encontraba, se había unido en cuerpo y en alma á su esposo.

Y decimos su esposo, porque en la situación de Gabriel y de Mirian, su unión, á nuestro modo de ver y considerando moralmente la situación, había sido un verdadero casamiento hecho ante Dios, y al que sólo faltaba la consagración de un ministro de Dios sobre la tierra.

Tal había sido el pensamiento del esposo.

Tal la seguridad y la esperanza de la esposa.

Pero en Africa jamás una mujer, por sola que se crea, está sin testigos.

Ya sabemos de qué mala manera Sydi Juzef

había consentido en que su hija se encargase de la curación del herido, y sabemos además que cuando por la muerte de su padre Mirian, creyéndose completamente dueña de sus acciones, había introducido en su mismo aposento á Gabriel, el esclavo negro, Kaimo, había puesto muy mala cara á aquello.

En primer lugar, Kaimo era tan musulmán y tan creyente como Mahoma; aborrecía, por lo tanto, de muerte á los cristianos, y no podía ver sin cólera que un *perro nazareno* viviese en la habitación de una doncella, que á más de ser musulmana, era de la sacra familia de los xerifes.

Había además otra razón, además de la razón religiosa, para que Kaimo mirase aquello con muy malas entrañas.

Kaimo, que había visto niña, adulta y mujer á Mirian; Kaimo, que desde su juventud había servido al xerife Sydi Juzef y gozado de su confianza; Kaimo, que era impresionable de una manera terrible, como todos los seres de su ardiente raza, había contraído por Mirian un amor frenético, una pasión ciega, unos deseos horribles; el solo sonido de la voz de la joven, menos que eso, el roce de su blanca túnica sobre el césped de Aín-Al-Mokazen, bastaba para que Kaimo se estremeciera de una manera terrible.

Pero los oriundos de la costa de Guinea, al par que están sometidos á las más exageradas pasiones, tienen sobre sí mismos un dominio increíble, y no hay nada semejante á lo profundo del disimulo y de la destreza con que saben ocultar el afecto que más les enloquece.

Por bajo este disimulo, las pasiones del negro ó del mulato del Africa septentrional hierven, se contienen y van formando en ellos una resolución que llega á ser irrevocable.

Kaimo sabía demasiado que Mirian era para él un imposible.

Sabía que una sola mirada imprudente, ó una palabra escapada, ó un suspiro mal contenido que hubieran descubierto en él la más leve inclinación amorosa hacia su señora, le habría costado la cabeza.

Y Kaimo no quería morir; necesitaba vivir, por desesperada que fuese su vida, para adorar en silencio á Mirian.

Pero Kaimo había jurado por el profeta y por el cacique negro, generador de su familia, matar sin piedad y sin medir el precio que le hiciesen pagar por la muerte, al hombre que lle-

gase á ser esposo de Mirián, y antes que pudiese poseerla.

Ímportaba poco que el esposo de Mirián fuese el mismo sultán de Marruecos; Kaimo le mataría.

Ignoraba Mirián que desde el momento en que Gabriel de Espinosa había vuelto en sí del prolongado letargo en que le había sumergido la gravedad de sus heridas y la gran pérdida de sangre, un hombre de color cobrizo, cubierto con un traje pardo, se había arrastrado como una serpiente, en silencio, hasta colocar su cabeza debajo del tapiz de la puerta del aposento de la sultana.

Aquel hombre era Kaimo.

Kaimo comprendió con un furor reconcentrado, semejante sólo al del tigre que no puede lanzarse sobre su presa, que el cristiano y la sultana se amaban; oyó las palabras de esta última, que en vano anhelaba comprender Gabriel de Espinosa; llevó cien veces en cada una de estas ocasiones la mano al puño de su gümía, y otras tantas permaneció irresoluto, esperó; pero cuando vió á Mirián entre los brazos de Gabriel de espinosa, ya no pudo contenerse; había llegado el momento de matar; su mano desnudó la gümía, y su cuerpo se encorvó como el del tigre cuando se prepara al salto.

Pero de repente se dejó caer otra vez desplomado, se retiró silenciosamente, á rastra, de su acechadero, dejó á los esposos entregados á los delirios de su amor, y fué á sentarse á la puerta de la tienda.

Meditó que para vengarse no necesitaba exponer su vida.

Bastaba para su venganza el Koran.

El Koran sentencia á muerte con su amante á la mujer mora que entrega su cuerpo á un cristiano.

De esta ley nadie está exceptuado.

Ni aun las sultanas hijas de los xerifes.

Mirián había faltado á la ley, y la ley la mataría.

¶ Pero he aquí lo que contenía, ó más bien, lo que establecía la irresolución del negro:

Que adoraba á Mirián, y el sólo pensamiento de su muerte le volvía loco de dolor.

Pero loco de dolor, de celos, de desesperación, de venganza, le volvía también el saber que un cristiano, un *perro nazareno*, un hereje infiel, poseía á la hurí de las huries, á la magnífica, á

la resplandeciente de hermosura, á la incomparable Mirián.

En esta irresolución terrible, combatido por este duro tormento del alma, pasó algunos días Kaimo.

La continua estancia de Mirián al lado de Gabriel, al mismo tiempo que irritaba y ensoberbecía más y más al feroz negro, había salvado á Gabriel de Espinosa.

A no dudarlo, durante una de aquellas noches de fiebre y de delirio, Kaimo, aprovechando la ausencia de Mirián del lado de Gabriel, le hubiera asesinado sin piedad.

Pero Mirián no se separaba ni poco ni mucho de su amado, y Kaimo, mudo testigo siempre de la felicidad de los dos esposos, acabó por sobreponer á todo sus celos, por ocultar su amor á Mirián bajo su rabia, y á confundirlos á ambos en su odio.

Una noche... acababa de oscurecer... los dos procuraban entenderse lo mejor posible, y se daban una recíproca lección de lenguas, cuando se encontraron sorprendidos por un ruido cercano y demasiado preciso é inteligible.

Había sonado un cañonazo.

Pero un cañonazo disparado en las mismas trincheras que rodeaban la tienda.

A aquel cañonazo sucedió otro y otro, y continuaron. Al primer cañonazo Gabriel se puso de una manera tal en pie, que bien se dejaba conocer que le llamaba, que le excitaba la voz de la batalla, de la misma manera que excita á un perro amaestrado en la caza el sonido de las trompas de montería.

—¡Un arma! ¡Un arma, María!—gritó extendiendo sus brazos alrededor y revolviendo en terno su mirada fiera, con una fiera tal y tan extraña, que Mirián, sobreponiéndose á todo, exclamó en árabe con una expresión de inmensa alegría:

—¡Ah! ¡Sí! ¡Sí! ¡Tú eres mi rey, mi noble rey portugués!

Y haciendo ademán de que la esperase á Gabriel, salió precipitadamente.

Pero Gabriel la siguió.

Al estampido de los cañonazos, que continuaban más frecuentes y en mayor número, se había unido un nutridísimo fuego de espingardas en toda la extensión de la trinchera que rodeaba la tienda real.

Ya sabemos que Mirián era considerada y res-

petada y obedecida como sultana; pero bajo la condición de que fuese esposa del caudillo que venciese á Sydi Ahtmed.

Mirian creyó, y no podía creer otra cosa, que su ejército había sido sorprendido, y que las gentes de Sydi Ahtmed habían penetrado hasta las trincheras de su tienda.

Pero al llegar á la puerta de ésta, oyó un más próximo ruido de armas.

En la misma puerta de la tienda dos hombres, que no podía saberse quiénes fuesen, combatían al arma blanca. Pero apenas había tenido tiempo Mirian de llegar á ellos, cuando uno cayó á sus pies y no se levantó.

—¡Ah! ¡Miserable traidor!—exclamó una voz, por la que Mirian reconoció al pirata Aben-Shariar.

—¡Oh! ¿Qué combate es ese?—dijo Mirian.
—Es—dijo Aben-Shariar, que estaba inclinado sobre el muerto y se ocupaba en una operación que no podía juzgarse cuál fuese—, es que este miserable Kaimo te ha hecho traición; le estoy cortando la cabeza para enviarla á los santones, con el mensaje de que haré lo mismo con las tuyas, si no se retiran al momento á sus tiendas y se someten á ti.

Y sin decir más, Aben-Shariar se levantó llevando en la mano derecha un pesado objeto informe y partiendo á la carrera.

Entretanto, las balas que disparaban los que acometían la trinchera se clavaban en la alta estacada que rodeaba la tienda, y agujereaban á ésta en mil partes las que pasaban por encima de la estacada.

—¡Ayelah! ¡Ayelah!—gritó Mirian sin retirar-se de aquel lugar.—¡Luces! ¡Trae luces!

A fuerza de repetir sus gritos, Mirian logró ser oída, y Ayelah apareció pálida y temblando con una lámpara en la mano.

—Entonces Mirian vió con horror á sus pies el cuerpo decapitado de Kaimo, á quien á falta de cabeza, reconoció por los vestidos.

Refiramos lo que había hecho Kaimo para merecer ser decapitado por Aben-Shariar el corsario.

Aquella misma tarde el negro había salido de la tienda y de las trincheras é ido á buscar á los santones, que con gran parte del ejército se habían ido á intentar una nueva embestida á Larache.

Encontró al fin á Sydi Yezid-al-Mechid, el

más venerado de los santones de Marruecos después del difunto Sydi Juzef.

Sydi Yezid se batía personalmente avanzando entre los más valientes á los muros de Larache; su guión amarillo estaba rasgado, acribillado por la lluvia de balas que venían de las murallas de la ciudad.

A su lado caían los moros de las kábilas que mandaba con una frecuencia verdaderamente aterradora, lo que probaba que se atacaba bien la ciudad y que la ciudad se defendía mejor.

Kaimo detuvo su caballo junto al santón y Sydi Yezid, que se batía á pie.

—¡Detente, padre—dijo Kaimo—, y haz que se detengan los bravos creyentes que te acompañan!

—¿Quién manda que se suspenda el combate?—dijo el santón, volviéndose á Kaimo con la misma expresión de un lobo á quien se pretendiera arrebatar su presa.

—La prudencia, el deber y la justicia; se nos hace traición—respondió Kaimo.

—¡Traición!—respondió Sydi Yezid, retirando su espingarda que había apuntado hacia los moros que coronaban las murallas.—¿Quién?

—La sultana Sayda Mirian—respondió con acento opaco y terrible Kaimo.

—¡La sultana!

—Sí; en su tienda vive un perro nazareno.

—¡Ay de ti si mientes, esclavo!—gritó Sydi Yezid encarnizando su feroz mirada en Kaimo.

—La sultana Mirian es la amante impura del rey de Portugal.

—El rey de Portugal ha muerto; el cadáver del rey de Portugal está dentro de los muros de Laraché.

—El rey de Portugal no ha muerto—respondió Kaimo—; le recogí de sobre el campo de batalla de Alcázar-Kivir la misma sultana Sayda Mirian, que le ha tenido oculto, le ha curado, se ha enamorado de él y es su manceba.

Sydi Yezid escuchaba absorto y trémulo de cólera á Kaimo.

De tal modo impresionaban los celos y la rabia á Kaimo, que era imposible dudar de la verdad de lo que decía, por la energía con que lo expresaba.

—¡Por Salomón y por Mahomal—gritó Sydi Yezid—que una traición tal y una tal impureza serán castigadas. ¡Sus! ¡A recoger!... ¡Dejad de disparar contra el sultán!

Y Sydi Yezid hizo algunas señales con su guión amartillo.

Inmediatamente cesó el fuego como por encanto y las kábilas vinieron á agruparse alrededor del santón.

—¡Conmigo todos!—gritó Sydi Yezid.

Y se volvió hacia el campamento, en cuyo centro estaba la tienda de Mirian.

Yo me adelanto—dijo Kaimo—; yo voy á impedir que esa mujer impura y ese cristiano puedan escapar.

Y se lanzó á todo el escape de su caballo hacia el campamento.

El santón Sydi Yezid y sus kábilas corrieron en la misma dirección.

De repente salió de través un jinete magníficamente vestido y armado, al que seguían algunos jinetes negros.

Eran Aben-Shariar y algunos de sus corsarios.

—¿Por qué dejas el combate á que te había enviado?—dijo el joven pirata al santón Yezid con toda la autoridad de un general en jefe.

—Porque se nos hace traición—dijo Sydi Yezid—; porque Sayda Mirian es una ramera impura; porque tiene oculto en su tienda al rey de Portugal, salvado por ella del campo de batalla de Alcázar-Kivir; porque es su manceba.

—¿Quién te ha dicho tal cosa?—gritó ronco de furor Aben-Shariar.

—Aquel esclavo de Mirian que llega en este punto al campamento—dijo el santón.

Y señaló á Kaimo, que estaba ya cerca de las trincheras y corría á todo escape de su caballo.

Aben Shariar no preguntó más.

Apretó sus espuelas á los flancos de su caballo, le soltó la brida y se lanzó hacia la tienda de Mirian á toda carrera seguido por sus corsarios.

Por mucho que corriesen Sydi Yezid y sus kábilas, iban á pie y debían necesariamente llegar más tarde que Aben-Shariar y sus corsarios, que iban magníficamente montados y hacían escapar sus caballos de una manera portentosa, afligiéndoles de continuo con sus anchas espuelas.

Llegaron al fin á los fosos de la trinchera.

Los puentes estaban echados y Aben-Shariar y los suyos pasaron.

Apenas estuvieron dentro de la trinchera, Aben-Shariar dijo á sus corsarios como pudiera

haberse dirigido un general en jefe á sus ayudantes:

—Que se alcen todos los puentes; que se reciba á cañonazos y á tiros á todo el que se acerque á los fosos, sea quien fuere; id.

Y luego, dirigiéndose á los moros que tenía alrededor, gritó:

—¡A las armas, amazirgas del Algarbel! ¡A las armas, leones de Hus y de Kansa, tigres de la selva de Kairvan y del desierto de Dar! ¡La traición nos rodea! ¡Defended á la noble sultana Sayda Mirian contra esos santones á quienes ha seducido el traidor Sydi Ahtmed!

Y dichas allí estas palabras, recorrió todas las trincheras repitiéndolas á las kábilas que las defendían.

Poco después se oyó el primer cañonazo.

Aquel cañonazo que había retumbado delante de la tienda de Mirian.

Había ya cerrado la noche cuando empezó el combate entre las kábilas del campamento exterior y las que guarnecían las trincheras del campamento real de Mirian.

Aben-Shariar, en el momento que había retumbado el primer cañonazo, había corrido á la tienda de Mirian.

Pero al ir á entrar en ella se le cruzó un hombre atlético, yatagán en mano, y le acometió.

Aben Shariar dió un salto atrás con la agilidad de una pantera y, desnudando su ancho y corvo alfanje, cayó de un salto sobre el que le había acometido.

—¡Ahl! ¡Eres tú!—gritó reconociéndole.—¡Tú, traidor! Pues bien: has encontrado tu castigo.

Un momento después, Kaimo caía muerto á los pies del pirata, al mismo tiempo que se presentaba en la puerta de la tienda de Mirian.

Aben-Shariar corrió á la trinchera con la sangrienta cabeza de Kaimo.

Encendiéronse antorchas, y la horrible cabeza, alumbrada por ellas, fué levantada en la punta de una lanza.

Al mismo tiempo, las trompetas de Aben-Shariar mandaron cesar el combate.

La vista de aquella sangrienta cabeza y la voz de las trompetas, hicieron callar el fuego.

Al otro lado de la trinchera, al borde del foso, frente al puente, había algunos hombres furiosos.

Eran Sydi Yezid y algunos otros santones que gritaban, gesticulaban y movían los brazos de una manera incesante.

No se oía la palabra de ninguno, confundidas todas las voces por el griterío.

Aben-Shariar se alzó al otro lado del foso, y gritó con una voz tan poderosa que lo dominó todo:

—¿Por qué os entregais á ese furor, santos hombres de Dios? ¿Qué ha sucedido para que así nos embistais y nos amenaceis?

—¡La traición vive entre nosotros!—gritó ronco de ira Sydi Yezid—; los creyentes han disparado contra sus hermanos, y esto traerá sobre los culpables la cólera y la maldición del Señor.

—La traición y la culpa están ya castigadas—dijo Aben-Shariar señalando la cabeza de Kaimo que tenía junto á sí levantada en alto y alumbrada por multitud de antorchas.

—¡Sayda Mirian nos hace traición!—dijo Sydi Yezid.

—No: la traición era de su miserable esclavo—respondió Aben-Shariar.

—¡En la tienda de Sayda Mirian hay un cristiano!

—¡Mientes! ¡Yo vengo de la tienda de la sultana!

—Pero tú no puedes penetrar en su interior.

—Sí... yo soy el esposo de Sayda Mirian; yo soy el sultán.

A aquella declaración audaz de Aben Shariar, que menta por salvar á Mirian, sucedió un silencio de asombro.

—Yo soy su esposo desde antes de la batalla de Alcázar-Kivir—dijo Aben-Shariar, con el consentimiento de su padre el venerable Sydi Juzef—; y si esta boda se ha mantenido oculta, era porque así convenía; pero se han atrevido algunas lenguas miserables é impuras al honor de mi esposa, y el secreto no puede continuar; yo soy el hombre á quien ese miserable esclavo ha visto en la tienda de la sultana, y el pirata señalaba la cabeza de Kaimo, y yo... soy esposo de Mirian.

Hubo un momento de solenne silencio tras esta declaración.

—¿Y por qué entonces has hecho que los corsarios disparen sobre nosotros?—dijo Sydi Yezid.

—Porque veníais furiosos, y era menester deteneros para que pudiérais oír.

—Cuando nos encontramos en el campo, pudiste decirme lo que acabas de declarar—dijo el santón.

—Un traidor corría en aquel momento hacia la tienda de Mirian; la vida de mi esposa, de

vuestra sultana, de la hija de los xerifes, de la heredera del santo mártir Sydi Juzef, asesinado cobardemente por su traidor sobrino Sydi Ahtmed, estaba en peligro; yo no podía detenerme á hablar; vosotros veníais de tal manera, que para evitar las consecuencias de un error de que después, cuando ya no hubiese podido remediarse, os hubiérais horrorizado, ha sido preciso deteneros á cañonazos.

—¡Dios es grande y misericordioso!—exclamó depuesta ya la cólera; pero con una marcada expresión de recelosa desconfianza, Sydi Yezid.

—Desde hoy, yo, esposo de Sayda Mirian, viviré á su lado, en su misma tienda; ya ha desaparecido el misterio; el que haya seguido el estandarte de Sayda Mirian esperando ser su esposo, que se retire, que se vaya con Sydi Ahtmed; Sayda Mirian, mientras yo viva, no puede ser esposa de nadie.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Todos seguiremos á la sultana!—gritaron los amazirgas y los montañeses que cerca de la trinchera rodeaban á Aben-Shariar.

—Siendo yo esposo de Mirian—dijo el pirata, —soy el sultán—; los que no quieran reconocerme por sultán, que se vuelvan contra mí.

Una aclamación inmensa respondió á estas palabras de Aben-Shariar.

Todos le conocían.

Todos sabían que era el corsario más formidable de los mares de Levante.

Todos admiraban su valor.

La mayor parte de los que componían el ejército de Mirian, habían visto peleando como un héroe al corsario en los campos de Alcázar-Kivir.

Les contrajo, pues, la energía, la fuerza, la bravura con que les hablaba Aben-Shariar, y los santones se vieron impotentes por el momento contra él.

Aben-Shariar, pues, lo dominó todo; restableció el orden en el ejército, y cada una de las kábilas se trasladó pacífica y contenta al lugar de su campamento.

Pero no había que fiar en la adhesión de los santones.

Ellos, dominados por las circunstancias, se habían visto obligados á ceder; pero era indudable que desde el momento harían cuanto estuviese de su parte para recobrar su predominio.

El ser Mirian, hija de Sydi Juzef, la daba

una terrible influencia sobre las kábilas, que al saber que Aben-Shariar era esposo de la hija del santón xerife, nada tuvieron ya que desear.

Mirian había heredado entero el prestigio de su padre, y Aben-Shariar había sabido hacerse admirar como valiente por aquellos feroces montaraces.

A pesar de esto, el joven corsario, conociendo que no se podía perder el tiempo sin peligro, y apenas las kábilas se habían retirado á las trincheras, se encaminó á la tienda de Mirian.

Pero dejando á sus bravos corsarios encargados de la defensa del recinto, para en el caso, no improbable, de que las kábilas, vueltas de sus sentimientos hacia Mirian por los santones, acometiesen de nuevo el campamento real.

CAPITULO XIV

DE CÓMO MIRIAN Y GABRIEL ENCONTRARON, CUANDO WENOS LO ESPERABAN, UN BUEN INTÉRPRETE Y UN BUEN SERVIDOR EN ABEN-SHARIAR.

Mirian y Gabriel habían estado á la puerta de la tienda durante aquel brevísimo combate.

Cuando cesó, Mirian entró precipitadamente en la parte de la tienda donde estaban sus tesoros, tomó de una de las arcas una espada y la dió á Gabriel, no para que la defendiese á ella, sino para que se defendiese á sí mismo.

Cuando á la luz que Ayelah tenía en la mano vió Gabriel aquella espada, se estremeció de los pies á la cabeza.

Aquel estremecimiento no pasó desapercibido para Mirian.

Le esperaba.

Con aquella espada había pretendido poner á prueba á su esposo, porque aquella espada era la misma con que había combatido en Alcázar-Kivir el rey don Sebastián.

Pero Gabriel se reprimió instantáneamente y examinó la espada, la blandió, probó su temple, como si nunca hasta entonces la hubiera empuñado.

Sin embargo, Mirian exclamó:

—¡Sí, sí! ¡El es! ¡Mi rey!... ¡Oh! ¡Yo no podía engañarme!

—No; Gabriel de Espinosa—dijo él, que aunque no había podido entender las palabras de Mirian, había comprendido su pensamiento en la expresión de su semblante.

En aquel momento se oyeron los pasos de un hombre que se acercaba, y poco después Mirian y Gabriel vieron delante de sí al pirata Aben-Shariar, que los contemplaba profundamente, pero de una manera, aunque seria y grave, pacífica y amistosa.

—Afortunadamente—dijo después de algunos instantes de observación, y en buen lenguaje portugués, Aben-Shariar—, vuestro vestido es morisco, y por doble fortuna, esa valla es bastante alta para que no os vean desde afuera... entrad, señor rey; entrad.

Gabriel no contestó.

Estaba mirando con asombro á Aben-Shariar.

—¡Ahl! ¡Tú le conoces!—dijo Mirian.

—Sí—contestó Aben-Shariar en árabe; es el rey cristiano que se perdió en la batalla de Alcázar-Kivir.

—¡Ahl! ¡Sí! ¡El rey!—exclamó con alegría Mirian.

—¿Vos sois, por ventura, renegado portugués?, dijo con severidad Gabriel.

—Yo no soy renegado—contestó con acento firme Aben-Shariar—; yo soy pirata y os conozco.

—Os engañáis.

—Entrad, señor, entrad; éste no es lugar donde debemos hablar, y tenemos que hablar mucho; quedáos, sultana—añadió en árabe dirigiéndose á Mirian.

Mirian tomó la lámpara de manos de Ayelah, mandó á ésta que se recogiese y precedió al pirata y á Gabriel, llevándolos al centro de la tienda, esto es, á la habitación común de los esposos.

Apenas entraron, Gabriel, que estaba pálido, excitado, convulso, dijo con voz ronca:

—Si yo fuera el rey don Sebastián de Portugal, ni consentiría una vida deshonorosa, ni vestiría este traje que me deshonoraría, ni sería esposo de una infiel; el rey don Sebastián ha muerto en la batalla; yo le he visto morir una hora antes de caer yo como muerto entre los cadáveres; yo soy un aventurero español, y me llamo Gabriel de Espinosa, natural de Toledo, y criado en la villa de Madrigal, donde tengo mi casa y mis parientes.

—¡Ahl! ¡Sois español! Pues hablemos, si os place, en español—añadió el pirata pronunciando sus últimas palabras en buen castellano.

—¡Vos sois renegado!—repitió Gabriel.

—No—insistió con energía Aben-Shariar—; yo soy tunecino, los Barbarrojas eran parientes de mi padre; mi padre era el almirante de Kair-Edin-Barbarroja; en mi familia no ha habido un solo renegado; ni le habrá.

—¿Cómo, pues, entonces habláis tan perfectamente el portugués y el español?

—Como hablo el francés, el italiano y el maltés: yo soy corsario.

—¡Pirata!

—Arraez del bey de Túnez, que hace la guerra eterna sobre el mar á los cristianos; dentro de poco, y porque es necesario, estaréis sobre el combés de mi galeota; después, en mi casa de la Goleta, en Túnez; comprenderéis cómo puedo yo hablar y hablo tantos idiomas; los galeotes que reman en los bancos de mi nave, son portugueses, españoles, italianos, franceses, maltés; en los jardines de mis palacios de Túnez y de la Goleta trabajan cautivos de todas estas diferentes naciones; mi padre, que desde muy temprano me llevó consigo á sus expediciones marítimas, quiso que yo fuera un corsario como muy pocos, y me hizo aprender de sus cautivos sus diferentes idiomas. Yo, hombre ya, cuando aún vivía mi padre, he viajado mucho por Europa; portugués me han creído en Portugal, en España español, francés en París, en Venecia italiano; yo sabía cuándo un rico convoy iba á salir de uno de los puertos cercanos del Mediterráneo, y siempre había una pequeña almadía puesta á mis órdenes, por la cual enviaba yo aviso á mi padre de la salida del convoy y de su rumbo; mi padre le esperaba con sus naves y le apresaba; ya era muy rico antes de heredar á mi padre, porque yo tenía parte en las presas, que eran frecuentes y considerables; después de haber heredado á mi padre, soy más rico que el sultán de Marruecos, que el bey de Túnez y que el bey de Argel, todos juntos. Yo puedo hacer y haré por vos y por vuestra esposa lo que vos no podéis ni aun soñar. Llegará un día en que os asombréis de lo que es el corsario Aben-Shariar.

—Me alegraré; porque el asombro será para mí una cosa nueva.

—Sé que sois tan valiente que dais en temerario, y para ello basta el ver cómo os habéis venido á Africa.

—¡Como aventurerol!

—En buen hora, porque os habéis metido en

una grande aventrura, que os ha salido mucho mejor de lo que habéis podido esperar.

—Pues os juro que si yo fuera el rey don Sebastián, me quitaría la vida.

—¡Ahl Os remuerde la sangre del ejército que habéis traído para que se pierda en Africa.

—¡Ira de Dios! ¿Y quién os dice que yo soy el rey don Sebastián?—dijo ya fuertemente disgustado Gabriel.

—Os conozco personalmente: he hablado con vos.

—¿Dónde?

—En las aguas de Oporto.

—Nunca he andado embarcado por esas aguas.

—En una ocasión montaba yo una galera que iba cargada de pasas, de las que, como sabéis, se hace un gran consumo en Portugal; porque yo, á veces soy también mercader y negociante; en aquella ocasión, mi nave era de lo más inofensivo del mundo; no llevaba ni un solo cañón á bordo; mi marinaje era un buen marinaje holandés, que me creían genovés, ni más ni menos que como vos me habéis creído portugués primero y después español; íbamos llegando á la entrada del puerto, cuando cuambió el viento y la mar empezó á picarse, y se picó tanto que se puso incontrastable, de tal modo, que un bergantín portugués que teníamos á la vista desarboló, hizo agua y se fué á pique; sólo quedó una lancha cargada de náufragos, entre los cuales iba el rey de Portugal.

—Ya decía yo que nunca había estado en las aguas de Oporto.

—Sin embargo, yo os saqué por los cabellos cuando os sumergíais, como os sacaré de aquí, donde estáis próximo á sumergiros.

—Mucho hicísteis por el rey de Portugal, que debió agradecerólo, como yo os agradeceré lo que hagáis por mí y... por mi esposa.

—El rey de Portugal me dió una rica, sortija que conservo allá en Túnez entre mis alhajas como memoria del rey.

—Yo no puedo daros nada: soy un cautivo

—Cautivo de amor de la mujer más hermosa y más noble de la tierra; y en cuanto á darme, juro á Dios que me quitáis...

—¿Y qué os quito?

—Me habéis quitado á Mirian.

—¿La amábais?

—Mirian me ha conocido después que á vos,

—Decidme, decidme cómo y por qué habéis conocido á Mirian.

—Voy á deciroslo; pero antes necesito explicar á vuestra esposa en árabe lo que hemos hablado en español; calla y es prudente; pero sufre y yo no quiero que sufra. Después os contaré cómo y por qué la he conocido yo.

Aben-Shariar tradujo en árabe para Mirian lo que había hablado en español con Gabriel.

—¿Y estás seguro de que es el rey don Sebastián?—preguntó la joven al pirata alentando apenas.

—Tan seguro como de lo que soy yo mismo—respondió Aben-Shariar.

—Pero lo niega tenazmente.

—Eso mismo prueba más que es el rey.

—¡Oh! ¡Quién sabe! Dicen que los españoles son tan soberbios, que todos parecen reyes.

—Pero donde está la soberbia de un portugués no hay soberbia que se iguale; está avergonzado de la derrota, sufre el remordimiento de haber traído tanta gente á la muerte, ve sobre sí los ojos acusadores de todos los reyes cristianos, y prefiere pasar por muerto.

—Pero eso—cijo Mirian—, es ser muy noble y muy grande.

—Es ser muy soberbio; más se perdió en Lepanto, y sin embargo...

—Alí-Bajá se hizo matar por los cristianos cuando vió perdidas sus escuadras.

—Alí-Bajá era el general del gran turco; no era él quién había pensado la empresa; fué Solimán, y á Solimán no le pasó ni aun por el pensamiento dejar de ser sultán, porque su empresa temeraria había tenido un fin funesto, no; reconstruyó de nuevo su escuadra destruída, y á los dos años volvía á ser tan formidable en los mares como lo había sido antes del combate de Lepanto; de fuertes es resistir las adversidades, y no ensoberbecerse con los triunfos; el que porque es vencido se deja morir, se parece á los gorriones viejos, que cuando los cogen no comen y mueren de hambre. Luchar y luchar y luchar siempre; he aquí el verdadero valor.

—¿Qué decís?—dijo Gabriel, que á su vez estaba impaciente porque no comprendía el árabe.

—Decía yo—respondió Aben-Shariar, ó más bien afirmaba yo á Sayda Mirian, que tú eres el rey don Sebastián.

—¿De qué manera he de decir yo que soy Gabriel de Espinosa, y que os equivocais por la

gran semejanza que tenía conmigo el pobre rey don Sebastián? ¿De qué manera he de decir que yo no hubiese cometido la gran imprudencia que él cometió, viniéndose como se vino á Africa?

—Tú has venido también.

—Un soldado va bien á todas partes, y á ninguna va mejor un aventurero que allí donde son grandes y terribles las aventuras? ¿Y qué aventuras mayores podían haberme sucedido? No creas que he caído yo en balde sobre el campo de batalla; dos horas enteras he estado matando á mi placer hasta que mi armadura empezó á romperse y á cansarse mi brazo; cinco veces he mudado de caballo.

—Cinco caballos mudó el rey don Sebastián.

—Eso quiere decir que el rey y el soldado, cada cual por su parte, llevaban igual el juego.

—Te se ha reconocido por los tuyos muerto en el campo.

—Los míos se han engañado como te engañaste tú, y nada tiene de extraño, porque yo soy la viva imagen del rey de Portugal.

—Yo he visto en Alcázar-Kivir un cadáver que se os parece, y que yo creí por el momento que érais vos; pero cuando os he visto no he tenido duda; yo recuerdo vuestra voz, vuestro gesto; yo no puedo olvidarme de aquel real mancebo á quien yo salvé hace dos años en las aguas de Oporto.

—Os repito que yo no me he embarcado jamás sino para venir á Africa con mi rey.

—No me convenceréis jamás, y dad gracias á Dios de que yo os haya reconocido, porque sólo á un rey tal y tan valiente y tan desgraciado como vos vería yo sin cólera y sin venganza esposo de la sultana Sayda Mirian.

Pasó un relámpago sombrío por los ojos de aquel misterioso personaje, rey ó soldado, que se daba á sí mismo sin otra prueba el nombre de Gabriel de Espinosa.

—Puesto que no habeis de convenceros—dijo Gabriel—, concluyamos; casi, casi estoy por afirmaros en vuestro error, y llamarme don Sebastián de Portugal en vez de Gabriel de Espinosa.

—¿Y por qué no lo haceis? ¿Temeis que yo os haga traición?

—Yo no temo nada, corsario; nada más que al poder de Dios—dijo de una manera tal Gabriel, que Aben-Shariar se sintió dominado—, y

acabemos de una vez la porfía; si yo soy el rey don Sebastián, quiero que se me llame Gabriel de Espinosa; y siendo, como soy, Gabriel de Espinosa, no quiero que se cambie mi nombre ni por el de un rey; sepamos cómo habeis conocido vos á mi esposa y acabemos.

—Yo asistí con las galeras de Túnez á la batalla de Lepanto—dijo Aben Shariar obedeciendo al misterioso extranjero—; era entonces muy joven, y mi padre, ya viejo, fué herido de muerte; con suma dificultad, favorecidos por la misericordia de Dios, la galeota de mi padre pudo escapar entre la confusión y el estrago por medio de las galeras de la Liga, y llegar después de algunos días de dura navegación á Túnez.

Las heridas de mi padre eran tan graves, que ni aun esperanzas se tuvieron de salvarle.

Una noche, de las últimas de su vida, me llamó y me dijo:

—¡Yahye! (yo me llamo Sydi Yahye-ben-Shariar), mi hora se acerca; siento el ruido de las alas del arcángel Azrael que vuela hacia mí; pero paso tranquilo de esta vida á otra mejor, porque viviendo tú yo no muero del todo; tú me continúas; tú eres digno de mí; toma esta llave; es la de las cuevas de nuestro palacio; en ellas hay grandes tesoros; con ellos y con tu valor eres tanto como un rey; yo no he tenido más mujer que tu madre, ni más hijos que tú: sin embargo, te dejo una hermana, una hermosísima joven, que aunque no es hija mía, yo la amo como tal.

—¿Y quién es esa hermana, señor?—pregunté á mi padre.

—Una noche—me respondió el anciano—, bogaba yo á la vista de Mogador, mis corsarios habían echado la lancha al agua para pescar lampreas; estaba á alguna distancia de la galeota; de repente oí en la lancha una gran gritería, una inmensa algazara; luego vi que la lancha venía forzando sus remos hacia la galeota; cuando mis corsarios subieron á bordo me dejaron ver una mujer joven y hermosísima que traían desmayada.

—¿De dónde diablos ha salido esta hurf?—dije yo á mis corsarios.

—La hemos pescado, Sydi—me contestaron.

—Pues por Salomón—repliqué—, si estas aguas dan tan buena pesca, será necesario estar echando en ellas continuamente nuestras redes.

Entonces mis hombres de mar me mostraron un gran saco de cuero rasgado por un puñal; uno

de esos terribles sacos en que se arrojan al mar las adúlteras.

Lo comprendí todo; habían cosido de una manera tan fuerte la boca del saco, que el agua no había podido penetrar, y el saco con la mujer se habían mantenido á flote y había sido arrastrado por las olas.

Yo debí dejar pasar la justicia de Dios, porque una adúltera merece la muerte; pero tuve compasión de aquella hermosísima niña, y la recogí en mi cámara.

Pero el terror, el largo tiempo que había permanecido encerrada en el saco, habían puesto en peligro su vida y hacían imposible su larga permanencia á bordo.

Túnez estaba muy lejos.

Era necesario dejarla en un lugar próximo y en poder de una persona de confianza.

Yo no conocía en todo Marruecos más que á un buen fakí, y éste moraba seis leguas tierra adentro por la parte de Larache, en una pequeña mezquita de la ciudad de Alcázar Kivir.

Allí llevé á la hermosa joven que Dios y la mar me habían confiado.

Allí recobró la salud y allí se quedó; allí continúa.

Esa joven es un misterio: cuatro meses después de llegar á la casa de Aben-Balkin, que es el fakí á cuyo cuidado la entregué yo, dió á luz una niña, á quien por su grande hermosura se puso por nombre Fatimatu'l-Noemi; enamoráronse Gulnarah—y así se llamaba la hermosa salvada de las aguas—y el fakí Aben Balkin, y se casaron; poco después tuvieron otra niña, á quien se puso por nombre Alida.

Yo he sido padre de Gulnarah; yo he entregado todos los años á Aben-Balkin una gran suma para que atienda á la comodidad y regalo de Gulnarah y de sus hijas; sé tú hermano de la primera y padre de las segundas: tesoros te dejo, y eres generoso y bueno; bástete saber que yo amo á esta familia, y haz por ella todo lo que pudieres.

Murió mi padre al día siguiente, y en mi primer viaje fuí á visitar á la familia que mi padre me había dejado encomendada: me dió á conocer y dejé una fuerte suma.

Volví al año siguiente y sucesivamente siete años, por el Rhamazán de cada uno.

A cada año que iba encontraba más crecida y más hermosa á una de las hijas de Gulnarah, á

Fatimatu'l-Noemi; al fin, en el penúltimo año la encontré convertida en una hura; mirad á Mirian y habréis visto á Fatimatu'l-Noemi, con la sola diferencia de que Mirian es más altiva y es blanca, y Fatimatu'l-Noemi humilde y morena como el sol.

—¿Y por qué se parecen tanto vuestra esposa y mi esposa?—dijo Gabriel.

—Por lo mismo, sin duda, por que vos os parecéis al cadáver que está en Alcázar-Kivir: porque son hermanas.

Gabriel se estremeció; pasó por sus ojos una sensación indefinible, y palideció.

—Puede ser—murmuró con voz ronca é ininteligible—: el príncipe don Juan estuvo en Castilla, en Valladolid, por el mismo tiempo en que la infanta doña Juana dió á luz un príncipe; Madrigal está á dos leguas de Valladolid... el príncipe don Juan de Portugal murió por aquel tiempo en Castilla... ¡Oh! puede ser...

—Sí, puede ser—observó el pirata, que había entendido las últimas palabras de Gabriel—que vos y el cadáver de Alcázar-Kivir, esto es, que el rey y el soldado seáis hermanos de padre, por lo que nada tiene de extraño vuestra admirable semejanza.

Gabriel volvió á estremecerse y á ponerse densamente pálido.

—Pero continúo mi relación—dijo el pirata—: este año vine más pronto que los anteriores; me empujaba el amor de Fatimatu'l-Noemi, y necesitaba hacerla mi esposa, llevármela conmigo.

Se estaban preparando las bodas, cuando he aquí que llega la noticia de que el rey de Portugal venía sobre Africa en ayuda de uno de los xerifes que hacían la guerra por el trono de Marruecos. Pero esto lo sabéis.

Yo estaba en Alcázar-Kivir cuando los dos ejércitos se avistaron, y entraron mis corsarios en batalla con el xerife Abd-Allah, á quien vosotros ayudábais.

Reposaba yo al día siguiente de la batalla, cuando se me presentó aterrada Aben-Balkin; en su casa había muerto de repente el mas venerado de los xerifes del imperio, el santo anacoreta, que si hubiese querido hubiera subido al trono de Marruecos, Sydi Juzef-Ab-el-Azis-al-Hayzari-el Merini, morabito de Ain-Al-Mokazen, y padre de la sultana Sayda Mirian, vuestra esposa.

—¡Esposo acaso de Gulnarah!—dijo Gabriel.

—Sí, y padre de Fatimatu'l-Noemi.

—¿Y dónde están la madre y las hermanas de mi esposa?—dijo Gabriel.

—En mi palacio de Túnez, adonde vosotros iréis también.

—¿Y por qué?

—Porque aquí estáis en peligro; esta misma noche vamos á partir.

Aben-Shariar explicó brevemente en árabe todo lo que había hablado con Gabriel á Mirian, y la resolución que había tomado.

—No, no partiré—dijo Mirian contestando en árabe á Aben-Shariar—; él ha perdido un trono, y yo quiero darle otro.

—Te perderías y le perderías, Mirian—dijo Aben-Shariar—; es preciso ser razonables: por ahora, yo lo domino todo; pero muy pronto mi dominio habrá pasado, acaso mañana; los santones están recelosos; no he podido convencerlos; han cedido por el momento; pero no pararán hasta ver si realmente se oculta un cristiano en tu tienda; con que les dejemos tiempo, todo se habrá perdido.

—Y bien, ¿no tenemos poder bastante para reprimir la rebeldía de los santones?

—No; los hombres de Dios cumplen con su deber; ellos no pueden permitir que seas esposa de un cristiano; tus amores por ese hombre te roban la confianza y el amor de los que te siguen, y yo mismo me hago una gran violencia encubriendo lo que existe dentro de tu tienda; es necesario para ello, no menos que el amor que te tengo...

Mirian hizo un movimiento de enojo y de altivez.

—Y el amor que tengo á tu hermana Fatimatu'l-Noemi—añadió tranquilamente Shariar.

—¿Crees tú que es de todo punto necesario que huyamos?—dijo Mirian.

—Antes que amanezca estarás á bordo de mi galeota, y bogando en rumbo á Túnez: una vez en Túnez, nada temo.

—¿Y vendrá mi rey conmigo?

—Sí, pues le amas; pero quiera Dios que estos amores no te sean funestos, Mirian.

—Cúmplase la voluntad de Dios—dijo la joven.

—Decíamos Mirian y yo—dijo el pirata en español á Gabriel, que había estado profundamente abatido mientras la joven y el corsario

estuvieron hablando en árabe —, que es necesario partir, porque tu vida está aquí en peligro.

—¡Y qué importa mi vida!— dijo sonriendo de una manera amarga Gabriel.

—Importa mucho, porque Mirian te ama; un esclavo traidor ha vendido vuestro secreto á los santones, y aunque yo he muerto al esclavo y he protestado que Mirian es mi esposa, los santones desconfían.

—¡Un caballo, una lanza y tú conmigo y con tu gente, y no me queda un santón con cabeza!— dijo con una energía incontrastable y con la fiebre del valor Gabriel.

—Buena gente habéis traído de Portugal, y sin embargo...

—Al rey don Sebastián le perdieron la paciencia y la confianza... nos perdieron á todos; pero ahora...

—Ahora sería como antes... basta de locuras... voy á enviaros un traje árabe, armas y un caballo; mejor, os los traeré yo mismo; en tanto, dejadme hacer. Tú, sultana—dijo—, prepárate á marchar; yo traeré camellos donde cargaremos tus tesoros y tu tienda. Adiós.

—¡Huir!—dijo Mirian.

—Es preciso—replicó el pirata—, y Dios quiera que podamos llegar salvos á la costa.

Y sin decir una palabra más, salió de la tienda, y después, de la estacada que la rodeaba.

—¡Kaid!—dijo apenas se encontró en la primera guardia.

Un corsario negro como el ébano acudió á la voz de su arraez.

—Diez camellos al momento; tráelos aquí junto á la poterna de la estacada. Ve.

El corsario se perdió entre la sombra.

—¡Kaor!—dijo Shariar.

Acudió otro corsario.

—A caballo, Kaor—dijo el pirata—; parte á rienda suelta y vete á la costa; la galeota está á una legua del puerto de Larache entre los barrancos de las rocas Bermejas; que esté preparada para hacerse á la mar en cuanto reciba aviso. Vete

Kaor se perdió también en la sombra.

—¡Darkaidar!—gritó de nuevo el joven.

Otro corsario se le presentó en el momento.

—Monía á caballo y busca en el campamento al santón Sydi Yezid: dile de mi parte que reuna á los santones en su tienda; que yo voy al momento. Ve.

Darkaidar desapareció.

—¡Zuar!—dijo el pirata.

Apareció un cuarto corsario.

—Que monten á caballo mis marinos; que cabalguen también los seis mil jinetes amazírgas de la kábila de Beni-Zeytun; que se preparen para marchar los jinetes de Kamsa y de Mansura; que los escopeteros y espingarderos de Beni-Alaksa y de Beni-Rofaruil salgan de las trincheras y se unan á las kábilas del santón Sydi Yezid. Vete al momento.

Desapareció Zuar, y Aben-Shariar gritó de nuevo:

—¡Daimiell!

Un jinete corsario se presentó á su capitán.

—A caballo tú y los que quedan de los míos; que me traigan mi caballo y mi lanza.

Cinco minutos después, Aben-Shariar saltó de las trincheras seguido de veinticinco corsarios á caballo, atravesando el nuevo campamento musulmán en dirección á su centro, donde se levantaba la tienda del santón Sydi Yezid.

Cuando Aben-Shariar llegó á ella, desmontó y entró con la altivez de un sultán que honra con su presencia la tienda de un vasallo.

Ya estaban reunidos allí con Sydi Yezid otros veinticinco santones, más ó menos viejos, más ó menos venerados, pero todos feroces, todos recelosos.

—Hoy—dijo con voz vibrante y seca Aben-Shariar desde la puerta y sin saludar á los santones, se ha cometido una grande imprudencia por vosotros, hombres de Dios, que debeis ser siempre sabios y prudentes; habeis prestado oído fácil á un miserable esclavo que yo me he visto obligado á castigar por mi mano, y habeis acometido las trincheras de mi campamento imperial.

Tronaba la voz de Aben-Shariar firme y colérica, como en igual situación hubiera podido tronar la de un sultán asegurado en el trono por una sucesión de victorias.

* Shariar probaba un golpe audaz, único medio de salvar á Mirian y á Gabriel.

Y era tan bravo, tan sereno, tan domador, y le importaba tanto salvar á Mirian, que los santones se sintieron subyugados y balbucearon algunas quejas.

—¡No me repliqueis—continuó, creciendo en ansiedad el joven corsario.—¡Habeis cometido delito de traición, y vuestras cabezas son más!

Corrió el frío del pavor por los miembros de aquellos veinte hombres.

No sabían si estaban cercados ó vendidos.

Tentaban miedo.

—Habeis abandonado el combate al frente del enemigo—continuó á cada momento más terrible Aben-Shariar—; habeis calumniado á la sultana que habeis aclamado; habeis puesto en su limpia honra vuestra lengua infame; habeis acometido sus reales, y ha sido necesario que yo, vuestro señor, porque soy esposo de la sultana, os reciba á cañonazos; como os contuve entonces os contendré siempre; Dios pelea conmigo, porque conmigo van la razón y la justicia; vuestro crimen no puede quedar impune; habeis alentado al enemigo dejándole ver un combate entre nosotros, y es necesario que antes de que el enemigo salga á buscarnos, vayamos á buscarle dentro de sus muros; yo soy con vosotros misericordioso; pero quiero que vayais á lavar vuestro crimen peleando como leones al frente de Larache.

Una casualidad, más bien, un suceso que podía preverse, vino á favorecer los intentos de Aben-Shariar.

Acababa apenas de pronunciar sus últimas palabras, cuando de allá del extremo del campamento más próximo á Larache se oyeron disparos de espingarda, pocos al principio, pero instantáneamente repetidísimos y nutridos.

—¡Oíd!—exclamó con cólera y con verdadera audacia Aben-Shariar—; sucede lo que era de temer; Sydí Ahtmed nos acomete.

—Hemos cometido una imprudencia grave—dijo el santón Sydí Yezid—; pero la repararemos vertiendo nuestra sangre por la noble sultana que hemos aclamado y por ti que eres su esposo. ¡A las armas contra Sydí Ahtmed!—añadió desnudando su yatagán y lanzándose fuera de la tienda.

Pero á su puerta le detuvieron algunas gentes de las kábilas.

—Los de Larache están encima—dijo el kaid que los mandaba—, y parece que la tierra arroja miles de enemigos sobre nosotros; las escuadras han llegado esta noche, según avisan los vigías de la costa, y han desembarcado mucha gente y buena.

—Sydí Yezid—exclamó Aben Shariar—, ha llegado el momento de que pruebes tu valor; yo no puedo ponerme á vuestra cabeza.

—Tú eres nuestro señor.

—El resultado de la pelea es dudoso, y mi primer deber es salvar á la sultana y sus tesoros; combatid como leones, amigos míos, que en cuanto la sultana esté en salvo, yo volveré á combatir con vosotros.

Y sin decir más, Aben Shariar montó á caballo, y seguido de sus corsarios se lanzó á rienda suelta á las trincheras.

Allí estaban ya los camellos.

Mirian y Gabriel, completamente envueltos en haikes, esperaban.

Los seis mil amazirgas y otros dos mil jinetes de las kábilas, estaban á caballo preparados al combate, que se oía un cuarto de legua más allá hacia Oriente, cada vez más trabado y más atronador.

No había un sólo momento que perder.

Los cofres del tesoro de Mirian fueron puestos en los camellos.

En uno de ellos montó Mirian; en otro, completamente vestido de árabe y cubierto el rostro con el extremo de la toca, Gabriel; en otro Ayelah.

Entonces se emprendió la marcha hacia Occidente.

Los camellos iban escoltados por Aben-Shariar y sus treinta corsarios negros, detrás iban los seis mil jinetes amazirgas, y por último los dos mil caballos de la kábilas.

Aquello no era marchar: era huir.

Rápidamente aumentaba la distancia que los separaba del campo de batalla; el ruido de ésta disminuía.

Una hora después de haberse puesto en marcha los fugitivos, estaban embreñados en los desfiladeros de las montañas de la costa, y nada se oía del combate.

La noche era oscura y lóbrega, y sólo la práctica podía llevar á aquellos hombres sin extrañarse.

Sólo se oía el ruido de los pasos de los caballos y las voces con que sus conductores estimulaban á los camellos.

Durante algún tiempo nada se oyó más que esto.

Pero de repente se oyó un largo y tenue silbido entre las gargantas, y el zumbido del ramaje de los pinos y de las encinas.

—¡El Nordeste!—exclamó con voz sombría Aben-Shariar.

Y poco después se oyeron los mugidos del

viento que crecía rápidamente en fuerza, y no muy lejos un rumor sordo al principio, que fué creciendo hasta hacerse sonoro y atronador.

Era el cercano mar.

Huían de un peligro, y daban en otro.

La tempestad se desencadenaba, y acaso la galeota de Aben-Shariar no podría esperar junto á aquella costa brava, sin exponerse á perecer.

—Sydí—dijo uno de los corsarios de Aben-Shariar—; al revolver de esta rambla está la pequeña playa de las rocas Bernejas; yo no me fio de estos ocho mil que vienen con nosotros; manda hacer alto.

—¿Y para qué, Zuar?

—Lo que importa es salvar á la sultana y sus tesoros.

—Sí; primero la sultana y los dos esclavos que la acompañan.

—Es necesario avisar á la galeota para que enfíle la rambla, y después, cuando hayamos pasado nosotros, dispáre sobre los que vienen detrás.

—¿Pero y qué razón hay para ello?

—Los he oído murmurar desde que nos acercamos á la marina.

—Pues bien, parte, avisa á la galeota y vuelve al momento.

Zuar partió, y Aben-Shariar hizo detener en la rambla á los camellos y á aparte de sus jinetes. El se quedó con la otra parte, cerrando la pequeña garganta, más allá de la cual, en un estrecho valle, se agrupaban los ocho mil jinetes kábilas.

Por el momento nada se oía entre aquellos hombres que inspirase recelo; lo que en ellos reinaba era un rumor característico, natural en una tal aglomeración de hombres y caballos, y este rumor se perdía entre los silbidos del Nordeste, cada vez más fuerte, y los bramidos del mar que crecían.

Pero á medida que pasaba tiempo, el rumor de aquellas gentes aumentaba, se iba convirtiendo en estruendo, se iba haciendo amenazador.

Se comprendía que recelaban de aquel alto, ya demasiado prolongado.

Aben-Shariar empezaba á aterrarse; el valor era ya inútil; inútil la energía y la intimidación contra aquellas gentes bravas, si habían llegado á sospechar la verdad.

Además, podía suceder muy bien que hubiesen tentado su codicia los tesoros que consigo

llevaba la sultana, y estuviesen resueltos á impedir que aquellos tesoros se les fuesen de entre las manos.

Aben Shariar sólo tenía quince hombres para oponerse á la acometida de aquellas ocho mil fieras.

Porque un montaráz y una fiera son una misma cosa.

Pasó una hora larga desde que Zuar, y tras él Mirian, Gabriel, Ayelah, los camellos y parte de los corsarios de Aben-Shariar, habían atravesado la rambla y perdiéndose entre los barrancos, y en aquel tiempo la tempestad había crecido de una manera terrible y la obscuridad se había hecho profundísima.

Ni un solo relámpago iluminaba por un momento aquellas tinieblas.

Aben-Shariar se dominó; aquella tempestad, aquella obscuridad, la lluvia que caía á torrentes, le protegían, y probó dirigirse al barranco dándole debía estar amparada su galeota.

Pero apenas dió la orden de marchar á sus corsarios, cuando sintió su caballo detenido por la brida.

Algunos kábilas enviados por el resto de sus compañeros habían aprovechado aquella obscuridad, aquel estruendo de los elementos; se habían deslizado silenciosos hasta donde estaba Aben-Shariar, y le espaban de cerca.

—¡Pie á tierra, amigos míos— gritó Aben-Shariar—, y á la caleta del barranco el que pueda!

Y se deslizó de la silla, y condecor del terreno atravesó á la carrera la rambla, se torció por un largo barranco, y muy pronto le dió en los ojos el resplandor de algunas antorchas.

Cuando él llegó encontró á Zuar que iba á buscarle.

—Pronto—dijo—, pronto, Sydí, á la lancha; todo está ya embarcado; hasta los camellos.

En aquel momento se oyó una gritería horrosa, á la que siguieron disparos de cañón.

Los que causaban esta gritería eran los kábilas, que habiendo conocido ya perfectamente la situación, se lanzaban sobre los fugitivos.

Pero la galeota enfilaba la rambla, y fundada en una caleta muy abrigada en que se hacía poco sensible la tempestad, disparaba sobre aquellos hombres.

Las kábilas se volvieron de frente, por donde les venía el fuego, y algunos se arrojaron al agua

para tomar la galeota; pero la marejada era fuerte y no la pudieron vencer.

Entre tanto, Aben-Shariar se metía entre la mar con sus quince corsarios, llevando los caballos por el agua á nado.

Poco después, hombres y caballos se encontraban á bordo de la galeota.

— ¡A tomar la vuelta de afuera! — gritó el corsario entrando de lleno en sus funciones de marino.

La galeota obedeció instantáneamente.

— Tenemos el tiempo por la proa — dijo Aben-Shariar —, pero no importa; si nos detenemos aquí pronto tendríamos sobre nosotros la artillería de Sydi Ahtmed, que nos obligaría á rendirnos. ¡A la mar! ¡A la mar!

Y la galeota, maniobrando admirablemente, tomó la vuelta de afuera, y poco después estaba en franquía, luchando con la tempestad.

Entre tanto, los ocho mil de las kábilas se arremolinaban en la rambla.

La artillería de la galeota había disparado contra ellos cadenas, fragmentos de hierro y piedras, y les había causado un horrible destrozo.

Las maldiciones, los alaridos, los gemidos, se escuchaban por todas partes.

De repente se sintió á retaguardia gran estruendo de caballos que avanzaban á la carrera, que llegaron y embistieron contra los jinetes de las kábilas que habían acompañado á Mirian.

Eran algunos miles de jinetes mandados por el mismo sultán Ahtmed en persona.

Pero no había combate posible; las kábilas se rindieron sin resistir, y declararon á voces que la sultana y los que la acompañaban se habían hecha á la mar.

Sydi Ahtmed se enfureció; hizo un horrible destrozo en aquellos hombres que no habían cometido otro delito que haber sido engañados, y se volvió con cuanta rapidez le permitían lo tenebroso de la noche y lo áspero del terreno á Larache.

Inmediatamente una multitud de galeras corsarias de las que habían llegado á principios de la noche á Larache, se hicieron á la mar, á pesar del temporal, para dar caza á la galeota en que había huido la sultana Mirian.

Pero Shariar había previsto esto; había hecho prodigiosos esfuerzos, y había logrado dejar atrás á Larache antes que le pudieran dar caza

las galeras corsarias que habían salido del puerto.

El tiempo había cambiado, y la galeota, con rumbo al Estrecho, largando todo su velamen, navegaba con el viento en popa lanzada por la mar. Al amanecer pasó el Estrecho, entrando en el Mediterráneo.

El huracán se había convertido en viento fresco, y Dios daba al mar un hermosísimo día.

La galeota de Aben-Shariar era un buque terrible, largo, estrecho, bajo de borda, con tres palos á que se aferraban tres formidables velas latinas con una sola banda de remos; pero larga, servida cada una por cien forzados, habiendo tres en cada banco para cada remo; llevaba cuatro gruesos cañones en crujía, otros cuatro á popa, y diez y seis por banda; tenía estrechas y fáciles las salidas de agua, como uno de nuestros modernos clippers, y obedecía al timón y á la maniobra como un caballo blando de boca; era completamente negra, y la rapidez de su marcha, el número de su artillería, su longitud, lo reducido de la altura de su obra muerta, y sus tres agudas velas latinas, la hacían parecer un dragón alado que volaba sobre el mar siempre en busca de una presa.

Difícilmente se hubiera encontrado entonces un buque tan bien armado, tan ligero, tan fuerte, tan formidable.

Para completar lo terrible de su aspecto, llevaba izada á popa una gran bandera de tres puntas de color rojo sangre, cruzada diagonalmente por una ancha banda negra.

Esta era la divisa del tremendo corsario Yahye Aben-Shariar, del pirata más temido de los mares de Levante.

Esta galeota se llamaba la *Leona*, y ella sola hubiera bastado para batirse con ventaja con una escuadra.

La tripulaban doscientos cautivos forzados de diversas naciones del Mediterráneo puestos al remo, cuarenta marinos bereberes y sesenta corsarios negros de combate, á los cuales pertenecían los treinta con que Aben-Shariar había asistido á la batalla de Alcázar-Kivir.

La *Leona* había salido sin otra lesión que algún velacho rifado del duro temporal de toda la noche, mientras que las galeras que habían salido de Larache á darla caza, se habían visto obligadas á recogerse al puerto con grandes averías.

Sydi Ahtmed rugió de cólera cuando vió que su prima la sultana Sayda Mirian había escapado de sus manos, y sació su cólera cortando la cabeza á los santones que la habían llevado con sus kábilas un ejército y la habían proclamado sultana, causando una guerra civil de dudosos resultados, si Mirian no hubiera amado á Gabriel y hubiera tomado por esposo á Aben-Shariar.

Sydi Ahtmed coronó los muros de Larache de cabezas, y en medio de ellas se coronó emperador.

Inmediatamente envió un mensajero con una carta al bey de Túnez reclamándole la persona de su prima la sultana Mirian y la cabeza del corsario Aben-Shariar.

El bey de Túnez, que apreciaba por su valor al joven corsario de una manera decidida, contestó á Sydi Ahtmed en las siguientes frases, con un laconismo verdaderamente espantoso:

“Ven por tu prima y por la cabeza de mi arraez.”

El sultán Sydi Ahtmed no fué.

Algunos días después una escuadra castellana, llevando á su bordo un enviado del rey Felipe II, recogió en Larache el cadáver que se decía ser del rey don Sebastián, y los cautivos de la batalla de Alcázar-Kivir, mediante un crecido rescate.

Al siguiente amanecer de aquel en que Aben-Shariar sacó de Marruecos á Mirian y á Gabriel, fondeó la *Leona* delante de unos hermosos jardines en la rada de Túnez.

Aquellos jardines pertenecían al magnífico palacio de Aben-Shariar.

En aquellos jardines saltaron en tierra Mirian y Gabriel.

Tristes los dos; ella, porque no había podido dar un trono á su amado; él... la causa verdadera de su tristeza la sabían él y Dios.

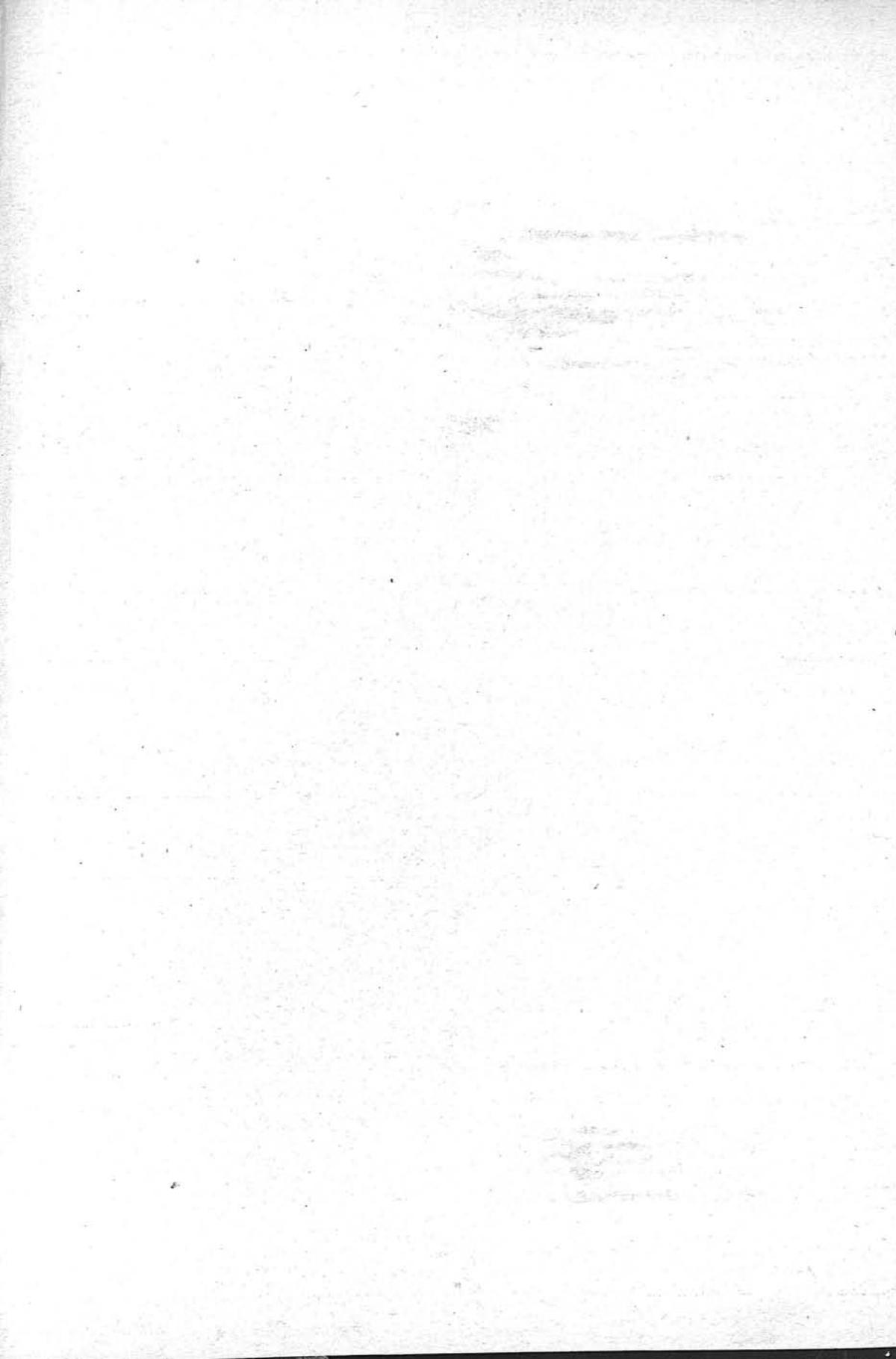
FIN DEL TOMO PRIMERO.

Nuestra Casa, que hasta ahora se llamó EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, se llama desde hoy:



Editorial Llorca y C.ª

Rogamos á nuestros abonados que tomen nota de este cambio de título Editorial.



EDITORIAL LLORCA y C.^a - Madrid

MESONERO ROMANOS, 42. APARTADO DE CORREOS 367

Novísima Historia Universal

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 grabados. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en láminas de colores, mapas etc. *Cinco pesetas el volumen en rústica y seis pesetas encuadernado en tela.*

Acaba de publicarse el tomo VIII. «Formación de los grandes Estados.

Novísima Geografía Universal

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS. traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.^o de compacta lectura, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Cuatro pesetas el tomo en rústica y cinco pesetas encuadernado en tela.

La Ciencia para todos

Una peseta volumen, encuadernado en pasta y con numerosos grabados.

Historia de Europa.—El mundo de los microbios.—Agricultura científica.—El Polo Artico y sus misterios.—La vida íntima de los griegos y los romanos.

Biblioteca de Cultura Contemporánea

LOS MEJORES AUTORES.—LAS MEJORES OBRAS

El Arte de Leer, por E. FAGUET, de la Academia Francesa.

La Nueva Libertad, por W. WILSON, presidente de los Estados Unidos.

Dos pesetas volumen, magníficamente presentados.

Argentina y sus grandezas

por VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Un tomo un folio, á todo lujo con más 3.000 fotograbados en cobre y tricromías, encuadernado en piel y relieves. *25 pesetas.*

VOLÚMENES DE PRESENTACIÓN MODERNA. CUBIERTAS Á TODO COLOR

La danza del corazón, novela, por JOSÉ FRANCÉS
3,50 pesetas (Acaba de publicarse).

Teatro de Amor, por JOSÉ FRANCÉS, 3 pesetas.

Libro de diversas trovas, por DIEGO SAN JOSÉ, 2 pesetas.

La Vida Eterna, por C. R. AVECILLA, 3 pesetas.

La Libertad de la cátedra, por M. MORAYTA.—Sucesos universitarios de la Santa Isabel. Asalto y clausura de la Universidad de Madrid por la policía, *2 pesetas.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras de Sherlock Holmes.

Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos. *Una peseta volumen.*

Novelas en cartóné á una peseta

La conspiración de los millonarios.—El batallón de los hombres de hierro.—El regimiento de los hipnotizados.—El desquite del viejo mundo, por G. Guittón y G. Rouge.—Doña Martirio, por M. López Robert.—Amor de pobre, por R. de Solano Polanco.—Márgara, por A. Larrubiera.—La tirana, por E. Ramírez Angel.—El otro hogar, por Adelardo F. Arias.—D. Juan de Austria, por Antonio Santero.—In illo tempore, por E. Sánchez Vera.—De espaldas al sol, por J. Téllez y López.—El diamante del comendador, por P. du Terrail.—El crimen de la calle de la Paz, por Adolfo Belot.—Jerónimo Paturot, por Luis Ribaud.—Los hermanos de la costa, por M. González.—La corte de Luis XIV, por A. Dumas (2 tomos en rústica).

EN PREPARACIÓN.—BIBLIOTECA DE JUGUETES

Lo que cantan los niños

Magníficas tapas

en tela para encuadernar la NOVELA ILUSTRADA. Las novelas de Víctor Hugo, en 2 tomos.—Las de Tolstoy, en uno.—Los tres Mosqueteros y Veinte años después, en uno.—El Vizconde Bragelonne, en uno.—El Conde de Montecristo, en uno.—Ascanio y Las Dos Dianas, en uno.—El paje del Duque de Saboya, El Horóscopo y la Reina Margarita, en uno.—La Dama de Monsoreau y los Cuarenta y cinco, en uno.—Rocamboles, en ocho.—Memorias de un médico, en uno.—El Collar de la Reina, en uno.—El Tribunal de la Sangre, en dos.—El Siglo de las tinieblas, en dos.—Angel Pitou y El Caballero de Casa Roja, en uno.—La Condesa de Charny, en dos.—Las obras de Mayne Reid, en dos.—El hijo de Artagnán y Eugenia Grandet, en uno.—El oro sangriento, Flor de Alegría y La señorita de Montecristo, en uno.—Los Mohicanos y Las lobas de Macheul, en tres.—Don Juan Tenorio, en uno.—La maldición de Dios, en uno.—Diego Corriente, en uno.—El alcalde Ronquillo, en uno.—Los Girondinos, en dos. *Precio: Una peseta.*—Forman un hermoso tomo de lujo.

Pedidos: MESONERO ROMANOS, 42, y á los corresponsales de la NOVELA ILUSTRADA